Kiran Millwood Hargrave

MÁS ALLÁ DEL INVIERNO

ÁTICO DE LOS LIBROS

Kiran Millwood Hargrave

MÁS ALLÁ DEL INVIERNO

ÁTICO DE LOS LIBROS

Kiran Millwood Hargrave

MÁS ALLÁ DEL INVIERNO

ÁTICO DE LOS LIBROS

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a suscribirse a la newsletter de Ático de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.

Más allá del invierno

Kiran Millwood Hargrave

Traducción de Aitana Vega Casiano

Página de créditos

Más allá del invierno

V.1: abril de 2020

Título original: The Way Past Winter

© Kiran Millwood Hargrave, 2018

© de la traducción, Aitana Vega Casiano, 2019

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2020

Todos los derechos reservados.

La edición original en inglés de Más allá del invierno ha sido publicada por The Chicken House, 2 Palmer Street, Frome, Somerset, BA11 1DS en 2017.

Diseño de cubierta: © Helen Crawford-White, 2018

Publicado por Ático de los Libros

C/ Aragó, n.º 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@aticodeloslibros.com

www.aticodeloslibros.com

ISBN: 978-84-17743-84-0

THEMA: YF

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Contenido

Portada

Newsletter

Página de créditos

Sobre este libro

Parte 1: HOGAR

1. La casa del bosque de Eldbjørn

2. El desconocido

3. Una cara en la ventana de hielo

4. Se ha ido

5. Las trampas

6. El árbol corazón

7. El cordel

8. Stavgar

9. El mago

10. La primera casa

11. Un lugar intermedio

12. Mentiras

13. El cénit lunar

Parte 2: EL NORTE

14. Sombras

15. El muchacho atado

16. La persecución

17. Enterrada

18. El paso

19. Bovnik

20. La subida

21. La caída

Parte 3: THULE

22. La corriente de oro

23. La brújula

24. El bosque familiar

25. La arboleda de las almas

26. Los chicos plantados

27. Atrapada

28. El corazón del árbol corazón

29. A través del mar helado

30. El nombre verdadero

31. Hogar

Agradecimientos

Sobre la autora

Más allá del invierno

«Fue un invierno del que se contarían cuentos»

Mila vive en una cabaña con sus dos hermanas, Pípa y Sanna, y su hermano, Oskar, en el bosque de Eldbjørn, donde, desde hace mucho tiempo, reina un invierno eterno.

Una fría noche, reciben la visita de un misterioso desconocido con el que su hermano se marcha al día siguiente sin decir nada. Convencida de que Oskar corre un terrible peligro, Mila decide ir en su busca y se embarca en una gran aventura junto a un joven mago a través de montañas y bosques donde habitan criaturas desconocidas.

Entre la nieve, Mila descubrirá los secretos que esconde el invierno y se enfrentará a un antiguo poder para salvar a su familia antes de que sea demasiado tarde.

Ganadora del premio Blackwell's Children Book of the Year

«Este precioso relato sobre el valor, el amor entre hermanas, despedidas y nuevos comienzos es un libro que todo el mundo debe leer.»

Jessie Burton, autora de La casa de las miniaturas

«Kiran tiene gran habilidad para crear imágenes poéticas, pero lo que hace que esta sea una historia memorable es el emotivo retrato familiar que esboza.»

The Guardian

«Más allá del invierno es una cautivadora novela de aventuras […]. Sin duda, su mejor obra hasta la fecha.»

The Bookseller

Para N y para mi hermano John, los más valientes.

Parte 1

Hogar

1. La casa del bosque de Eldbjørn

Fue un invierno del que se contarían cuentos. Un invierno que llegó tan de repente que dejó a los pájaros pegados a las ramas y sumió a los ríos en una helada tan intensa que la espuma se congeló y se dispersó como nubes de cristal sobre las tranquilas aguas. Un invierno que llegó y nunca se fue.

Pasaron tres años, después cinco. La gente hablaba de maldiciones y ofrecía rezos y promesas. Culparon a los magos, a sus vecinos, a los jarlar que gobernaban los pueblos y ciudades. Pero la culpa no hizo desaparecer el invierno y pronto ya nadie recordaba otro calor que no fuera el del fuego ni otro verde que no fuera el del tono plateado de los abetos.

Los carros se cambiaron por trineos, los caballos finos perdieron su valor hasta que fueron sustituidos por ponis de montaña, cachorros de husky chillones u otros animales que conocieran la nieve. Los osos cayeron en una hibernación perpetua, y los lobos se escabulleron entre las sombras del vasto bosque. Algunos se marcharon de las tierras heladas, pero la mayoría se quedaron y, como siempre hacen las personas, cambiaron para adaptarse a un mundo distinto.

Los cuentos también se modificaron. Se acabaron las historias sobre miel y abundancia: los relatos se transformaron en advertencias, tan mordaces como las picaduras de las abejas. Los gansos de fuego que cargaban con el sol sobre la espalda en verano se convirtieron en cisnes de hielo que arrancaban de un mordisco los dedos expuestos de las manos y los pies. Las ninfas del río se volvieron doncellas de hielo que acechaban en el fondo de los lagos congelados mientras esperaban para hundir a los niños rebeldes. Las voces melancólicas hablaban de islas mágicas donde esperaban la primavera y cascadas de oro que caían sobre charcos de luz del sol, pero estos lugares siempre estaban muy lejos, más allá del horizonte congelado.

En el quinto año de invierno, mientras su dominio de los pueblos de los ríos del sur y de las ciudades de las montañas del norte se hacía cada vez más fuerte, una nueva oleada de frío desplegó sus redes sobre las familias que vivían en las zonas más remotas del territorio.

En una casita escondida en un pequeño rincón del bosque cubierto por completo de nieve, tres hermanas y un hermano discutían sobre un repollo.

—Por favor, no lo hiervas otra vez, Sanna —suplicó Pípa, la más joven. Estaba sentada, tiritando, a la vez que se cubría las orejas heladas con las manos y le temblaban los labios mientras contemplaba la verdura arrugada y de hojas duras—. Lo hemos comido hervido toda la semana.

—No voy a dejar que una cría que ni siquiera es lo bastante mayor como para que se le otorgue un nombre me diga qué hacer —replicó Sanna, como haría una mujer supersticiosa que triplicase sus diecisiete años de edad, pues Pípa solo tenía siete. Todavía faltaba un año para que estuvieran seguros de que el mal de ojo no había caído sobre ella y entonces concederle su verdadero nombre—. Además, así es como más provecho se le saca.

Se levantó con el cuchillo en la mano para buscar el mejor punto por donde cortar un repollo especialmente duro y escaso.

—También se le puede sacar el jugo —sugirió Mila, esperanzada, sin querer hacerse eco del lloriqueo de su hermanita—. Si lo freímos…

—¿Y gastar leña para que esté lo bastante caliente? —regañó Oskar desde el rincón más alejado de la chimenea—. Lo mejor es hervirlo. Madura, Pípa. Me he cansado de tanto labio tembloroso.

—Déjala en paz, Oskar —dijo Mila mientras abrazaba a Pípa y miraba a su hermano mayor con el ceño fruncido.

Había cambiado mucho desde que su padre se fue; se había convertido en un desconocido. Ahora solo abría la boca para dar las gracias a Sanna, la mayor de los hermanos, por la comida que le preparaba todas las mañanas antes de salir al exterior, con la nieve hasta las rodillas, para comprobar las trampas. O para regañar a una de sus hermanas pequeñas.

Mila tomó los dedos congelados de Pípa y les sopló para calentarlos con su aliento.

—Ven aquí, Pípa, no molestemos a Sanna, sabe cómo cocinar un repollo.

—¡Por supuesto! —exclamó Sanna que, tras localizar el punto más débil de la verdura, bajó el cuchillo con un satisfactorio golpe seco—. Hervido, entonces.

Fuera, uno de los perros ladró. Mila supo que era Dusha porque tenía la voz más aguda que la de su hermano, más chillona y obstinada, como la de Pípa. Poco después, se le unieron los aullidos estridentes de Danya.

—¡Malditos perros! —siseó Sanna—. Oskar…

Pero Mila ya se había levantado y recogido sus botas forradas de piel junto a la chimenea.

—Ya voy.

Se puso la capa rojiza y se envolvió el pelo castaño con la piel de zorro. Antes de que abriera la puerta, alguien llamó dos veces y luego otras dos, con un ritmo alegre con el que la familia se había familiarizado en los últimos meses.

—¡Espera! —gritó Sanna, pero Mila le sonrió con picardía y abrió la puerta.

Su hermana maldijo en voz alta y removió las cacerolas para buscar la de cobre, que a veces usaban como espejo.

Había un poni de montaña atado al poste del patio y un chico en la puerta. Tenía la edad de Sanna y era tan alto como Oskar, con la cara regordeta y atractiva y el pelo rubio, mientras que todos los Orekson eran morenos. Se sonrojó cuando vio la sonrisa burlona de Mila.

—¿Otra vez por aquí, Geir? —le preguntó—. No sabía que esta semana habíamos enviado cuchillos para afilar.

—Solo uno —respondió el joven mientras Sanna se deslizaba detrás de Mila, que miró a su hermana mayor desde debajo de la piel de zorro y arqueó las cejas.

Sanna se había soltado el pelo y pellizcado las mejillas para darles un tono rosado. Hasta se había mordido los labios para tratar de enrojecerlos y se había arrancado un poco de piel en el de abajo en el intento. Apartó a Mila de en medio con un tirón del brazo.

—Hola, Geir —dijo con la voz algo ronca, como si estuviera resfriada.

—Hola, Sanna —la saludó con voz aguda.

Mila bufó y se marchó de vuelta a la cocina. Cerró la puerta para que no se fuera el calor. Ya se habían acostumbrado a los patéticos intercambios que apenas podían considerarse conversaciones entre su hermana y el afilador de cuchillos de Stavgar.

Oskar levantó la vista mientras cortaba el repollo de Sanna con el cuchillo de caza. El mango tenía tallado un elaborado diseño que imitaba unas raíces enredadas y la hoja era gruesa, más apta para cortar cuerdas que verduras.

—¿Otra vez Geir?

—Sí —contestó Mila y puso los ojos en blanco mientras se quitaba el gorro.

—¿Se han besado? —preguntó Pípa con una risita.

—¡Pípa! —la regañó Oskar—. No seas ridícula. —Fulminó a Mila con la mirada—. No lo han hecho, ¿verdad? —Apretó el mango del cuchillo con fuerza.

Mila se planteó tomarle el pelo, pero le rugió el estómago. No tenía energías.

—Pues claro que no. Solo ha traído un cuchillo.

—¿Otro?

—Ajá.

Se dejó caer en el banco frente a la chimenea y contempló cómo el vapor brotaba del agua en la que pronto prepararían la misma sopa de repollo grisácea que llevaban semanas comiendo.

Mientras oía cómo el cuchillo atravesaba el repollo, Mila se esforzó por escuchar los murmullos de Sanna y Geir. La risa de su hermana tintineó como un repiqueteo de campanas justo antes de que la puerta se cerrase con un crujido y un golpe seco que provocó una ráfaga de aire en la cocina que le congeló las mejillas. Sanna entró como si estuviera flotando en una nube y con la mirada perdida en algo que llevaba en la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Pípa.

—Nada —se apresuró a responder y se guardó lo que fuera en el bolsillo de la capa—. Un regalo.

Era un broche hecho de cuerno de alce con un intrincado diseño de pálidos remolinos que recordaban a un mar embravecido. Era muy bueno.

—¿Qué le has dado a cambio? —preguntó Mila, lo que provocó que a su hermana se le enrojecieran las mejillas.

—Nada —respondió con sequedad y apuntó amenazante a Mila con el cuchillo recién afilado—. Un regalo no debería suponer recibir algo a cambio.

—Es la cuarta vez que viene esta semana —comentó Oskar.

—Sí… —farfulló Sanna con los labios fruncidos.

—Stavgar está bastante lejos. Tendrá que volver cabalgando de noche.

—Sí.

—La próxima vez deberías invitarlo a cenar.

Mila se fijó en que sus hermanos mayores intercambiaron una mirada que no llegó a comprender.

—Sí —coincidió Sanna—. Tal vez lo haga. —Tragó saliva y, luego, en un tono que daba el tema por zanjado, añadió—: ¿Has terminado de asesinar al repollo?

La oscuridad cayó con la llegada del atardecer y la pequeña casa se llenó del olor a sopa de repollo hervido que indicaba que la cena estaba lista. Sanna iba a servirle a Pípa su ración en un cuenco de madera astillado cuando Dusha ladró, seguida de su hermano.

—¿Otra vez Geir? —preguntó Oskar, y Sanna negó con la cabeza.

—Algo los habrá sobresaltado. Voy a tranquilizarlos —dijo Mila, sin mucha prisa por comerse la sopa, a pesar del hambre que tenía.

Se puso la capa y el gorro por segunda vez, abrió la puerta un poco y

salió a la nieve, que resplandecía con un gris plateado en la incierta luz.

—¡Dush-Dush, ven aquí! ¡Danya, ven!

Con la cabeza agachada para protegerse del viento cortante, cerró la puerta y echó a andar por el camino que conducía hasta el cobertizo de los perros con las manos escondidas bajo las axilas para mantenerlas calientes. No había dado ni tres pasos cuando chocó con algo.

—*¡Javoyt!*

Mila tropezó al pisarse la capa y estuvo a punto de caerse. Recuperó el equilibrio y levantó la vista. El corazón le latía casi tan fuerte como soplaba el viento. Ahora sabía por qué ladraban los perros.

2. El desconocido

Qué lenguaje tan masculino para una niña tan pequeña —dijo una voz, profunda y contundente como los ladridos de Danya, que se hicieron más fuertes—. ¿Cómo te llamas?

Mila se levantó la bufanda y se cubrió los labios al notar un sabor nauseabundo e inhalar un asqueroso olor animal, tan amargo como la hierba podrida. Ante ella, se elevaba un caballo que le pareció tan grande y ancho como un granero. Sobre su lomo, viajaba un hombre cubierto de pieles que parecía tan grande como el equino. Llevaba colgada a la cintura un hacha de leñador, como la de su padre, y los ojos le brillaban de un color dorado con un destello salvaje sobre una barba de varios días.

Tras él, había una docena de figuras más pequeñas. Todos iban montados en ponis, camuflados, encapuchados y equipados con antorchas. Uno de ellos levantaba un estandarte bordado con un oso bajo un árbol. Las puntadas de oro de las raíces brillaban a la luz de las antorchas.

De ellos emanaba una nube de vapor caliente y los ponis resoplaban y daban coces para alejarse de los perros, que se lanzaron contra la puerta del cobertizo. El hombre levantó una mano y los dos animales enmudecieron de repente y cayeron al suelo como dos sacos vacíos.

—¡No! —Mila sacó los pies de la nieve, los tenía casi congelados—. ¡Dusha! ¡Danya!

Pero los perros permanecieron tumbados en silencio, con el hocico apoyado en las patas delanteras, las cejas temblando y los ojos muy abiertos. Hasta los árboles de detrás parecieron quedarse quietos.

Mila se volvió con cuidado hacia el grupo que lo acompañaba. Echó un vistazo más allá del hombre para mirar a otro jinete. Tenía el mentón despejado y parecía de la edad de Oskar. ¿Sería el hijo de aquel hombre? Observó las caras de los demás, uno por uno. Todos eran jóvenes, algunos apenas parecían un año mayores que ella. Era imposible que tuviera tantos hijos.

Se le atragantó la voz, como un pájaro enjaulado. El hombre pasó la pierna sobre el lomo del caballo y aterrizó en la nieve. Algo no iba bien…

Mila le miró los pies. Calzaba unas botas de cuero negras, muy elegantes y sin un solo rasguño, que no parecían mostrar ningún indicio de haber hecho un largo viaje, pero eso no fue lo que llamó su atención. El hombre no estaba en la nieve, sino sobre ella. No se había hundido en el suave algodón, aunque ella sentía cómo se le colaba por la parte de arriba de las botas y los ponis de sus acompañantes estaban enterrados casi hasta los corvejones.

Levantó la cabeza y el hombre la miró a los ojos con ferocidad. Cuando bajó la vista, se había hundido en la nieve hasta las pantorrillas. Además, ahora tenía las elegantes botas atadas a las piernas con unos cordeles dorados, como las raíces del árbol del estandarte. Mila parpadeó y el hombre sonrió, enseñando unos dientes grises y serrados como madera carbonizada. Tragó saliva y la bilis le subió hasta la lengua.

—Buen invierno —dijo el hombre y esperó a que le devolviera el saludo, pero no lo hizo—. ¿No vas a darnos la bienvenida?

—N… —Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. No le conozco.

El hombre soltó una risotada tan cortante como su voz.

—Ni yo a ti, niña. Pero en el lugar de donde vengo, siempre damos la bienvenida a los visitantes que llegan cansados a nuestras puertas.

—¿Mila?

Se volvió como un resorte. No había oído la puerta abrirse, pero Oskar había salido, sin capa ni abrigo y con las botas desatadas. Detrás de él, las caras distorsionadas de sus hermanas se apretujaban contra la ventana de hielo como dos lunas gemelas.

—¿Así que Mila? —murmuró el hombre.

La aludida sintió un pinchazo detrás de los ojos; un aviso de un dolor de cabeza que estaba por llegar. Deseó que Oskar no hubiera dicho su nombre.

Su hermano se acercó caminando en círculos, como lo haría un lobo, atravesó con cuidado la nieve y se colocó entre Mila y el hombre. La empujó un poco y la chica entendió que le indicaba que entrase dentro, pero no quería dejarlo solo con ellos. Su constitución delgada y su cara desnuda hacían que el tamaño del hombre resultara más abrumador; un joven brote enfrentándose a un viejo roble.

—¿Quiénes sois? —preguntó Oskar, con la espalda recta y levantando la voz más de lo necesario.

Mila cayó en la cuenta de que el viento se había calmado y, aunque los árboles estaban más quietos de lo normal, el pelo de su hermano se agitaba sobre sus orejas.

—Hablaré con el hombre de la casa —dijo el desconocido y miró por encima del hombro de Oskar.

—Soy yo —dijo este.

—¿De verdad? ¿Y vuestro padre?

A Mila se le formó un nudo en la garganta y notó la misma tensión en la voz de su hermano al responder:

—Se fue.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años invernales.

—¿Cómo te llamas?

—Oskar.

—Oskar —repitió el hombre con una sonrisa cruel—. Buen invierno, Oskar. Como le decía a Mila... —El dolor detrás de los ojos se intensificó—, hemos venido desde el sur. Nos dedicamos al comercio.

—¿Comercio de qué?

—Tesoros.

El hombre sonrió y chasqueó los dedos. Sus acompañantes se abrieron las capas y los cordeles de oro que llevaban en los tobillos quedaron a la vista. Mila nunca había visto oro tan trabajado, convertido en hilos finos y flexibles. Sin embargo, no diría que el resultado fuera bonito. Era nudoso y áspero, como las raíces talladas del cuchillo de Oskar. También feo y elegante, como el desconocido.

Oskar dio un paso vacilante y, como si fueran uno solo, todos los hombres volvieron a cubrirse con las capas.

—¿A dónde lleváis estas riquezas?

—Al norte.

La mirada del hombre dejó claro a Mila que no revelaría más información, pero sabía que no había mucho más al norte: solo la ciudad montañosa de Bovnik y el mar Boreal, el de las historias de islas mágicas donde aún existía la primavera.

—¿Qué asuntos os llevan a Bovnik? —preguntó Oskar.

—Eso es asunto nuestro —respondió el hombre con desprecio, en un tono más duro que antes—. Buscamos comida y permiso para encender un fuego y pasar la noche.

Tras un momento de duda, Oskar contestó:

—No sé si podemos daros nada.

El hombre avanzó un paso y a Mila se le llenó el corazón de orgullo cuando Oskar apenas vaciló.

—¿Cómo dices, chico?

—El invierno se ha vuelto muy duro —respondió—. Y el bosque es cada día menos generoso.

—Somos conscientes, pues lo hemos atravesado —escupió el hombre —. A lo mejor el bosque ya ha dado suficiente.

Oskar tragó saliva, pero añadió:

—No nos sobra comida. No voy a poner en peligro a mi familia.

—¿Así que sois más?

Mila tuvo un mal presentimiento. «No contestes», quiso decirle. El caballero la miró un segundo, como si la hubiera oído. Pero Oskar, que debió de creer que el hombre se había ablandado, contestó:

—Sí. Sanna, Pípa y Mila. Tengo tres hermanas.

—¿Tres? Menudo castigo. —Los demás se rieron y Mila se enfureció

cuando Oskar se les unió sin mucho entusiasmo—. Pero son unos nombres bonitos.

Oskar dejó de reír y su gesto se volvió temeroso.

—Como veis, no puedo correr el riesgo de quedarme sin comida.

—Lo comprendo —respondió el hombre con voz suave—. Pero supongo que no nos negarás una porción de tierra y algo de musgo seco para encender un fuego.

—Por supuesto —dijo Oskar—. Voy a por ello.

Hundió los hombros y se volvió hacia su hermana.

—Vamos, Mila.

—Buenas noches, Mila —se despidió el hombre.

Sintió otro pinchazo de dolor en las sienes mientras entraba en casa y Oskar cerraba la puerta tras ellos. Respiró hondo, como si hubiera contenido el aliento hasta ahora, y tembló. Sabía que no dormiría bien con aquellos extraños tan cerca.

—¿Qué ha pasado? —farfulló Pípa. Oskar temblaba, y Sanna se agachó para quitarle las botas—. ¿Quiénes eran?

Pero Oskar la apartó con un gesto y tiró de Mila para frotarle los

hombros y abrazarla con fuerza.

—¿Estás bien, Milenka?

Mila se acurrucó entre los brazos de su hermano mayor. Hacía mucho que no la llamaba así ni abrazaba a ninguna de sus hermanas. Desde que papá desapareció en la nieve, hacía cinco años de invierno, Oskar había tenido que madurar tan deprisa que se había dejado el amor por el camino, igual que papá.

—Sí —murmuró.

Oskar la apretó una última vez y la soltó.

—Bien. No quiero que habléis con ellos, ¿está claro? Voy a llevarles algo de musgo y luego nos quedaremos en casa hasta que se hayan marchado. Mañana no saldréis hasta que yo lo diga. ¿De acuerdo?

Incluso Sanna, que odiaba que su hermano pequeño le diera órdenes, asintió. Mila se volvió hacia la ventana helada y creyó ver una sombra que se movía.

El hombre no les había dicho cómo se llamaba. Sin embargo, sabía el nombre de su hermano y sus hermanas. Y también el suyo.

3. Una cara en la ventana de hielo

Al cabo de unas horas, algo despertó a Mila de un sueño profundo y la joven abrió los ojos con un grito ahogado. Se quedó tumbada mientras el latido de su corazón se ralentizaba, escuchando los sonidos de sus hermanos, que dormían. Era una de las cosas que le gustaban de vivir en un invierno permanente: dormían todos juntos en la cocina sobre unos camastros al calor de la chimenea. Sanna, que tenía doce años cuando empezó el invierno, hablaba con nostalgia de cómo, tiempo atrás, había tenido su propia habitación para el verano, con cortinas de algodón muy finas; pero ahora la puerta de las habitaciones de verano, con las paredes más delgadas y las ventanas más grandes, estaba tapiada. Además, Mila no se imaginaba durmiendo sola.

Escuchó los ligeros ronquidos de Pípa junto a la oreja y la profunda respiración de Sanna al otro lado, con el pelo negro azulado como las alas de un cuervo, desparramado sobre la almohada de paja, como siempre. Sin embargo, al otro lado de su hermana, faltaban las respiraciones superficiales de Oskar.

Mila se incorporó con cuidado y las pesadas pieles le resbalaron por el cuerpo. Sintió frío de inmediato, a pesar de llevar el nuevo camisón de invierno que Sanna había vuelto a rellenar con musgo la semana anterior. Incluso tan cerca del fuego, su aliento creaba pequeñas nubes de vaho, como un dragón de una de las historias de papá.

«Papá». Pronunció la palabra en silencio, por primera vez en meses. Se había establecido una especie de norma implícita entre los hermanos de no hablar de él, aunque estuviera presente por toda la casa, desde los pantalones que por fin le iban bien a Oskar, hasta las hachas de leñador junto a la chimenea, con las empuñaduras suavizadas por el uso.

Cuando el desconocido había preguntado por él, los recuerdos habían

vuelto en cascada. Evocarlo era doloroso. Olía a savia y a humo de leña. Tenía los ojos azules como el hielo, igual que Sanna, y una risa y un corazón salvajes, pero también era amable. Ni siquiera su padre había sido tan osado como el hombre de afuera.

Se sintió vacía, como una mano que cae después de estar acostumbrada a que la sostengan, y, por primera vez en mucho tiempo, quiso hacer cosas que le recordaran a él y no que la hicieran olvidar. Tal vez, al día siguiente, cuando el desconocido y sus acompañantes se hubieran marchado, podrían ir hasta el árbol corazón y sentarse a contar historias, como hacían antes.

Pensó en el oso del estandarte del hombre. Papá les había contado cuentos sobre Bjørn, el espíritu oso que protegía los árboles, y Eld, el oso solitario que se enamoró del sol. Unas historias tristes y bonitas que no se parecían en nada al desconocido.

Se fijó en la oscura ventana de hielo y se tapó la boca con la mano para no gritar. Había una cara enorme y distorsionada en la ventana. El fuego la iluminaba de forma grotesca y la hacía parecer muy ancha y repugnante, como si no tuviera bordes. Unos ojos dorados brillaban en la luz parpadeante. Y delante de la ventana…

—¿Oskar? —susurró.

La cara del desconocido desapareció y Oskar se volvió desde donde estaba mirando. Mila salió de la cama y se acercó a él, descalza y encogida al pisar las partes frías del suelo donde ya casi no quedaban juncos. Se detuvo a poca distancia de su hermano. Parecía que habían pasado años desde el abrazo. Ahora la distancia crecía entre ellos. Estaba muy pálido y tenía los ojos completamente abiertos y vidriosos.

—Oskar, ¿qué hacías?

—Los observaba —dijo en voz baja y seca.

—¿Qué hacen?

—Nada.

Mila se estiró para mirar por encima del hombro.

—Estabas hablando con ellos.

—No, qué va.

Se movió para impedirle ver. Tenía un poco de sudor en el labio superior. Parecía febril.

—¿Quieres un poco de caldo? ¿Despierto a Sanna?

—No —dijo, sin apenas contener la ira—. Vuelve a la cama.

Mila levantó la barbilla y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué pasa?

Una sombra, como una anguila que parpadea bajo la superficie de un

lago, atravesó la cara de su hermano. De repente, parecía más viejo. No era él mismo.

Mila levantó la mano para tocar el extraño bulto de la mejilla de Oskar, pero él la agarró por la muñeca con fuerza y hundió los dedos fríos en su cálida piel. Jadeó y lloró cuando sintió dolor. Él se le acercó.

—Vuelve a la cama, Mila.

Un pinchazo en la sien se sumó al dolor de la muñeca cuando la soltó. Con la respiración agitada, hizo lo que le ordenó, se volvió a meter entre sus hermanas y se tapó la cabeza con las mantas para intentar calmarse. Una manita sujetó la suya y se percató de que Pípa también estaba despierta. Removió las mantas hasta que se encontró con los ojos brillantes de la pequeña en la oscuridad.

—¿Qué le pasa a Oskar? —susurró Pípa.

Como respuesta, se llevó un dedo a los labios. No quería que ni su hermano ni el desconocido las oyeran.

4. Se ha ido

¡Arriba!

Alguien le apartó de golpe las pieles a Mila. Gritó y levantó los puños para protegerse, pero tan solo era Sanna.

—Venga, Mila, levanta.

La luz tenía el tono gris pálido de las mañanas, y su hermana mayor llevaba la ropa de trabajo, el broche de Geir sobre el corazón y el pelo negro recogido en un moño tirante. Entrecerró los ojos y tensó la mandíbula, irritada.

—¿Qué…? —intentó preguntar Pípa, todavía aferrada a la mano de Mila.

—Los hombres se han ido —dijo Sanna con brusquedad.

—Qué bien —respondió Mila, temblando, mientras trataba de taparse con las mantas.

Sanna soltó una risa amarga.

—Nuestro hermano también.

Mila sintió una punzada de terror en el pecho.

—¿Oskar se ha ido? —chilló Pípa.

Mila se frotó los ojos para espabilarse más deprisa.

—A lo mejor los ha seguido hasta la frontera de Stavgar para asegurarse de que se marchaban. O ha ido al árbol corazón…

Sanna la miró fijamente.

—¿Por qué iba a ir allí?

—El hombre —balbució Mila, dudosa—. Ayer nos preguntó por nuestro padre y me hizo pensar en él. A lo mejor le ha pasado lo mismo a Oskar y por eso ha ido hasta allí.

—Nos dijo que no fuéramos nunca —advirtió Pípa, muy seria.

—Ya sabes cómo es, no escucha los consejos de nadie, ni siquiera los suyos —comentó Mila—. A lo mejor ha salido temprano a comprobar las trampas.

Sanna puso los ojos en blanco y el dolor que Mila sentía en el pecho se convirtió en fastidio. ¿Por qué su hermana no estaba más preocupada?

—¿Deberíamos ir a comprobarlo? —preguntó mientras corría hacia el fuego, donde colgaba su túnica para protegerse del frío de la mañana.

Se la puso por la cabeza, le dio tres vueltas al cinturón y lo anudó por los extremos antes de ponerse las mallas de lana. Estaban calientes y humeantes. Respiró hondo, más tranquila—. Puedo llevarme a Dusha con el trineo y…

Sanna soltó otra risa extraña y entrecortada. Mila se acercó a ella.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, no tiene ninguna gracia —respondió su hermana con un largo suspiro y echó los hombros hacia atrás. «Es muy guapa», pensó Mila a pesar del enfado, algo distante—. Pero deberíamos haberlo visto venir.

—¿El qué? —preguntó Pípa, pero Sanna se dio la vuelta y descolgó el cubo para la nieve del gancho que había junto a la chimenea.

—Voy a por nieve fresca. Poned más juncos aquí, se están esparciendo.

—¿Qué deberíamos haber visto venir? —volvió a preguntar Pípa, pero Mila se limitó a negar con la cabeza. La mención de los juncos le recordó la sensación de caminar descalza sobre el suelo helado y la extraña conversación con Oskar.

—Anoche vi algo —dijo—. Oskar estaba junto a la ventana. Hablaba con alguien de fuera, creo que…

Sanna se tensó y dedicó una mirada indescriptible a su hermana.

—El hielo tiene un palmo de grosor. No se oye nada a través de él.

—Bueno, pues miraba a alguien y ese alguien lo miraba a él.

Sanna se dio la vuelta rápidamente, pero Mila estaba segura de que había fruncido el ceño.

—Ve a por los juncos.

—¿No puedo ir a buscar a Oskar? Estaba raro, parecía…

—Creo que solo fue un sueño —espetó su hermana—. Haz lo que te digo.

Se puso la capa sobre la cabeza y salió de la cocina. Al rato, escucharon el aullido del viento y una ráfaga de aire invernal se coló en la casa e hizo titilar el fuego antes de que Sanna cerrara la puerta.

Mila conocía ese tono de voz: replicar era inútil. Abrió la puerta de la despensa y descolgó los juncos del gancho donde los secaban. Se le subió una manga al levantar el brazo y dejó a la vista un moratón azulado en la muñeca. «No ha sido ningún sueño», pensó. Oyó un ruido detrás de ella y se volvió. Era Pípa, todavía en pijama y con las zapatillas de piel puestas.

—Ven, Pípa. Vístete y luego me ayudas a cubrir el suelo.

Sanna entró con la nieve fresca cuando salían de la despensa y se frotó los ojos despacio.

—¿Por qué lloras? —preguntó Pípa.

Sanna hizo una mueca.

—No lloro. —Cerró de un portazo. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío y la mirada ausente—. Pípa, deja de mirarme.

—¿Había algún rastro? ¿Has visto hacia dónde…? —empezó a preguntar Mila, pero Sanna negó con la cabeza.

—Solo de un animal —dijo con sequedad—. El resto de la nieve estaba lisa como si nunca hubieran estado aquí.

Entró en la cocina pisando fuerte y colgó el cubo junto al fuego para derretir la nieve. Mila se acercó a la puerta principal y, al abrirla, se oyó un crujido. Su hermana no mentía. Aparte de las huellas de Sanna, el suelo estaba inmaculado. También había huellas que parecían de un alce o un lobo, demasiado grandes para ser de cualquiera de los dos, que rodeaban la parcela y desaparecían por un lateral de la casa…, hacia el norte.

—¿Se han ido todos? —preguntó Pípa, que intentaba asomarse desde detrás de su hermana. Mila asintió y tragó saliva. No entendía por qué Sanna no le dejaba ir en busca de Oskar. Pípa se apoyó en su cintura —. ¿Puedo vestirme más tarde? ¿Cuando vuelva Oskar?

Mila asintió.

—Empezaremos por la despensa. Nos pondremos con la cocina

después de desayunar, cuando haya vuelto.

Pero, después de dejar los juncos en la despensa, la cocina y el pasillo, Oskar seguía sin haber vuelto.

—Se habrá ido a comprobar las trampas —dijo Mila, más para consolarse a sí misma que a Pípa.

—¿Sin desayunar?

—Pues a la frontera y…

—¿Sin Danya? —la interrumpió Sanna—. Nunca va al bosque sin ese perro. Se ha marchado con ellos.

A Mila le dieron ganas de zarandearla.

—¿Qué? ¿Acaso no es evidente? —dijo Sanna, hablándole como si fuera una niñita estúpida—. Se ha marchado con ellos.

—¿Por qué haría eso? No, no lo haría —replicó Mila, que de pronto tenía mucho calor.

—¿Por qué no? ¿Quién no elegiría vivir aventuras en lugar de cuidar de tres hermanas? En lugar de… ¿cómo dijo que nos había llamado aquel hombre? Un castigo.

—Oskar nos quiere —protestó Pípa, a quien le temblaba el labio

inferior—. Nunca se marcharía.

Sanna soltó una carcajada.

—Sí, claro que nos quiere, igual que nos querían papá y mamá.

—¡Sí que nos querían! —gritó Mila al sentirse como si le hubieran dado un puñetazo.

Pero Sanna la fulminó con la mirada.

—Papá nos quería tanto que nos dejó. Se fue y nunca miró atrás. Y Oskar ha hecho lo mismo.

A Mila le costaba respirar, hasta le dolía hacerlo. Nunca hablaban de la marcha de papá, de cómo se levantó temprano en el aniversario de la muerte de mamá y salió al frío sin gorro ni capa.

—Eso no lo sabes. Oskar dice que papá nos quería, solo que a mamá la quería más. No soportaba vivir aquí sin ella.

—¡Ella ya se había ido! —Sanna se puso en pie y gritó. Escupió algo de saliva al hablar y Mila miró nerviosa a Pípa. Mamá había muerto al dar a luz a su hermana pequeña y siempre procuraban no hablar del tema—. Quiso seguirla, pero ya llevaba años muerta. Prefirió dejar a su familia en manos del caprichoso de nuestro hermano, que ha salido huyendo en cuanto ha tenido una oferta mejor.

Mila tenía cada vez más calor y le cosquilleaban las manos. También

se levantó.

—No se iría. Se lo habrán llevado.

—No he oído ningún forcejeo. No hay signos de que hayan forzado la puerta ni sangre en la nieve —dijo Sanna con la respiración entrecortada—. ¿Tú has visto algo?

—Había algo raro en el hombre que los guiaba, algo malo. —Mila recordó que sus pies no se hundían en la nieve y cómo hizo callar a los perros con un solo gesto—. Algo peligroso.

—A lo mejor, donde tú viste peligro, Oskar vio emoción —dijo Sanna, más tranquila. Se levantó con los hombros caídos y se clavó las uñas en las palmas—. No le culpo. Si fuera un hombre, también me marcharía. Saldría por esa puerta y no volvería nunca.

Mila se quedó sin aliento. Pípa corrió y se aferró a las faldas de su hermana mayor.

—No te vayas, San.

Sanna la apartó con dureza y soltó otra risa amarga.

—No lo haré. —Levantó la vista y los ojos le brillaron por las lágrimas —. No tengo ningún sitio adonde ir.

Se puso la capa sobre los hombros y al cabo de unos segundos, oyeron un portazo y los ladridos de los perros. Mila sabía que había ido a

sentarse con ellos en el cobertizo. Era lo que todas hacían cuando estaban disgustadas.

Tuvo la sensación de que el suelo se había convertido en nieve blanda bajo sus pies y se sentó en el banco. Pípa lloró en silencio y la atrajo a su regazo para mecerla con cariño.

—¿Se va a marchar? —preguntó la pequeña entre hipidos.

—No, solo ha ido a enfurruñarse con los perros. ¿No los oyes lloriquear con ella? —dijo Mila, con la voz más alegre que pudo fingir.

—Entonces… —empezó Pípa—. ¿De verdad crees que Oskar nos ha dejado? ¿Volverá?

Mila enterró la cara en la gruesa trenza de su hermana mientras pensaba.

—Iré a buscarlo. No tardaré si me llevo a los perros. Miraré donde las trampas y el árbol corazón. A lo mejor está herido o… —Tragó saliva —. Volveré antes de que oscurezca si salgo ya.

—¿Puedo ir contigo?

—De eso nada. —Le dio una palmadita en la pierna para que se levantara—. Será mejor que le diga a Sanna que me voy.

Se envolvió en la capa y se puso el gorro. Se detuvo un momento, antes de tomar las prendas de Sanna también, aunque hubiera

preferido dejar que se congelase, por mala. Le dio a Pípa otro abrazo rápido y salió en dirección al cobertizo de los perros.

Era una estructura baja con el tejado de paja, siempre cálida, incluso en invierno. En uno de los pocos recuerdos que tenía de su madre, la recordaba tomándole el pelo a papá: «Mimas demasiado a esos perros. ¡Está mejor construido que nuestra casa!». En parte, era verdad: todos los huecos de las paredes estaban cubiertos con paja para protegerse mejor contra el viento y el techo tenía doble grosor. Mila respiró hondo antes de entrar e inhaló el agradable olor a galletas para perro, reconfortante incluso en los momentos más tristes.

Sanna estaba acurrucada en una esquina, con Danya tumbada en el regazo y Dusha a su lado. A Mila se le pasó un poco el enfado al ver a su hermana mayor, siempre serena, tan triste bajo los animales.

—Me voy al árbol corazón y a comprobar las trampas.

—¿Para qué? —dijo Sanna mientras retiraba la mano de la barbilla de Danya. El perro gimió como protesta y la empujó con el hocico.

—Se ha ido, Mila. Igual que papá. —Sacó algo de la bolsa de piel de venado que llevaba en el cinturón—. Encontré esto en la puerta cuando salí a por nieve.

Sostenía el anillo de su padre: un aro de bronce mate con un enorme granate, apagado y liso por el desgaste de años de uso. Mila lo levantó, casi sin respiración.

Su madre le había regalado aquella piedra que había extraído de la mina en la que trabajaba en Bovnik cuando él le pidió matrimonio. Mila recordaba con claridad a su padre jugueteando nervioso con el anillo después de encender la mecha en un plato de grasa de ciervo

fría en el aniversario de la muerte de su madre. «Para iluminar su recuerdo».

Le invadió una terrible tristeza que envolvió la preocupación que sentía por Oskar, como una pesada red que atrapa a un banco de peces asustados. «Papá». Su cara ancha y barbuda, sus pulgares acariciando el granate y frotándolo para darle brillo, sus ojos azules como el hielo llenos de desesperación…

Al día siguiente, se había ido. Oskar llamó a sus hermanas y corrió al bosque nevado. Volvió casi un día después, con el anillo en la mano, lleno de arañazos y llorando. «Se ha ido. Se ha ido». Cuando se calmó, les contó que había recorrido todo el bosque.

«Lo encontré junto al árbol corazón», les dijo y abrió la mano para enseñarles el anillo, que le había dejado marcas en la piel.

«¿Has mirado en el árbol? ¿Seguro que no lo ha escalado? —preguntó Mila—. A lo mejor fue allí para recordar a mamá».

Oskar la miró con tanta angustia que ella palideció de miedo.

«¿Qué pasa?».

«No estaba allí. No podemos volver nunca al árbol corazón», dijo con la voz tan apagada como sus ojos. «Prometédmelo».

Todas lo hicieron. Entonces, como si quisiera mantenerlos atrapados en el horrible recuerdo de aquel día, el invierno se alargó. Como si papá se hubiera llevado con él la primavera y los hubiera abandonado al frío.

—¿Mila?

La chica sintió que el miedo le bloqueaba la garganta mientras alternaba la mirada entre la cara de Sanna, con los mismos pómulos altos y ojos que papá, y el anillo. Se apartó y negó con la cabeza.

—Oskar no lo habría dejado. A lo mejor se peleó con ellos. A lo mejor se le cayó del dedo y…

Sanna esbozó una sonrisa triste.

—Estaba delante de la puerta, Mila. Lo dejó ahí para que lo encontrásemos. Es un mensaje.

Mila negó con más fuerza y las orejeras del gorro le bailaron. Sin embargo, al mismo tiempo, sintió que la duda le crecía en la base del estómago. La aplastó y la ignoró, e intentó aparentar seguridad al hablar.

—Voy al árbol corazón. —Le tendió el anillo, la capa y el gorro—. Me llevo a los perros, así que necesitarás esto para no coger frío aquí fuera.

Sanna suspiró, se guardó el anillo en la bolsita del cinturón y le dio un empujoncito cariñoso a Danya para levantar al animal. Se puso en pie y recogió la capa.

—Voy contigo.

—¿Y Pípa?

Sanna dudó un segundo, como si se hubiera olvidado de que ahora solo eran tres.

—Ve a buscarla. Trae también algo de comida. Ataré a los perros.

Mila soltó el aire que había aguantado inconscientemente. Aunque le encantaba el bosque, no le emocionaba la idea de pasar el día recorriéndolo sola. Mientras volvía hacia la casa, echó un vistazo a las huellas que la rodeaban, y más allá, hacia los alerces. Desnudos y pálidos como huesos, se agitaban con el viento helado y parecían mirar atrás.

5. Las trampas

Mila tenía las mejillas heladas y el frío se le metía por la garganta y la nariz con cada respiración. Dusha y Danya lo hacían bien, las arrastraban deprisa por la nieve, impulsados por una preocupación enérgica que Mila también sentía bajo la piel: un burbujeo oscuro, como un escupitajo de carbón caliente. Sanna y ella mantenían el ritmo, empujaban con los pies en la nieve para ayudar a los perros, se agachaban e impulsaban a la vez.

El trineo avanzaba tras los perros. Estaba hecho de abedul claro y sin pintar; Oskar había renovado la plancha en la parte inferior de los rieles el mes anterior. Los dejó tan afilados que se cortó. Había dos barras de dirección, una delante y otra detrás, con tablas a las que subirse. Pípa iba sentada en el asiento de piel de foca, con las trenzas volando, mientras que Sanna y Mila iban en la parte de atrás para mantener mejor el equilibrio y sujetar las riendas sin tensarlas.

Pasaron por las primeras cuatro trampas sin reducir la velocidad: tres de ellas eran trampas de red para liebres bajo un ligero manto de nieve y hojas con el cebo congelado y la otra era una trampa con foso a la altura adecuada para los zorros, que eran demasiado listos para pisar el suelo removido. Oskar cazaba cada vez menos, y Mila recordó lo que había dicho el hombre: «A lo mejor el bosque ya ha dado suficiente». Tembló.

Su padre puso las trampas tan rectas como le permitieron los árboles, un camino directo a su lugar favorito, y Mila se imaginó a Oskar corriendo para comprobarlas, adentrándose cada vez más en el bosque. Pero ahora no estaba allí y no había ningún indicio de que hubiera estado desde la nevada de la noche anterior.

Se mordió el interior de la mejilla. No veía muy bien el rostro de Sanna, pero sabía que estaba en tensión y con los labios apretados. Le

hubiera gustado deslizar la mano por la barra para agarrarle la suya, pero no quería correr el riesgo de caerse. Además, seguía enfadada con ella por pensar que Oskar se había marchado por voluntad propia y por decir que, si pudiera, ella también se iría.

Sintió una punzada de amargura en el estómago mientras se agachaba para esquivar una rama baja que se le enganchó ligeramente en el gorro antes de soltarlo con un silbido. Pasaron media docena más de trampas de red y dos con foso antes de que el bosque se volviera más espeso. La palidez del cielo se redujo poco a poco hasta desaparecer del todo en algunos tramos, escondido tras las apretadas ramas.

Recordaba una primavera lejana, antes de que Pípa naciera, antes incluso de que le dieran su nombre verdadero, en que recorrieron ese mismo camino. Su padre se la cargó a la espalda y las hojas le rozaron la cabeza. Pasaron entre un muro de troncos muy juntos hasta llegar a un gran abedul: el árbol corazón. Había crecido de forma extraña, más parecido a un roble, tan ancho como su casa y tan alto, desde la perspectiva de Mila, como el cielo. Sus hojas formaban un manto sobre sus cabezas y el suelo estaba cubierto por una alfombra de musgo. Las flores silvestres crecían donde alcanzaba el sol, como manchas brillantes de rojo y violeta con olor a miel.

Papá la dejó en el suelo con cariño.

«Te echo una carrera».

Todos escalaron muy alto, sin aliento y entre risas. Oskar y Sanna subían deprisa sin ningún cuidado. A Mila le latía el corazón con fuerza, pero no tenía tanto miedo porque mamá estaba cerca. Era un árbol perfecto para escalar, los surcos de la corteza eran suaves, pero sólidos, y la mano le encajaba a la perfección.

Cuando llegaron arriba, solo se veía el bosque; un mundo entero de

madera y hojas enmarañadas. Nunca había sido tan feliz.

«Este es el lugar más especial del bosque —le contó mamá—. Todos los demás árboles crecen a partir de este. ¿Ves cómo se arremolinan a su alrededor, como la cáscara de un caracol, para protegerlo? —Mila se dio la vuelta despacio y siguió la espiral con la mirada hasta perderla de vista—. A cambio, los protege y se asegura de que el bosque sea fértil».

«Bjørn vive aquí», dijo Oskar mientras pellizcaba a Mila en el brazo.

«Esperemos que no tenga hambre», bromeó Sanna y le pellizcó el otro brazo.

«Dejad tranquila a vuestra hermana», los regañó papá con un suspiro.

Mila se estremeció mientras miraba a su alrededor.

«Pero hemos cogido savia, ¿no creéis que se enfadará?».

«Solo tomamos lo que necesitamos», la tranquilizó mamá.

Pero no la convenció.

«Bjørn no mata de verdad a los que dañan el árbol corazón, solo es una historia, ¿verdad?».

«Las historias no son más que una forma diferente de contar la verdad

—dijo mamá—. Solo haría daño a alguien para proteger el bosque. Sea como sea, el árbol corazón es precioso. Si sufriera algún daño, el bosque moriría».

«Y tendríamos que irnos», añadió papá con tristeza, y Mila se apoyó en él.

De él había aprendido a amar el bosque.

«Eso no pasará, ¿no?».

«Claro que no», respondió mamá con cariño.

Mila notó la sonrisa de papá en su voz.

«Nunca».

Pero él sí se había marchado y, como si hubiera sido el mismísimo árbol corazón, el invierno se quedó en su lugar y atrapó al bosque en su jaula de hielo y nieve. Mila no había vuelto a subirse a un árbol desde entonces.

Se acercaban a la última de las trampas, cerca de la arboleda de abedules que rodeaba el árbol corazón. Mila los veía, delgados espíritus plateados que brillaban a la luz del invierno, en contraste con la oscura corteza de los abetos y los alerces. Parecían más pequeños de lo que recordaba y más aburridos, aunque suponía que se debía a que ella era más grande ahora. La piel le ardió de nuevo. «Nunca le hagas daño al árbol corazón o Bjørn te atrapará». Su padre lo repetía tan a menudo que se les había quedado grabado en la memoria antes incluso de recibir su nombre verdadero.

Sanna también se dio cuenta de que ya estaban cerca, chasqueó la lengua y tiró de las riendas para que Dusha y Danya fueran más despacio. Los perros obedecieron al instante y trotaron entre las nubes de vaho que formaban sus alientos.

Mila bajó del trineo de un salto para caminar junto a ellos, con la mano en el lomo de Dusha. Lo notaba caliente incluso a través del guante y sentía el zumbido de su respiración, como una colmena escondida en el tronco hueco de un árbol. Sanna se quedó en el trineo y se movió hacia el centro para equilibrarlo.

—¡Stuta! —Sanna remarcó el sonido de la s entre los dientes ligeramente separados, igual que el silbido de una tetera vieja, y los perros se detuvieron.

Mila no lo hizo. Pasó junto a la última trampa: un conjunto de redes cubiertas por la escarcha nocturna y colocadas a intervalos regulares entre las ramas congeladas, a la espera de los pájaros. Papá les dijo que, tiempo atrás, todo el bosque había estado lleno de aves. «¡Solían despertarme cantando! ¿Os lo imagináis?».

No se lo imaginaba.

Una trampa estaba baja, y Mila la levantó. Encontró el cuerpo de un alcaudón joven, apenas más grande que un polluelo.

—¿Mila? —la llamó Sanna con voz amable.

—¿Ves lo pequeño que es? —murmuró Mila por encima de los susurros quedos del bosque y las pisadas de los perros—. Solo sirve de cebo.

Se agachó, con las piernas doloridas por el viaje en trineo, y empujó un poco al pájaro. Se le cayeron algunas plumas entre los dedos. El ave no estaba congelada, lo que significaba que a Oskar no se le había pasado en una visita anterior. Pero también significaba que hoy no había ido a comprobar las trampas. No estaba allí.

—¿Es reciente? —preguntó Sanna.

Mila asintió y las lágrimas se le acumularon en los bordes de los ojos. Las frotó con impaciencia y siguió adelante, avanzó los últimos pasos que quedaban hasta la arboleda, donde crecía el árbol corazón; un árbol más alto y más viejo que cualquier otro del bosque y que extendía sus poderosas ramas hasta cubrir casi todo el cielo con ellas.

Lo que vio la hizo caer de rodillas.

6. El árbol corazón

Detrás de ella, Sanna ahogó un grito e incluso a Pípa, que nunca había estado allí, se le escapó un chillido.

—¿Qué ha pasado?

El árbol corazón, que tiempo atrás había sido el más alto del bosque, ahora terminaba a la altura de sus cabezas y la corteza caía en grandes montones a su lado. El tronco estaba torcido, como un gigante que se hubiera estrellado. Le habían serrado las raíces y los cortes eran ásperos y viscosos; sus entrañas blancas brillaban y la savia congelada y seca resplandecía como miel mezclada con sangre recién derramada. El hielo se había colado dentro y había destrozado más las vetas. Era imposible saber cuánto tiempo llevaba así. El invierno lo había ralentizado todo, incluso la muerte. A su alrededor, los otros abedules parecían inclinarse hacia él, como si llorasen en un entierro.

Habían talado el árbol corazón.

La cabeza de Mila iba a toda velocidad. «¿Quién había sido?». Pensarlo le provocó miedo y un dolor muy profundo. «¿Por qué?».

Le vino a la cabeza la sonrisa cruel del desconocido y alguien le puso la mano con cariño en la espalda envuelta en pieles.

—Milenka… —empezó Sanna, pero Mila se apartó con brusquedad.

—No me llames así —siseó mientras el miedo que sentía iba a más—.

Te dije que se lo habían llevado, y hemos perdido mucho tiempo, casi un cuarto de sol, cuando deberíamos ir tras ellos.

Sanna se entristeció y las sombras le oscurecieron los pómulos. Habló de nuevo con amabilidad:

—Sabía que era una tontería venir y daros falsas esperanzas.

—¡La tonta eres tú! —gritó Mila. Danya gimió y Pípa se estremeció. Le dio una patada a un montón de nieve que voló hasta la cara de su hermana—. ¡Oskar no se ha ido, se lo han llevado!

Sanna metió la mano en la bolsita de su cinturón y sacó algo brillante.

—El anillo…

Mila le pegó en la mano y lanzó el anillo a la nieve.

—¡No significa nada! —gritó—. ¡Oskar no nos dejaría!

Pípa se acercó vacilante y levantó el anillo de donde había caído, como una gota de sangre en la nieve.

—¿Por qué tienes el anillo de Oskar?

Ninguna de sus hermanas respondió, solo se miraron la una a la otra. Pípa era demasiado pequeña para acordarse de que el anillo había sido de papá antes de que fuera de Oskar. Se lo puso en el pulgar.

—Cuidado, Pípa —dijo Mila con malicia—. A lo mejor te marchas tú también.

Pípa frunció el ceño y el gesto de Sanna se ensombreció aún más. Su hermana mayor entrecerró los ojos antes de volverse hacia el trineo.

—Tenemos que irnos. El aire sabe a nieve.

Mila también notó el frío bajo la lengua y el chasquido del aire alrededor de los lóbulos expuestos de las orejas, pero la rabia la mantenía caliente. Se agachó y recogió un puñado de nieve para arrojarla con fuerza a la espalda de Sanna. Le dio justo en la nuca, debajo de su moño, que seguía perfecto, y se le coló dentro de la capa.

Sanna se dio la vuelta para mirarla mientras se sacudía la capa. Se acercó tanto que Mila sintió su respiración. Tenía los puños apretados. La cara de su hermana hacía juego con cómo se sentía.

—¿Crees que es buen momento para una guerra de nieve? Te comportas como un bebé, como Pípa.

—¡Oye! —protestó la pequeña.

—¡Y tú actúas como papá! —gritó Mila.

Sanna apretó la mandíbula.

—¿Qué se supone que significa eso?

Mila se tragó el nudo que tenía en la garganta y contuvo las lágrimas.

—Te has rendido. Te has rendido con Oskar, igual que papá con nosotros.

—Milenka. —Sanna intentó tocarla, pero la esquivó—. Oskar es quien se parece a papá, no yo, recuerda.

Mila retrocedió un paso y negó con la cabeza.

—No lo viste en la ventana. Alguien le hablaba. Alguien lo asustó.

—Es verdad —dijo Pípa—. Yo también lo vi.

—A lo mejor lo asustaste tú, ratoncito. Se te da muy bien escabullirte. —Sanna esbozó un amago de sonrisa, pero su mirada seguía triste. Levantó los brazos hacia Mila—. Lo sorprenderíais cuando hacía planes para irse.

Mila dejó que Sanna la abrazara. De pronto, se sintió muy cansada y las extremidades le pesaban como ramas muertas en la nieve. Respiró hondo. Sanna olía al fuego de casa y a jabón de abedul, igual que Oskar cuando la había abrazado la noche anterior. Mila se aclaró la garganta, se separó un poco de su hermana y se obligó a mirarla a los ojos.

—Quiero ir a Stavgar —dijo con la voz deliberadamente tranquila.

Gritar no la había ayudado a convencer a su hermana, debía probar de otra manera.

Sanna frunció un poco el ceño.

—¿Por qué?

—Si atajamos desde aquí, no está lejos —explicó y señaló los árboles más finos de la derecha—. Los hombres dijeron que iban al norte, así que han tenido que pasar por Stavgar si querían seguir la ruta más rápida. Si… —Se calló cuando Sanna chasqueó la lengua.

—Mila, no vamos a seguirlo. Si quería marcharse, pues que le vaya bien.

Mila serró los dientes.

—Si han pasado por Stavgar, sabremos si Oskar iba con ellos o no.

Consciente de la acusación silenciosa de su hermana, Sanna levantó las manos.

—Mila, nevará en cualquier momento. Si vamos a Stavgar, apenas lograremos volver antes de que se haga de noche.

—Podemos hacerlo si nos vamos ya.

—No voy a arriesgarme a estar fuera de noche con Pípa.

—A mí no me importa —dijo la pequeña, emocionada—. Me gusta la oscuridad. —De todas ellas, era, de algún modo, la más valiente.

—¿Lo ves? —apremió Mila—. ¿No quieres asegurarte?

—Ya lo estoy —se lamentó.

Mila no dijo nada. Sabía que se lo estaba pensando o ya le habría dado la vuelta al trineo para irse. Al final, Sanna asintió.

—Está bien —dijo y suspiró exasperada.

Mila no se detuvo a disfrutar de la victoria y se apresuró a subir al trineo mientras Sanna hacía girar a los perros hacia el norte. Apenas le dejó tiempo para sujetarse el manillar del trineo antes de chasquear las riendas.

—*¡Farash!*

7. El cordel

El camino a Stavgar estaba cubierto de una nieve más dura que el camino al árbol corazón, aunque el espeso paraguas del bosque las había salvado de lo peor. Antes del invierno eterno, aquella había sido la principal ruta comercial, por donde se traían productos muy valiosos como la lana, el cobre o el hierro del norte y la sal, el pescado o las telas finas del sur. Ahora, los únicos que la usaban eran los Orekson, cuando acudían a Stavgar a por carne si las trampas fallaban, o Geir, cuando visitaba a Sanna con el pretexto de entregar cuchillos.

De vez en cuando, si la nieve amainaba un poco, pasaba algún que otro comerciante, así que en esos días, si Sanna necesitaba una maceta nueva o algo de hilo cuando las tripas no servían para remendar, Oskar se levantaba al amanecer y lo enviaban cubierto de pieles a esperar en el cruce. A pesar de que saliera tan temprano, Pípa y Mila lo acompañaban siempre que las dejaba. A la segunda le gustaba ver los límites exteriores del bosque y maravillarse con la gente del sur, que a veces tenía el pelo del color del sol, incluso más claro que el de Geir, o con los hombres altos que se trenzaban la barba y la adornaban con cuentas, lo cual había oído que era la moda en el norte.

Más valiosos que el hilo de seda o que la sal eran los chismes de la ciudad de la montaña junto al mar, donde mamá había crecido. Bovnik tenía casi tantas minas como árboles había en Eldbjørn y estaba a la orilla del mar Boreal, donde se decía que la mágica isla de Thule estaba atrapada en el hielo por culpa del eterno invierno. Según su madre, el pueblo se construyó a tanta altura que, en los días previos al invierno, las montañas perforaban el sol al atardecer y su luz se reflejaba a retazos en los edificios pálidos como la yema de huevo. Tiempo atrás, fue un lugar próspero, pero desde que comenzó el invierno se decía que las minas se habían vuelto traicioneras y ahora estaba casi abandonado.

Fue en el cruce comercial donde Mila vio algo en la nieve. Un tenue destello, como arena en una herida.

—*¡Stuta!*

No estaba preparada para una parada tan repentina. El manillar se le clavó en las costillas cuando los perros la obedecieron, aunque Sanna era la que llevaba las riendas, y Mila sintió una chispa de orgullo por su lealtad.

Pípa se cayó a un lado y Sanna rebotó hacia delante y chocó con el manillar.

—*¡Javoyt! —gritó, frotándose el estómago—. ¿Es que quieres matarnos?*

Mila dejó de sonreír.

—Quería… —Pero perdió de vista el destello.

La nieve brillaba con un color grisáceo uniforme en el que nada destacaba.

Sanna dulcificó el gesto.

—La nieve ya habrá cubierto las huellas.

Mila asintió.

—Solo quiero echar un vistazo.

Sanna suspiró.

—Date prisa, antes de que cambie de idea y os haga volver a casa.

—Como si los perros fueran a hacerte más caso a ti que a mí —masculló Mila entre dientes.

—¿Qué?

—Me daré prisa.

Mila saltó del trineo y miró muy atenta la nieve. Caía sobre el camino como una sábana y se elevaba suavemente donde había alguna que otra raíz.

—¿Qué buscas? —preguntó Pípa, pero su hermana se limitó a encogerse de hombros.

A lo mejor se lo había imaginado. No parecía que hubiera nada fuera de lugar, pero cuando se dio la vuelta para volver al trineo, se fijó en una raíz que se había abierto paso hasta el centro del camino. La rozó con la bota y salió rodando. No era una raíz.

Sanna dio un pisotón y chasqueó la lengua.

—¡Vamos, Mila! Nos vamos a casa. Tres… ¡Pípa, siéntate!

Mila la ignoró. Se agachó y apartó la nieve. Había algo que brillaba. Echó un vistazo a su alrededor. Sanna señalaba al lecho de piel de foca donde Pípa se había puesto de pie mientras sujetaba las riendas con la otra mano.

—Dos…

Un cordel de oro. Era un trozo del cordel de oro que el desconocido llevaba en las botas, el mismo que tenían todos sus acompañantes. Mila dudó. No quería tocarlo, ni siquiera con los guantes puestos.

—¡Uno! Se acabó, nos vamos a casa.

—¡No, ya voy! —Recogió el cordel y se lo guardó en la capa sin pensárselo dos veces. El corazón le latía deprisa.

Esta vez fue Mila quien no estaba preparada cuando Sanna gritó:

—*¡Farash!*

La sonrisa socarrona de su hermana cuando se apresuró a agarrarse hizo que se alegrara de no haberle enseñado lo que había encontrado. Lo habría descartado como si no fuera nada, pero Mila sentía que era importante.

Sanna, que creía ser la más lista, pensaba que conocía a su hermano, que era como ella. Mila observó a los perros correr y, más adelante, al

bosque atrapado en el invierno. Pronto llegarían a Stavgar, y Sanna vería la verdad, que Oskar no se le parecía en nada, ni tampoco a papá, sino que era como ella.

Los copos de nieve le salpicaban la cara a Mila cuando Stavgar apareció a la vista. Las señales de civilización se hicieron notar lentas como un deshielo a través de los árboles. Había pasado al menos un año desde que Mila había visitado la ciudad, pero poco parecía haber cambiado. Había un par de corrales de ganado junto al camino, con graneros de techos bajos para el pasto.

Sanna hizo que los perros redujeran la velocidad y bajó del trineo para estirar las piernas. Mila la imitó para que los animales descansaran. El camino estaba despejado de nieve, pero llevaban horas sin parar. Mila le pasó la mano por el lomo a Danya y toqueteó los bultitos de su columna vertebral.

—Están cansados —dijo.

—¿Has traído comida? —preguntó Sanna, y Mila se acordó de las tiras de alce curadas que se había guardado en la capa.

Sacó un puñado y les pasó unas pocas a sus hermanas antes de sujetar una en cada palma para que los perros las masticaran. Ella también comió y el sabor salado la reconfortó mientras miraba las colinas bajas que bordeaban el camino. Sintió un hormigueo de miedo en la nuca.

—¿Sanna?

—¿Eh? —Tenía la boca llena.

—Mira dónde estamos.

Sanna obedeció. Dejó de masticar y palideció. Recuperó las riendas de inmediato y le indicó a Mila con la cabeza que se subiera al lecho con Pípa.

—¿Qué pasa? —preguntó Pípa, mirando alrededor, y luego jadeó.

Oculto tras una curva del camino había un edificio, tan cubierto de vegetación que parecía un bosque y no una casa. Se inclinaba hacia el suelo igual que haría una bestia acechando a su presa. El tejado de césped estaba hundido por el centro y recubierto por vides desnudas que se enredaban como espinas.

—¿Es la casa del mago? —susurró Pípa cuando Sanna azuzó a los perros para que se pusieran en marcha.

Mila asintió. Nunca lo había visto, solo había oído las historias que contaba Geir, pero era suficiente para que cruzase los dedos y protegerse así de la magia negra. El bolsillo de la capa de Pípa se movió y supo que su hermana había hecho lo mismo. Tomaron la curva y la casa desapareció de su vista.

—¿Crees que nos ha visto? ¿Nos habrá lanzado un mal de ojo?

—Calla, Pípa. —Mila abrazó a su hermana pequeña—. Solo son historias.

«Las historias no son más que una forma diferente de contar la verdad». Las palabras de su madre le vinieron a la cabeza, pero las ignoró y las alejó con una bocanada de aire frío.

8. Stavgar

Más edificios aparecieron a los lados del camino hasta que por fin llegaron a la plaza, donde vivían la jarl y los aldeanos más ricos en casas con elegantes dinteles y tejados de losas de piedra. Un lado entero de la plaza lo ocupaba la casa del pueblo, una gigantesca estructura con pilares de madera a los lados.

—Parece que hay alguna celebración —comentó Sanna cuando escucharon muchas voces procedentes del interior.

Ahora que estaban allí, sentía miedo por Oskar. ¿Y si nadie había visto al hombre y a sus muchachos pasar? O, peor, ¿y si los habían visto?

Habían limpiado la nieve de la plaza y cubierto de grava el suelo helado, lo que hacía más fácil caminar, pero complicaba avanzar en trineo. Las hermanas se bajaron. Mila tenía las piernas rígidas y le dolieron cuando la sangre volvió a circular por ellas. Sanna ató a los perros junto al abrevadero, al otro lado de la casa del pueblo.

Dusha intentó lamer el agua helada y resopló cuando se raspó la lengua con el hielo.

—Quieta, bobalicona —dijo Mila y rompió la capa de hielo con el codo para que la perra pudiera beber un poco.

Le acarició el cuello y sintió el mundo temblar bajo sus pies. Pronto sabrían la verdad. Sanna parecía muy segura, así que ella también quería estarlo.

Echó los hombros hacia atrás y siguió a sus hermanas hasta la puerta de la casa del pueblo: una gigantesca y adornada plancha de roble con una aldaba de hierro como tirador. Sanna se detuvo un instante y Mila se fijó en que se pellizcó las mejillas, ya sonrojadas, y comprobó que el broche estuviera bien puesto.

—¿En serio, Sanna? —Mila hizo una mueca—. ¿Te preocupa que Geir te vea?

La dejó atrás sin esperar una respuesta y abrió la puerta. Incluso con los guantes forrados de piel, el frío del metal al contacto la caló hasta los huesos.

El gran fuego del centro de la sala ardía y las llamas asomaban por encima de las cabezas de la gente, que se apiñaba a su alrededor. El calor azotó la cara helada de Mila y le hormiguearon las mejillas; se quitó el gorro cuando el cuero cabelludo le picó debido al sudor.

Hasta que no levantó la vista, después de guardarlo en el bolsillo, no se dio cuenta de que la sala se había sumido en el silencio y que todos los rostros se habían vuelto hacia ella.

El hombre que estaba más cerca de ellas gritó:

—¡Las chicas Orekson!

Y toda la habitación se llenó de ruido.

Mila levantó el brazo.

—Disculpen, me preguntaba si…

Pero en ese momento, sonó la campana de reunión. Una larga vibración se extendió por las paredes, seguida de silencio. Mila miró la plataforma, un saliente de madera elevado al que se llegaba por unos escalones clavados a la pared de marga.

Allí había una mujer con un manto verde y la mano en el badajo de la campana. Mila reconoció su hermoso rostro. Bretta, la jarl de la ciudad.

—Basta de discusiones —dijo, con una voz tan vibrante como la campana—. Escucharé las peticiones una por una, pero, para ahorrarnos detalles tediosos, estos son los hechos que creo que todos compartimos. Al amanecer, catorce hombres entraron en nuestra plaza…

—Catorce —siseó Mila a Sanna, que se había puesto a su lado, con Pípa al otro—. Los que vinieron a nuestra casa eran trece. Oskar debe de estar con ellos.

—¡Chist! —espetó Sanna—. Intento escuchar.

—Querían intercambiar suministros para su viaje hacia el norte. Como es costumbre, los invitamos y enviamos a buscarlos para que les dieran la bienvenida a la ciudad.

—Y a los muchachos —se lamentó una voz. Mila estiró el cuello y vio a una mujer de pelo cobrizo, con gesto compungido y la tez llena de lágrimas—. Mi hijo Geir se ha ido.

—¡Ay, Sanna! —Pípa se llevó la mano a la boca y Mila miró a su hermana.

Sanna se tambaleó y se aferró al broche de Geir. Mila le cogió la otra mano y la apretó con fuerza.

—Tu hijo tiene diecisiete años, así que es casi un hombre —dijo Bretta —. Es responsable de sus propias decisiones estúpidas. Yo misma me reuní con su líder. —Le dio un escalofrío casi imperceptible—. Y nos habló de su viaje. Las riquezas que habían visto y que iban a volver a… Afirmó que tenía más tesoros en casa, más grandes que ningún otro.

Parecía melancólica.

—Me sonó a fantasía, sobre todo viniendo de un grupo tan harapiento, y pensé que los chicos se percatarían de ello igual que yo. Me equivoqué. Se han ido. Todos.

—¿Estaba mi hermano con ellos?

La voz de Sanna sobresaltó a Mila, que apartó la mano sudorosa.

—¿Quién ha hablado? —preguntó Bretta con brusquedad y la multitud se partió como el trigo bajo una guadaña.

Sanna se adelantó para situarse junto al fuego, que le iluminó el cabello negro y lo hizo brillar con un tono azulado. Mila sintió que se había quedado clavada en el suelo.

—Vengo del bosque del sur. Soy la hija mayor de Yelfer Orekson.

—Ah, sí —dijo Bretta con desaprobación. La traición de su padre era muy conocida en Stavgar—. ¿Cuál es tu pregunta?

—¿Estaba mi hermano con ellos? Oskar. —Le tembló la voz.

Mila sintió un torrente de cariño y orgullo. Descubrir que Geir se había ido era otro golpe duro, pero su hermana se mantuvo firme.

Bretta la miró atentamente.

—No sabría decirlo. Sus acompañantes iban encapuchados. ¿Tu hermano también se ha ido?

—Sí.

—Muchacho egoísta —masculló Bretta con amargura—. ¿No sois solo hermanas sin él?

Sanna asintió.

—Entonces, ¿los chicos no fueron secuestrados? ¿No los obligaron a irse?

Bretta negó con la cabeza y Mila sintió como si estuviera al borde de un precipicio. La cabeza le daba vueltas. No podía ser cierto.

—Se fueron en busca de tesoros —dijo Bretta con desprecio—. Al parecer, el destino de un hombre es siempre irse y el de una mujer, ser abandonada.

Los hombres de la sala se removieron incómodos ante la penetrante mirada de Bretta.

—Yo no estaría tan seguro. —Una nueva voz, ligera y casi cantarina, se elevó desde un rincón oscuro junto a la puerta de roble.

Los ocupantes de la habitación se agitaron como un animal y retrocedieron en bloque cuando una figura baja y encapuchada se adelantó hasta quedar bajo la hoguera. El hombre que estaba junto a Mila escupió y su esposa cruzó los dedos. Un escalofrío se extendió entre la multitud, como una tela de araña, cuando la luz iluminó a un muchacho.

9. El mago

Era apenas más alto que Mila y no mucho mayor. Tenía el pelo rubio, casi blanco, y muy fino, como si fuera una nube que le flotaba sobre los hombros cubiertos por una tupida túnica azul oscuro, que le quedaba un poco larga. Mila retrocedió en un acto reflejo cuando levantó la vista. Tenía los ojos tan pálidos como piedras lunares.

—¿Está ciego? —le susurró Pípa a Sanna.

Aunque habló en una voz tan baja que Mila apenas la oyó, el muchacho la miró y negó con la cabeza. El escalofrío se convirtió en un torrente de terror que le subió por el cuello como una hilera de arañas.

—Se te ordenó que no asistieras —dijo Bretta. Incluso la inquebrantable jarl parecía nerviosa—. Te pedimos que te mantuvieras alejado.

—Tengo algo que decir, si tenéis a bien escucharlo. —Su voz era poco más que un susurro, pero era firme—. Os dije que esto pasaría. Os advertí de que solo era cuestión de tiempo que viniera.

Bretta levantó una mano.

—Por favor, Rune. Ahora no necesitamos una de tus historias.

Rune…

¿Aquel muchacho era el temido mago de Stavgar? Siempre se lo había imaginado tan imponente como un roble, pero el joven no tendría más que un par de años más que ella.

Rune sonrió y mostró unos dientes separados.

—¿Quién ha dicho nada de historias? Ha venido, lo habéis visto. Hablasteis con él.

—Hablo con mucha gente —dijo Bretta en un tono que dejaba claro que no se le estaba acabando la paciencia—. Si tienes algo que decir, dilo, pero que sea rápido.

—No se fueron por propia voluntad. —Rune se volvió hacia Sanna, que se estremeció—. El Oso se los llevó.

Mila se acordó del estandarte: un oso debajo de un árbol con raíces de oro. Se metió la mano en el bolsillo y apretó el cordel. Estaba extrañamente caliente, así que lo soltó.

—No vi ningún oso —dijo la jarl.

—Porque se mantiene oculto —respondió Rune sin dejar de mirar a Sanna. Mila se acercó más a su hermana y los ojos del mago se fijaron en ella—. Hay que ser alguien muy especial para verlo.

—¡Basta! —espetó Bretta y Mila se sobresaltó—. No he visto a ningún oso ni ninguna pelea. Solo sé que todos los muchachos se marcharon en busca de aventuras a expensas de sus familias.

Mila no quería escuchar nada más. Quería estar con los perros en casa, con Pípa, Oskar y…

Se le escapó un sollozo.

—Sanna —jadeó y cayó al suelo de rodillas.

Le dolían las piernas y el pecho. Sus hermanas se agacharon a su lado y la jarl se acercó a ellas.

Mila parpadeó para intentar despejar su mente. La jarl era mucho más impresionante de cerca. Tenía la nariz puntiaguda como una flecha, las cejas castañas y gruesas y los ojos grises como la piedra.

Bretta meditó un segundo.

—No podéis quedaros solas en el bosque. Quedaos en mi casa. Id, ahora. —Levantó la mano y la voz para que toda la sala la oyera—. Superaremos esto juntos.

—Gracias —dijo Sanna y agachó la cabeza.

Bretta se volvió hacia la multitud y, al ver que ya había terminado con ellas, Sanna ayudó a Mila a levantarse. La muchacha estuvo a punto de caer de nuevo, pero una mano huesuda y sorprendentemente fuerte la sujetó por la axila.

—Lo viste —dijo la voz cantarina.

—¿Qué haces? —espetó Sanna y apartó a Mila de Rune.

Mila lo miró a los ojos lechosos y fue como si Rune le hablara en silencio.

—Me encontrarás en la primera casa.

Solo cuando Sanna respondió, se dio cuenta de que el mago había hablado en voz alta.

—No irá a tu casa ni hablará contigo. Déjanos en paz.

Mila se sintió aturdida incluso antes de que Pípa abriera la puerta. Había dejado de nevar, y Dusha y Danya mordisqueaban los carámbanos que colgaban del lateral del abrevadero, enseñando los dientes. En otro momento, lo tontos que eran la habría hecho sonreír, pero ahora sentía un vacío como nunca antes había sentido. Ni siquiera después de la muerte de mamá. Ni siquiera después de la marcha de papá.

—Esa es la casa de la jarl, ¿verdad? —Pípa señaló el segundo edificio más grande de la plaza: una casa robusta y de paredes de piedra con la puerta pintada de color rojo sangre.

Llamaron y un criado abrió la puerta. Luego se apartó cuando Sanna le explicó por qué estaban allí.

Mila dejó que Sanna la guiara al interior de la casa. Sintió unas pieles gruesas bajo las botas y el calor del fuego cuando su hermana la sentó con cariño frente a él. Pípa se arrastró a su lado y jugueteó con el anillo de papá, que seguía llevando en el pulgar. A Mila le entraban náuseas con solo mirarlo.

—¿Creéis que deberíamos quedarnos? —preguntó Pípa.

Sanna suspiró.

—Parece lo más sensato.

—¿Y si Oskar vuelve? No sabrá dónde estamos.

Sanna cerró los ojos con fuerza de tal manera que a Mila le quedó claro que no creía que fuera a volver nunca. Toqueteó el broche de Geir, que seguía llevando en la capa.

—Si Oskar vuelve del norte, tendrá que pasar por Stavgar —dijo al final—. Ya decidiremos entonces qué hacer. De todas formas, en trineo solo se tarda un cuarto de sol hasta casa.

Se produjo un silencio incómodo y Mila comprendió que su hermana mayor no pensaba mencionar al niño de los ojos como piedras lunares.

—¿Qué hay del mago? —preguntó.

—Exacto, ¿era él? —dijo Pípa y le clavó el codo a Mila en el costado para erguirse—. ¿Los magos son iguales que los brujos?

—Los brujos no existen —afirmó Sanna—. Son locos, gente que cree poseer magia. Solo tienen algunos conocimientos de hierbas. Creo que la madre de Rune fue muy respetada por algunos en su día. —Arrugó la nariz para demostrar que ella no se incluía en ese grupo—. Pero Geir… —Se miró el regazo y Mila se fijó en que los ojos le brillaron con lágrimas—. Geir decía que el chico no es más que un lunático. Sea lo que sea lo que te haya dicho, olvídalo.

—Solo es un crío —dijo Mila, temblando—. Pensé…

—Bestia antinatural —siseó Sanna, aunque Mila sabía que sentía más miedo que asco—. ¿Por qué no se habrá marchado también?

Se quedaron calladas. La ausencia de Oskar y Geir las había dejado vacías. Al rato, Sanna se estiró y bostezó.

—Será mejor que nos vayamos a la cama.

Se metieron entre las mantas de piel y Mila dejó que el sueño la envolviera igual que la nieve cubría las huellas del camino.

10. La primera casa

«Me encontrarás en la primera casa».

Las palabras del mago invadieron los sueños de Mila y, cuando despertó, supo lo que debía hacer.

Sanna y Pípa seguían dormidas cuando se escabulló. Primero, fue a ver a los perros para comprobar que estuvieran cómodos en las perreras. Habría ido más rápido en trineo, pero Dusha y Danya estaban muy excitados, saltaron para lamerle la cara y ladraron sin parar. Habrían montado un escándalo de haberlos sacado.

Echó un vistazo por encima del hombro. Nadie la seguía y nadie miraba por las ventanas de hielo. Alargó los pasos. Ayer mismo habían huido a toda prisa de la casa del mago con los dedos cruzados. Ahora, corría hacia allí.

Además, las piernas ya no le dolían y vibraban con una energía inquieta y temblorosa. Esperaba que se le calmasen al caminar.

El estómago se le revolvió y revoloteó con la esperanza de que, tal vez, Rune pudiera contarle algo sobre Oskar.

A ambos lados, los árboles se inclinaban y susurraban. Le encantaría que hablasen y le contaran lo que vieron la noche en que Oskar se fue. «Se lo llevaron», se corrigió a sí misma, aunque Bretta parecía segura de que se habían ido por voluntad propia. La jarl era de esas personas cuya opinión es más bien una confirmación.

Se metió las manos en los bolsillos de la capa y, al instante, sacó la derecha. Fue como si hubiera tocado un carámbano. Se había olvidado del cordel. La bilis le subió por la garganta cuando vio que ya no era dorado y flexible, sino retorcido y oscuro como una raíz seca. Estaba rígido y emanaba un frío feroz, como si fuera algo vivo que hubieran arrancado y ahora se había arrugado y muerto.

Se estremeció, pero no lo tiró. El instinto la llevó a encontrarlo y el instinto le indicó que lo guardara. Se lo metió en el bolsillo y siguió caminando con la mano derecha bajo la axila izquierda para mantenerla caliente. No quería volver a tocar el cordel.

Por fin, el terreno a su izquierda se elevó y el tejado de la casa del mago asomó por encima. Le seguía pareciendo que la casa estaba como suspendida, lista para moverse, igual que en la historia que papá le había contado sobre la bruja cuya casa tenía patas de gallina. A medida que se acercaba, oyó a alguien cantar, pero no entendió las palabras. Subió la colina deslizándose por el hielo sucio y escuchó.

En casa duermes

y estás a salvo

hasta que una cara

se asoma a la ventana.

Con el corazón acelerado, se acercó a la ventana sin hielo y el frío le heló las orejas cuando se levantó el gorro para escuchar mejor.

Conoce tus miedos

y si sabe cómo te llamas,

no podrás escapar

de la llamada del invierno.

La canción paró y, poco después, se abrió la puerta sin pintar.

—Buen invierno, Mila.

Tal vez Sanna creía que los brujos solo existían en las historias, pero Mila se sentía como si estuviera en un cuento de hadas que no terminaría bien para la niña que estaba a punto de entrar en la casa de un desconocido, aunque este también fuera un niño. Se fijó en que sus ojos ya no eran del todo blancos desde la pupila hasta el párpado. Solo lo parecían, porque los iris eran de un gris azulado pálido, como el hielo del río. Era apenas medio palmo más alto que ella y llevaba el pelo rubio, casi blanco, mejor peinado que antes, se parecía menos a una nube y más a un río.

Mila respiró hondo y entró.

—Bienvenida —dijo Rune—. Quítate los zapatos.

Mila se quitó las botas, las dejó junto a la puerta y aceptó las suaves zapatillas de fieltro que Rune le ofreció.

Solo había una habitación y la casa resultaba incluso más pequeña de lo que parecía desde el exterior porque estaba llena de cosas. Había frascos de vidrio —¡de cristal de verdad!— de todos los tamaños repartidos al azar por todas las superficies: la mesa de madera oscura, el banco y la cama de pieles. Ramilletes de hierbas colgaban de las vigas y se estremecieron cuando Rune cerró la puerta detrás de Mila.

Un fuego crepitaba en la esquina trasera de la habitación y, sobre él, clavada en la pared, había una rejilla que filtraba las llamas y dejaba que el humo subiera por la chimenea. Era del blanco más pálido, como mechones de niebla, y olía a manzana.

Sobre el humo colgaban varios trozos de pescado. Por el color rosado y el tamaño, Mila adivinó que eran salmones, pero solo los más ricos podían permitirse el salmón. Únicamente lo había probado en una ocasión, una oblea delgada como un pétalo, de color rosa, que mamá sirvió un solsticio de primavera, acompañado de savia dulce y dorada como la del árbol corazón.

—Disculpa el desorden —dijo Rune, que se dirigió a una silla junto al fuego—. No suelo tener visitas. Ven, siéntate.

Mila lo siguió hasta la chimenea mientras intentaba que la capa no se le enganchase a los objetos que había tirados por el suelo y que no sabía identificar.

—¡Ay! —Pisó algo pequeño y duro.

Al levantar el pie, vio dos dados de hueso con símbolos inscritos.

—Perdona —dijo Rune con una risotada que lo hizo parecer más joven que Pípa. Levantó la mano para que se los diera—. Miraba el futuro. —Los lanzó al fuego.

—¡Ah! —exclamó Mila—. ¿Los he roto?

—No. Solo tengo que renovarlos. Has confundido a las runas. No están acostumbradas a los pies.

Mila lo miró.

—¿Vives solo? —Echó un vistazo al desorden—. ¿Sin adultos?

—Ya soy lo bastante mayor, gracias —dijo Rune, sin ser grosero—. Además, ¿un adulto me dejaría hacer esto?

Metió la mano desnuda en el fuego y, mientras Mila le gritaba que tuviera cuidado, sacó dos dados humeantes y los dejó en la alfombra de piel. Ardieron y Rune los golpeó con la manga un par de veces.

—Me alegro mucho de que hayas venido. Y tan pronto —comentó, distraído—. Tenemos muy poco tiempo y solo se me permite pedírtelo dos veces.

Mila apartó la vista de los dados y la alfombra quemada y se centró otra vez en el extraño chico.

—¿Pedírmelo dos veces?

—Que vengas. Si no lo haces, significa que no quieres estar aquí. Y, si no quieres estar aquí, significa que no tienes voluntad. Y, si no tienes

voluntad…

—¿Voluntad? —preguntó Mila, y miró alrededor nerviosa.

¿Y si quería que viese el futuro con él o que participase en algún ritual oscuro que Sanna no aprobaría? Tampoco es que fuera a aprobar nada de lo que hacía en ese momento.

—Si no tienes voluntad —continuó el mago con amabilidad—, no tendrás el corazón dispuesto.

—¿Dispuesto para qué?

—Para escuchar lo que voy a contarte —respondió despacio, como si Mila tuviera la edad de Pípa.

Alcanzó una botella de cristal con un líquido ambarino y la destapó. Tenía un olor fuerte y dulce.

—¿Quieres un poco de hidromiel? Tengo entendido que fortalece el espíritu.

—Tengo doce años —dijo Mila—. ¿Cuántos tienes tú?

—No es muy fuerte. —Rune se encogió de hombros y dio un trago.

Mila arqueó una ceja tal y como le había enseñado Sanna. Rune resopló.

—¿Leche, entonces? Es fresca, de mi cabra.

La muchacha creyó que tampoco tenía edad para beber leche, pero asintió y Rune se abrió paso hasta la esquina opuesta, junto a la puerta trasera. Con un movimiento elegante, le quitó la manta de lana a una gran cabra negra. Mila se llevó una mano a la boca, sorprendida, y Rune sostuvo una olla de cobre debajo de las ubres de la cabra.

—Venga, Lunka, pórtate bien.

La cabra baló una vez y luego volvió a masticar la paja que tenía delante. Cuando la olla estuvo llena, Rune volvió a tapar al animal con la manta y se acercó al fuego para colgar la olla de dos ganchos sobre las llamas.

—Estará lista enseguida —dijo el muchacho, como si tener una cabra tapada con una manta en casa fuera lo más normal del mundo.

Mila se quedó boquiabierta y se preguntó si había tomado la decisión correcta al acudir hasta allí.

—Bueno —dijo Rune y dio otro trago de hidromiel—. Será mejor que empecemos. Como he dicho, no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para que pierdas a tu hermano.

11. Un lugar intermedio

Mila sintió una punzada en el pecho, como si el corazón le recordase que debía respirar.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes dónde está?

—Lo viste, lo ves. Sabes que tu hermano no se marchó por voluntad propia, sabes que…

—Se lo llevaron —Mila terminó la frase.

Rune asintió.

—Igual que a los demás. Se los llevó el Oso.

—¿El desconocido? —preguntó Mila—. ¿Así se llama?

—Así lo llaman —explicó Rune—. Seguro que habrás oído la historia, pero es posible que lo conozcas con otro nombre. Bjørn, el guardián del bosque. ¿Qué sabes de él?

—Que es un oso y que vive en… —Dudó al recordar la terrible visión del bosque de abedules desolado—.Vive en el árbol corazón y protege el bosque.

—Exacto, lo protege —dijo, pensativo—. A cualquier precio.

Mila se estremeció y recordó el árbol corazón destrozado.

—¿Qué significa eso?

—Que destruirá todo lo que le haga daño —respondió Rune—. Y las personas suelen ser bastante dañinas, ¿no crees?

«Ahí viene el poderoso Bjørn, plantando corazones humanos como maíz», coreó la mente de Mila sin su permiso antes de que pudiera detenerla.

Rune volvió a cantar.

Conoce tus miedos

y si sabe cómo te llamas,

no podrás escapar

de la llamada del invierno.

—Si sabe cómo te llamas… —tartamudeó Mila.

—Entonces puede llamarte —confirmó Rune—. Controlarte. La gente

da sus nombres muy a la ligera. No entienden que las tradiciones antiguas tienen un sentido, hay un motivo para dar a los niños un nombre falso hasta que el mal de ojo los ignore. ¿Ya tienes tu nombre verdadero?

Mila asintió.

—Una pena. Sería más fácil si no lo supieras. Así le resultaría más difícil descubrirlo. Debes mantenerlo oculto o, de lo contrario, será inútil ayudarte a seguirlo.

Mila iba a decirle que Bjørn ya conocía su nombre, que Oskar se lo había dicho la noche que estuvo en su casa, pero el mago acababa de decir que no podría ir si el Oso sabía su nombre, así que se mordió la lengua y, en vez de eso, preguntó:

—¿Seguirlo a dónde?

—Al norte.

—Sí —dijo Mila, impaciente. La forma de hablar de Rune, dando rodeos, era muy bonita para los cuentos y las canciones, pero resultaba muy molesta—. Pero ¿a dónde? ¿A dónde se ha llevado a mi hermano y a los demás?

—A Thule.

Mila se tensó en la silla. Podía creer que un extraño inquietante hubiera secuestrado a su hermano. Podía creer, tras haber visto lo grande que era, que lo llamaran el Oso. Pero ahora le decía que vivía en Thule, la isla mágica atrapada en el invierno. Eso era una tontería.

—Sé lo que piensas. —Rune la miró con mucha atención, como a Sanna en la casa del pueblo—. Que Thule solo es un cuento de hadas. Pero, si retrocedes lo suficiente, las hadas vivieron para contar sus propios cuentos. Algunos entendemos que los lugares imposibles son posibles.

—Pero Thule no es un lugar real —dijo Mila, exasperada.

Rune puso una mano sobre la otra.

—Existen muchos reinos, Mila, conocidos y desconocidos. Se superponen como las escamas de los peces y, a veces, se entrecruzan. —Entrelazó los dedos para ejemplificarlo.

—Pero nadie ha estado allí.

—En eso te equivocas. Muchos van… Se los llevan. —La mirada de Rune se perdió como si mirase desde la cima de una colina—. Pero muy pocos regresan.

Mila frunció el ceño al recordar lo que había dicho Sanna.

—¿Por qué no te atrapó?

—Soy un mago, Mila. Sé protegerme.

—Pero ¿no a los otros? —La muchacha se enfureció.

Rune se dejó caer contra el respaldo, como si Mila lo hubiera empujado.

—¡Intenté advertírselo! —Un dejo de dolor y de resentimiento le tiñó la voz—. Pero ya has visto cómo me hablan. Nunca le he caído bien a Bretta. Me tratan como a un animal enfermo, como a un niño loco.

—Pero ¿por qué? —gimió Mila—. ¿Por qué se los lleva?

Rune hundió los hombros y se inclinó hacia delante. La luz del fuego le iluminó los delgados labios, la nariz estrecha y los enormes ojos como piedras lunares. A Mila le pareció tan joven como Pípa y, a la vez, tan viejo como un árbol.

—Porque quiere que nos vayamos del bosque. Nos quiere muertos. Por eso nos trajo el invierno y se llevó la primavera a Thule, por eso se lleva a los jóvenes.

—¿Nos trajo el invierno? —jadeó. Rune se sentó y asintió seriamente —. ¿Por qué?

—Eso es un verdadero misterio —respondió—. Aunque tengo mis teorías.

—Cuéntamelas —pidió Mila.

Rune miró el fuego.

—Tenemos que encontrar la manera de ir más allá del invierno.

—¿Qué se supone que significa eso? —Mila no aguantaba más. Levantó los brazos y se puso en pie, pero Rune alzó la mano para tranquilizarla.

—Sé que, para ti, lo que digo no tiene sentido, Mila, pero ¿tiene más sentido lo que tu hermana cree? ¿Que tu hermano os haya dejado?

Mila sintió que se le rompía algo en el pecho; el hilo del que pendía su fe en Sanna.

—No —dijo sin más.

El muchacho sonrió.

—Sabía que lo habías visto. Te preocupas de verdad, te importa, y eso hace que prestes atención. También hace que te parezcas al Oso, en cierto modo…

—¡No me parezco a él en nada!

—Eres feroz —explicó Rune—. Harías cualquier cosa para proteger lo que amas, lo veo en ti. Eso te hace peligrosa para él. En el mundo hay cosas que hay que mirar con algo más que con los ojos, escuchar con algo más que con los oídos y tocar con algo más que con los dedos. Tú puedes hacerlo. Lo has demostrado al venir aquí, al darte cuenta de que el Oso era algo más y peor que un hombre. Eso significa que puedes traer a tu hermano de vuelta.

La esperanza debió de hacerse evidente en el rostro de Mila, porque Rune siguió hablando con solemnidad:

—Pero debes saber que no será fácil. Todo lo contrario. El viaje hasta Thule es peligroso. Y no tienes mucho tiempo.

El aire ya no olía a manzanas, sino a leche quemada.

—¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Mila en un susurro.

Rune se volvió hacia el fuego.

—Soy un mago, Mila. Leo los patrones y siento las verdades. Sé que la mayoría me teme, incluso me desprecia por ello. Pero es lo que soy. —Volvió a mirarla con sus extraños ojos—. Tenemos que partir esta noche si quieres recuperar a tu hermano. No debes decirle a nadie a dónde vamos. Intentarían detenernos.

—¿Vamos? ¿Tú también vienes?

Mila sintió cierto alivio, aunque no estaba segura de que a Sanna le pareciera bien que viajase con el mago. En realidad, a Sanna no le parecería nada bien el viaje y punto.

—Siempre ha sido mi intención.

Mila dudó. ¿De verdad creía lo que Rune le había dicho? Un inmortal llamado el Oso había provocado un invierno eterno y venía a llevarse a los jóvenes a una isla mágica. ¿No sería más sencillo creer que Oskar

simplemente se había cansado de su vida y se había ido en busca de riquezas?

Más sencillo, sí, pero más doloroso también.

Sintió que necesitaba algún tipo de prueba de que todas las cosas imposibles que el mago le había dicho eran ciertas. Pero ¿no sintió que había algo diferente, peligroso y extraño cuando vio al desconocido? La forma en que hizo callar a los perros, cómo flotó sobre la nieve, los cordeles de oro y cómo se hundió de repente.

—Encontré algo —dijo ella y se sacó el cordel de la capa—. Pero no era así cuando lo cogí. Era…

Se calló, porque Rune miró el cordel con expresión triunfante.

—Te lo dije —exclamó con voz ronca—. Sabía que podías ver.

Mila se lo tendió, pero Rune se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—No. Debes quedártelo. Tráelo, además de algo de tu hermano, algo que usara y amara.

—Tengo su cuchillo de caza. —Se lo sacó del cinturón para mostrárselo.

—Bien —dijo el mago—. ¿Crees que tu familia podrá prescindir de un perro y un trineo?

—Dusha podrá llevarnos a los dos —respondió Mila—. Si no vamos muy cargados.

—No necesitamos mucho. Yo me ocupo de la comida y las provisiones —añadió al caer en la cuenta de los aspectos prácticos del viaje—. Nos vemos en el cruce cuando la luna esté en su cénit.

Se levantó y Mila hizo lo propio. Sintió palpitaciones en la sien cuando cruzó la desordenada habitación para calzarse las botas.

—Por cierto, Mila.

Se detuvo en la puerta y el frío le arañó las mejillas.

—No dejes que nadie te vea salir. No debemos retrasarnos.

Mila asintió y cerró la puerta después de salir. Se tambaleó por la colina y volvió al camino. Respiraba con la misma fuerza que el viento del oeste le soplaba en los oídos. «Me marcho», pensó, para asegurarse de que era real. «Voy a salvar a Oskar».

12. Mentiras

Mila tuvo que poner su mejor cara de inocente para convencer a Sanna de que no había ido a la casa del mago.

—¿Dónde te has metido? No estabas con los perros, lo he comprobado.

—Estaba… —pensó algo rápido—. Escalando.

Sanna la miró con los ojos entrecerrados, sin acabar de creerla.

—¿Escalando? No lo hacías desde que…

«Papá se fue». No llegó a decirlo, pero las dos lo pensaron. Mila asintió, atormentada por la culpa cuando Sanna suavizó el gesto. Sabía que su hermana no solo sufría por Oskar, sino también por Geir.

«Miento por ellos —se dijo a sí misma—. Para ayudar a Oskar».

Pasaron el día en silencio. Sanna barría de manera compulsiva la impecable habitación, mientras que Pípa y Mila jugaban junto al fuego. Empezaba a perder la esperanza de tener la oportunidad de salir sin que la vieran cuando alguien llamó a la puerta.

—Buen invierno —saludó Bretta y entró sin esperar respuesta. Mila entendía que era su casa, pero aun así sintió un poquito de antipatía

hacia la jarl. Daba la sensación de estar satisfecha—. He venido a invitaros a cenar con nosotros en la casa del pueblo.

Sanna hizo un ademán de reverencia y respondió:

—Gracias, jarl Bretta.

Pípa miró a Mila y puso los ojos en blanco.

—Espléndido —respondió la jarl con pomposidad y las miró a todas—. Hay ropa limpia en el baúl.

Se marchó y dejó la puerta abierta de par en par. Mila se levantó a cerrarla mientras Sanna miraba su reflejo en la ventana de hielo.

—¡Estoy hecha un desastre! Mila, pásame algo de ropa, ¿quieres?

La aludida abrió la tapa de roble del baúl y encontró unos elegantes vestidos de lana de color verde y gris. Sacó uno verde con bordados amarillos y se lo acercó a su hermana.

—¿No vais a cambiaros? —preguntó Sanna mientras se arreglaba el pelo.

—Tengo que lavarme —dijo Mila y señaló la jarra y la pila de la esquina—. ¿Por qué no te adelantas? No quiero que te pierdas nada del banquete.

—A Pípa también le iría bien un poco de agua —añadió Sanna—. Pero daos prisa.

Parecía casi feliz al ponerse la capa y salir de la habitación.

Pípa se levantó de su rincón junto al fuego y tiró de la mano de Mila.

—No se la ve muy triste por estar aquí, ¿verdad?

—Tiene ganas de ir a un banquete, eso es todo —dijo Mila y sintió una oleada de cariño en el pecho al acurrucarse junto a su hermana pequeña—. Tiene hambre. Yo también. Aunque estoy más triste que hambrienta.

—Y yo —dijo Pípa, y miró a su alrededor con sus enormes ojos marrones—. Quiero ir a casa y que Oskar vuelva.

—¿Pípa? —En ese momento, deseaba contarle la verdad, pero sabía que lloraría e insistiría en que no fuera. Se lo diría a Sanna y entonces nunca recuperarían a Oskar—. Ya no tengo ganas de lavarme. Diremos que lo hemos hecho.

—Vale —aceptó Pípa, que odiaba lavarse.

—¿Quieres que te trence el pelo?

—Sí —dijo la pequeña con ilusión y se dejó caer sobre la piel de oso —. Pero no tan tirante como Sanna.

—¿No te gusta que te arranquen el cuero cabelludo del cráneo? —se burló Mila y Pípa hizo una mueca—. Tendré cuidado.

Le desenredó el pelo con los dedos. Lo tenía de color castaño rojizo, como el suyo y el de mamá, pero liso y suave como el de Sanna; siempre la había envidiado por ello. El estómago le dio un vuelco. Pípa sería quien sufriría más cuando se marchase. En las pocas ocasiones en que se encontraban con otros niños, siempre se quedaba callada y tenía tendencia a mirar fijamente, lo que hacía que incluso a Mila se le pusieran los pelos de punta. Sanna tenía cada vez menos tiempo para ella.

Se aclaró la garganta y dijo:

—¿Te gusta estar aquí?

La pequeña se encogió de hombros.

—Preferiría estar en casa. Ojalá todo volviera a la normalidad.

—¿Volver a pelearnos por un repollo?

Pípa soltó una risita.

—Volver a estar en casa, que Sanna no sea tan desagradable y que Oskar… —La voz se le agudizó—. Esté aquí. Bueno, allí. En casa. Mila, ¿es culpa mía?

Mila le soltó el pelo.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, papá se fue por mi culpa, ¿no?

Mila abrazó a su hermana pequeña y se la sentó en el regazo para mirarle la carita llena de preocupación. Le temblaba el labio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mamá murió al tenerme. —Le brillaban los ojos—. Y papá se fue porque mamá…

—No es culpa tuya. Mamá ya estaba enferma antes de tenerte —dijo Mila con firmeza y estrechó a Pípa tan fuerte que se estremeció—. Nada de esto es culpa tuya.

La enderezó con cariño y habló con seguridad, incluso mientras parpadeaba para controlar las lágrimas.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo. —Separó el pelo de Pípa en tres mechones y se lo alisó sobre los hombros y la espalda. Se desparramó por su regazo antes de tocar el suelo. Pasaron unos segundos en silencio—. ¿Qué crees que le pasó a Oskar, Pípa?

Pípa contuvo la respiración. Siempre lo hacía cuando pensaba. Lo hizo durante tanto tiempo que Mila se preguntó cómo no se desmayaba ni se ponía roja. Era como si estuviera muerta. Por fin, soltó el aire con un suspiro y dijo:

—No creo que Sanna y Bretta tengan razón.

—¿No crees que se haya ido?

—No —dijo, tan segura que a Mila se le encogió el corazón—. No me creo que nos haya dejado. A lo mejor a Sanna, porque es una gruñona, pero ¿a los perros, a ti y a mí? No, nos quiere.

«Papá también nos quería. Eso no lo detuvo».

—¿Cuánto queda? —preguntó con impaciencia—. Me duele el cuello.

—Eso es porque te encorvas —reprendió Mila mientras le trenzaba los mechones.

Pípa se sentó más recta y Mila se fijó en el anillo que le brillaba en el pulgar mientras jugueteaba con él. Se sentaron en silencio un momento mientras Mila seguía trenzando.

—Piensas lo mismo, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó Mila.

—Que no quería irse.

—No —dijo e intentó sonar tan segura como su hermanita—. No lo creo.

—¿Qué vamos a hacer?

A Mila le fallaron las manos y se le soltó el mechón del centro.

—Si se pudiera hacer algo, ¿lo harías? Si fueras mayor, quiero decir.

—Por supuesto. Además, ¿por qué tendría que ser mayor? —dijo Pípa con el ceño fruncido—. Los adultos no están haciendo nada.

El corazón de Mila latía muy rápido. Por supuesto que no podía contárselo. Pensara lo que pensara, era demasiado pequeña para ir con ellos en lo que sin duda sería un viaje peligroso. Además, Rune le había pedido que no dijera nada a nadie. Cuando terminó de trenzar, apoyó la mano en el hombro de Pípa. La niña le entregó dos alfileres de hueso y Mila los deslizó a través de la trenza para que no se deshiciera.

Pípa giró sobre las rodillas y la trenza voló como un látigo, de modo que Mila tuvo que apartarse.

—¡Cuidado!

—No vas a irte tú también, ¿verdad? —La miró con los ojos muy abiertos. Se inclinó hacia delante hasta casi tocar la cara de Mila y con

las manitas le apretó con fuerza los hombros—. ¿Me lo dirías?

—Sí —mintió e intentó no parpadear ni moverse ni hacer nada que la delatara. Pípa la miró a los ojos, tan seria que parecía mucho mayor que los siete años de invierno que tenía. Mila casi se rio. Al final, la pequeña se apartó.

—Vale. —Se levantó de un salto—. ¿Vamos a buscar a Sanna? Tengo hambre.

—¿Sabes qué, Pípa? Creo que al final sí que me hace falta lavarme —dijo Mila mientras descolgaba la capa de su hermana del gancho.

—Pero dijiste que…

—Lo sé —la interrumpió y le levantó la barbilla—. Pero me siento sucia. Ve a la casa del pueblo. Luego iré yo.

Pípa suspiró igual que Sanna.

—Está bien.

Se fue sin mirar atrás y Mila mantuvo los brazos rígidos a los costados para evitar correr tras ella y abrazarla con fuerza.

—Adiós, Pípa —susurró.

13. El cénit lunar

La mentira le revolvió el estómago al echar un último vistazo a la habitación antes de escabullirse en la oscuridad.

Para llegar hasta el cobertizo de los perros, tenía que cruzar la plaza y agradeció que ya hubiera oscurecido. Se oían voces desde la casa del pueblo y, mientras temblaba a la espera del momento perfecto para cruzar sin que la vieran, se imaginó a sus hermanas dentro, calientes y bien alimentadas.

Sintió tanto amor que le dolió el vientre, aunque es posible que fuera por el hambre. Debería haber ido a cenar temprano. De pronto, todo le pareció imposible y una estupidez.

Desde que papá se fue, se pasaba los días pensando. Pensando demasiado. Ya no le gustaba trepar a los árboles, como a Pípa, ni zambullirse en ríos helados, como a Sanna. Se contentaba con mirar y escuchar historias sobre las aventuras de otras personas. Sabía que ella no tenía nada de aventurera.

Sus hermanas no tenían miedo de las alturas ni del agua corriente y helada. Sanna sería una mejor rescatadora. Hasta Pípa era más valiente. Pero Mila era la que iba. Quizá bastara con eso: ser la que tenía fe. ¿Qué había dicho Rune? Era la que veía. Vio lo que nadie más fue capaz de ver, fue la primera en ver al Oso, lo vio flotar sobre la nieve y vio a Oskar hablar con él a través de la ventana de hielo.

Si lo pensaba, ¿no era valiente en ese momento? Agachó la cabeza y corrió lo más rápido que pudo por la plaza, esperando que nadie se asomase a las altas y pequeñas ventanas. Llegó al cobertizo y abrió la puerta.

Había unos doce perros en el estrecho espacio y, cuando entró, saltaron y ladraron. Dusha se adelantó y aulló mientras brincaba para lamerle la cara.

—Tranquila, Dusha —murmuró—. Silencio, chica.

Los demás perros se calmaron cuando comprendieron que no les había traído comida. Mila acarició con cariño a Danya, que no parecía impresionado por la falta de contención de los otros perros. Acercó la cara a su cuello y lo abrazó.

—Sé bueno.

—¿Qué haces?

La voz sonó tranquila, pero Mila se sobresaltó como si le hubieran gritado. No había oído la puerta abrirse y se giró como un resorte. Pípa la miraba, con el rostro delgado iluminado a la luz de la luna y un montón de barras de pan en los brazos. A Mila se le encogió el corazón.

—Pípa, iba a…

—¿Vas a alguna parte? —Pípa miró el arnés que tenía en las manos, aunque trató de esconderlo tras la espalda.

—No, solo…

—¡Dijiste que no te irías! —Pípa levantó la voz, temblorosa, y Mila se apresuró a hacerla callar—. Si Sanna no me hubiera enviado a dar de comer a los perros, ¡te habrías ido sin mí! ¡Me mentiste!

—No podía decírtelo —replicó Mila con desesperación—. Por favor, Pípa, no se lo digas a nadie.

—No lo haré —afirmó muy segura—. Porque voy contigo.

—No.

—Sí —rebatió—. O gritaré.

Tomó aire y contuvo la respiración. Le entraron ganas de chillar.

—No puedes venir conmigo. Será peligroso…

—Vas a ir a buscar a Oskar. —No era una pregunta, pero Mila asintió de todos modos—. También es mi hermano. Y tú eres mi hermana. Tienes que llevarme contigo.

Pípa dejó caer el pan y los perros se lanzaron a devorar los panes negros. Pípa tiró del arnés que Mila tenía en la mano, pero esta lo sujetó con fuerza.

—No puedo llevarte, Pípa. Eres demasiado pequeña.

—Soy alta para mi edad.

Mila intentó pensar mientras luchaba por liberar el arnés del agarre de Pípa y sacó a Dusha fuera, donde el trineo estaba aparcado al lado de muchos otros. Retiró la cubierta de piel de foca y Pípa se sentó al instante.

—Pesamos demasiado para Dusha —dijo Mila—. Me vas a hacer llegar tarde.

—¿Tarde para quién?

No respondió.

—No te irás sin mí —dijo la pequeña con fiereza—. Si lo haces, se lo diré a Sanna ahora mismo y te atraparemos.

—¡Entonces perderemos a Oskar para siempre! —siseó Mila.

A Pípa le tembló el labio.

—Voy contigo. Te seguiré con Danya si me echas del trineo. Pero iré.

La luna ya estaba en su cénit. Mila miró la cara decidida de su hermana y no supo qué hacer. Podría encerrarla en el cobertizo de los perros, pero gritaría y haría que ladrasen, lo que no tardaría en llamar la atención de los demás.

—Por favor —le suplicó—. Es muy peligroso.

Pípa la miró, implacable.

—¿No has dicho que llegabas tarde?

Se sacó otro panecillo del bolsillo de la capa y le dio un mordisco.

Con un silbido de frustración, Mila llevó a Dusha al trineo. Lo meditó un instante y luego volvió al cobertizo a por Danya para atarla con su hermana. Fulminó a Pípa con la mirada y se marcharon en la oscuridad. Las cosas no habían salido según lo planeado y ni siquiera se habían ido todavía.

En la casa del pueblo, la luz seguía encendida y se oían voces coreando, así que dio un rodeo para mantenerse lejos de la vista. Pípa se quedó en completo silencio y subieron por el camino del norte. En el cruce, a Mila se le encogió el corazón. No había luz, ni movimiento. Pero de pronto una roca negra agachada se movió y Rune las miró. Hizo una mueca.

—¿Quién…?

—Mi hermana pequeña —se disculpó Mila.

Rune suspiró.

—No es un viaje apto para niñas.

—Soy alta para mi edad —repitió Pípa, muy segura.

Los dos se miraron fijamente un momento y luego Rune se acercó a la mano de Pípa.

—¿Es tuyo?

—De mi hermano —respondió y levantó la mano para que lo viera bien—. Y de mi papá.

—Cómo brilla —dijo el mago, pensativo.

—No te lo voy a dar.

—No lo quiero. —Se volvió hacia Mila—. Al menos habéis traído dos perros.

Dejó un bulto en la parte de atrás del trineo y lo enganchó.

—Soy Pípa.

—Rune. ¿Eso es pan?

Se sentó con ella y Mila asumió que le tocaba conducir primero.

—Bueno —dijo el mago mientras aceptaba el panecillo que le ofrecía

Pípa—. Ya sabes a dónde vamos.

Mila respiró hondo y observó cómo su aliento se condensaba bajo la luz de la luna.

—*¡Farash!*

Los perros se pusieron en marcha y empezaron a correr.

Parte 2

El norte

14. Sombras

La escarcha resplandecía como piedras preciosas en las ramas desnudas de los árboles: el aire nocturno era claro y reluciente.

Las estrellas se veían tan gruesas como nubes y se agrupaban sobre la cabeza de Mila.

Sintió una mano huesuda en el hombro y de reojo vio a Rune incorporarse.

—Controlas muy bien el trineo.

—El camino es bueno —respondió, y el frío le arañó la garganta.

Allí, las orillas se elevaban a ambos lados y la nieve que había caído se había compactado entre ellas y formado una delgada capa de hielo que permitía a los perros avanzar sin problema.

—¿A qué distancia está Thule? —Se sintió ridícula al preguntar por una isla de cuento como si fuera un lugar real. Pero allí se dirigían y tenía que creer que habría algo al final del viaje.

—Primero debemos ir a Bovnik —dijo Rune—. Es el único camino a la isla.

A Mila le dio un vuelco el corazón al oír mencionar la ciudad de su

madre. Miró el bulto acurrucado que era Pípa. Quizá podría dejar a su hermanita allí, sería más seguro que llevarla con ella el resto del viaje.

—De acuerdo, ¿cuánto falta para Bovnik?

Rune se acercó a la barandilla junto a ella y tomó una de las riendas para equilibrar mejor el trineo.

—Tres días de viaje sin descanso.

Mila frunció el ceño, o eso intentó. Tenía la frente entumecida.

—Los perros necesitarán descansar.

—Los ayudaré —dijo Rune—. No les hará falta dormir.

—¿Y eso no les hará daño?

—Pensé que habíamos decidido confiar en el otro.

Mila no estaba tan segura. Pero suponía que una parte de ella confiaba en él o, de lo contrario, no estarían allí, en aquel trineo, deslizándose hacia la cima del mundo, donde los esperaba el Oso. Llegó un aullido agudo del este, como si el viento llorase. Un lobo.

Miró a Rune. Los ojos grisáceos le brillaban.

—Llegaremos a tiempo.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó Mila con impaciencia.

Rune endureció el gesto.

—Todo lo que necesitas saber, y creer, es que quiero ayudarte y que puedo hacerlo. No te habría dado esperanzas si no fuera capaz de llevarte allí a tiempo. Pero es todo lo que puedo hacer, luego dependerá de ti.

—¿Qué tendré que hacer?

—Lo sabrás.

Mila lo dudaba, pero en lugar de una respuesta, se le escapó un enorme bostezo y abrió la boca de par en par.

—Descansa —le ofreció Rune mientras le quitaba la otra rienda de las manos—. Te despertaré al amanecer.

De pronto, le pesaron mucho los párpados. Se dirigió con cuidado a la parte trasera del trineo, donde Pípa dormía acurrucada bajo las pieles y con la cabeza apoyada en la bolsa de Rune. Mila se recostó a su lado y observó el bosque pasar; los árboles eran tan oscuros y altos como muros.

El mago susurró algo a los perros y el trineo se lanzó hacia delante. Mila enganchó los pies en la barandilla. Iban todavía más rápido y las

estrellas cruzaban el oscuro cielo azulado, pero estaba demasiado cansada para preguntarle al mago cómo lo había conseguido.

Los árboles eran como fantasmas borrosos. Giró la cabeza para intentar enfocar uno, mirando adelante y atrás, pero solo acabó mareándose. Las pestañas le proyectaban sombras en las esquinas del campo de visión. Entonces, las sombras se movieron y formaron una vasta forma oscura que corría entre los árboles, y lo hacía casi tan rápido como el trineo.

Se incorporó como un resorte, con un sabor amargo en la boca. Volvió a mirar a los árboles en busca de la sombra. Ya no estaba. El corazón le latió con fuerza. Había visto algo, ¿verdad? Un lobo, quizá, como el que había oído antes, pero no. Era demasiado grande y se movía con zancadas lentas.

«¿Un oso?», pensó.

Pípa se removió en sueños y Mila le puso la mano en el costado. Sintió que el pecho le subía y bajaba acompasado. Intentó ralentizar sus jadeos para que coincidieran con los de su hermana mientras recorría el pálido bosque con la mirada. Se lo había imaginado. Tenía que ser eso. Se tumbó.

La noche era del mismo color que el cabello de Sanna y sintió una ráfaga de satisfacción que hizo que se sintiera culpable. Su hermana mayor era quien siempre había querido irse y ahora era la que se había quedado atrás. Se tumbó de lado y se acurrucó con Pípa. El pelo de su hermana se había soltado de la trenza y le hacía cosquillas en la nariz. Cerró los ojos y dejó que el bamboleo del trineo la meciera hasta que se durmió.

Despertó temprano por la mañana, la oscuridad desaparecía poco a poco y daba paso a un cielo que se iluminaba con un tono grisáceo.

Mientras se desperezaba, Mila cayó en la cuenta de que no se movían. Por eso se habría despertado. Estaba tumbada mirando los árboles que crujían a ambos lados de un camino ancho y se incorporó para observarlos sentada.

—¿Rune?

El muchacho estaba en pie, encorvado sobre las riendas, y los perros gruñían con un tono de advertencia.

—Quédate abajo —le dijo con voz queda, como si tratara de hablar sin mover los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Mila, asustada al recordar la forma sombría y lóbrega.

Miró más allá de Rune y vio una figura en el camino ante ellos.

Era alta y delgada, llevaba capa y estaba tan inmóvil como un árbol.

El camino era lo bastante ancho para dos trineos, pero estaba en el centro. No podrían pasar a menos que se apartara.

Antes de darle tiempo a echar un vistazo con más detalle, Rune levantó la bota y la empujó hacia abajo de una patada. Cayó de espaldas sobre las pieles, pero no gritó y se masajeó el hombro.

—¿Puedo ayudarte, amigo? —La voz de Rune sonó tan aguda y clara como el hielo.

No hubo respuesta. El mago dudó un momento y luego instó a los perros a que se pusieran en marcha.

—Tengo que pasar por aquí. ¿Te importaría moverte un poco?

Mila se dio cuenta de que Rune había hablado en singular. Intentaba hacer creer a aquella persona que viajaba solo, acompañado únicamente por los perros. Sintió que Pípa le tiraba del brazo y se deslizó bajo las pieles con ella mientras se llevaba un dedo a los labios.

La última vez que se habían quedado en silencio fue cuando vieron a su hermano en la ventana de hielo. Mila levantó un poco las pieles y fisgó por debajo. Solo vio las piernas del extraño. Tenía la parte inferior de la capa cubierta de un hielo tan espeso que se veían los cristales entrelazarse incluso a esa distancia. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí de pie? Una pequeña brisa agitó la larga y oscura capa que le cubría los tobillos y Mila percibió un destello dorado.

15. El muchacho atado

Sintió que se le helaba el corazón. Era demasiado pequeño para ser el Oso, pero llevaba el cordel enredado en las piernas…

No. Se fijó mejor cuando la capa se agitó con el viento. Solo tenía una pierna atada. En cuanto lo vio, sintió un calor ardiente en el costado. Intentó moverse lo menos posible, metió la mano en el bolsillo de la capa y se le escapó un siseo de dolor. El cordel que guardaba estaba muy caliente cuando lo tocó, como una brasa que acabara de saltar del fuego.

Se apresuró a sacarlo, usando la capa para protegerse los dedos, e incluso a la tenue luz gris que se colaba por una rendija entre las pieles, era evidente que el cordel volvía a brillar, se veía tan dorado como la savia del árbol corazón. ¿Qué lo había hecho cambiar? ¿Tal vez aquella persona?

—¿Qué es eso? —preguntó Pípa, pero Mila le tapó la boca con la mano.

—Por favor, apártate para que pueda pasar —repitió Rune, esta vez algo más nervioso.

Mila compartió el miedo del mago. Volvió a guardarse el cordel dorado en la capa y se aferró al cuchillo de Oskar que llevaba en el cinturón.

Estaban a tres trineos de distancia de la persona cuando por fin habló, con una voz profunda y decidida que congeló el pecho a Mila.

—Yo no iría más lejos.

Era la voz del Oso, estaba segura. Pero no era él, parecía un muchacho no mucho mayor que Oskar. ¿Por qué tenía su misma voz? Mila se esforzó por escuchar a pesar de la respiración acelerada de su hermana a causa del miedo.

—Stuta —murmuró Rune para detener a los perros a unos pasos de distancia—. Debo hacerlo, amigo. Voy hacia el norte.

—¿Por qué viajas al norte con el frío que hace? No es seguro para los jóvenes.

—No soy tan joven —respondió Rune.

Mila notó que intentaba sonar jovial, pero le temblaba la voz.

—Esas dos juntas no han visto muchos más inviernos que yo.

—Son lo bastante mayores en años de perro —contestó Rune, como si se refiriera a Danya y Dusha, aunque era un intento inútil.

El muchacho sabía que Pípa y Mila estaban allí. El cordel de oro se calentó más y ardió. Mila agarró con firmeza el cuchillo de Oskar.

—Aun así —dijo el muchacho con esa terrible voz—, una de ellas es lo bastante mayor para ser una ladrona.

—No tenemos nada tuyo —dijo Rune—. Déjanos pasar en paz.

—Solo si Mila me devuelve lo que es mío.

Entonces, pasaron tres cosas a la vez.

Mila se llevó una mano a la sien al sentir una puñalada de dolor. Rune lanzó algo —Mila no supo el qué, solo vio cómo arqueaba la mano—. Se oyó un ruido fuerte y algo negro y resplandeciente cayó a los pies del muchacho. Tenía un olor químico profundo.

El muchacho tosió y se dobló. Rune azuzó a los perros y estos echaron a correr tan rápido y tan de repente que parecían dominados por una poderosa energía.

Las hermanas cayeron de espaldas en el trineo y Mila mantuvo la mano en la cabeza y los ojos bien abiertos. Era similar al dolor que había sentido cuando Oskar le dio su nombre al Oso, como si se le helase el cerebro, el tipo de dolor que le provocaba la nieve derretida en la boca.

El chico atado no se apartó del camino.

Peor todavía, intentaba moverse. Tosió y tiró de la pierna que tenía libre. Ahora que estaban casi encima de él, Mila comprendió que no solo se le había congelado la capa, sino también las piernas.

Estaba congelado en ese sitio.

Rune pareció darse cuenta al mismo tiempo. El mago tiró con fuerza de la rienda izquierda de los perros para intentar rodearlo, pero los animales se desviaron tan bruscamente que el trineo salió disparado y se deslizó de lado hacia él. Pípa gritó.

Mila cerró los ojos cuando escuchó dos nauseabundos golpes de los rieles recubiertos de hierro al golpearlo, uno después del otro. El trineo se sacudió, pero no se rompió. Quedó suspendida en el aire un segundo y luego cayó hacia atrás con fuerza, pero ya estaba entumecida.

En ese momento, se acordó de cuando tuvo que vendarle la mano a Oskar con un ungüento de líquenes y hojas de bálsamo el mes anterior, después de que se cortara afilando las tiras de metal para que el trineo se agarrase mejor y corriera más. Los rieles estaban afilados como cuchillas y el trineo pesaba mucho con ellos y las provisiones.

Rune maldijo e hizo parar a los perros. Pípa dejó de gritar. Mila escuchó el silencio que los rodeaba, perturbado únicamente por los latidos de su corazón. El cordel de su bolsillo volvía a estar frío.

El muchacho ni siquiera había gritado.

Después de lo que le parecieron horas, pero que tan solo fue de una de las respiraciones contenidas de Pípa, alguien le quitó las pieles de encima muy despacio.

—No mires —dijo Rune, con la voz triste y cansada y el gesto compungido—. Necesito mi capa de repuesto.

A Mila no se le ocurrió nada peor que mirar. Odiaba la sangre. Incluso

vendarle la herida a Oskar le había revuelto el estómago, pero lo hizo de todos modos. Sin embargo, como en una pesadilla, se sentía obligada a mirar al horror a la cara.

Se levantó, con la espalda dolorida por la sacudida de la colisión, pero Rune le bloqueó la vista con la capa.

—No —dijo con firmeza—. Mila, hay algunas cosas que cuando las ves, es imposible olvidarlas, por mucho que lo desees. No tienes por qué mirar.

—Deberíamos enterrarlo —respondió, avergonzada por sentirse aliviada—. Lo hemos matado.

—Yo lo he matado —dijo el mago y, a pesar de la conmoción que sentía, Mila se fijó en que le corrían lágrimas por las mejillas—. Y su cara… Parecía aliviado. El Oso lo tenía cautivo y ahora está en paz. No has tenido nada que ver.

—Mentira —rebatió Mila. Sacó el cordel del bolsillo—. Quería esto. Quizá si se lo hubiera dado…

Las palabras se le atragantaron en la garganta.

—Silencio —la detuvo Rune y la atrajo hacia sí. Olía a especias verdes y manzanas asadas—. Lo dejaron aquí con un único propósito: detenernos.

«Si eso es cierto —pensó Mila—, el Oso debe de saber que lo seguimos». Sintió que el terror le recorría la columna mientras escondía la cara en la capa de Rune y notaba su huesuda clavícula a

través de la tela. No se atrevía a preguntarle al mago si tenía razón.

—Trató de moverse —dijo Pípa, con la vista fija en un punto más allá de ellos y, con horror, Mila vio que estaba mirando el cuerpo del muchacho atado—. Intentaba escapar.

Rune atrajo a Pípa hacia él también y las rodeó con los brazos para que no hubiera nada más en el mundo que ellos tres, abrazados en el silencioso bosque.

—Así entenderás a lo que nos enfrentamos —dijo el chico—. El cordel los controla, igual que los nombres. Lo que me recuerda… —Su tono se volvió seco—. Me mentiste.

Mila parpadeó y lo miró a los ojos, casi tan claros como la nieve.

—No…

—No me dijiste que sabía tu nombre.

Mila recordó el dolor de cabeza que se había desencadenado cuando había pronunciado su nombre, justo antes de que golpearan al muchacho. También se acordó —y la vergüenza hizo que se ruborizara — de cómo se quedó callada cuando Rune le dijo que no la ayudaría si el Oso conocía su nombre.

—No mentí, no exactamente.

—No me dijiste la verdad —reprendió Rune.

—¡Dijiste que no me ayudarías!

—Y no lo habría hecho.

Mila se mareó.

—No nos llevarás de vuelta, ¿verdad?

Rune la miró durante un largo rato y luego suspiró.

—No. Pero no quiero más mentiras.

—Lo lamento.

Rune asintió y le dio un ligero apretón en el hombro.

—Quedaos aquí. Tardaré un minuto. Lo sacaré de la carretera y lo cubriré de nieve. Es lo único que podemos hacer.

Pípa se recostó en el trineo. Estaba pálida y temblaba. Mila se sintió culpable por haber dejado que lo viera. Le dio la mano mientras se tumbaba a su lado e intentó ignorar los gemidos de los perros y el sonido de algo pesado arrastrándose por el hielo. Trató de hacer caso omiso al olor metálico de la sangre que teñía el aire limpio y fresco, cubierto por el regusto de lo que fuera que Rune hubiera usado para taparlo. Se aferró al cordel frío y a la mano helada de su hermana hasta que Rune le dio un toquecito en el hombro.

—Ya está.

Miró las manos del mago sin poder evitarlo, pero estaban desnudas y se las había lavado con nieve, no tenían manchas ni marcas. Sostenía el cordel dorado de la pierna del muchacho, que Mila sabía que pronto se endurecería y se convertiría en algo parecido a una raíz muerta.

—Pensé que nos sería útil —dijo Rune—. Creo que deberías guardarlo con el otro.

—¿No puedes…? —empezó Mila, pero no soportó el tono suplicante de su voz, así que se calló—. De acuerdo.

Cogió el cordel y se lo guardó rápidamente en la capa.

Se incorporó. Rune había barrido nieve fresca sobre el camino. Solo quedaba una sombra roja, escondida bajo el blanco como un moratón que no termina de salir.

16. La persecución

Las hermanas se abrazaron y Rune chasqueó la lengua. Mila se fijó en el montículo de nieve a un lado del camino, coronado con un montón de piedras. Justo antes de perderlo de vista, le pareció que la sombra que se extendía por debajo se movía. Negó con la cabeza y cerró los ojos con fuerza hasta que las luces bailaron en la oscuridad.

Avanzaron en silencio durante al menos una hora, hasta que el estómago de Pípa rugió con tanta fuerza que Rune lo escuchó desde la parte delantera del trineo.

—Stuta.

El mago rebuscó entre las bolsas, sacó tres paquetes y ofreció uno a Mila y otro a Pípa. La hermana mayor lo desenvolvió y encontró un pan crujiente y un trozo de queso de color amarillo blanquecino y olor amargo. Supuso que estaba hecho con leche de Lunka.

Rune roció unas hierbas de color rojo negruzco sobre su propio pan crujiente, pero sobre el de las hermanas puso algo púrpura.

—¿Qué es?

—Raíz de luna, para ayudar con el disgusto.

—¿Qué hace exactamente? —preguntó Pípa.

—Es relajante —respondió el mago—. Lo uso cuando tengo una pesadilla. También se puede meter un puñado en los oídos y bloquear cualquier ruido. Incluso a Lunka roncar.

—¿Quién es Lunka? —preguntó Pípa con una risita.

—Su cabra —dijo Mila con impaciencia—. ¿Por qué te has puesto algo diferente?

—El mío es de bayas de fuego, para dar energía.

Pípa mordió y masticó.

—¡Está bueno, Mila! Casi como la sal.

A Mila no se le ocurría nada que le apeteciera menos que comer, pero Rune se percató de sus dudas y la miró.

—Tienes que estar fuerte, Mila. Debes comer.

Mordió el queso y el pan crujiente. Pípa llevaba razón: tenía un agradable sabor salado. Rune asintió con la cabeza y se inclinó para dar a los perros unas tiras secas de carne sobre las que también esparció bayas de fuego.

—¿Eso es…? —quiso preguntar, pero Dusha devoró rápidamente la suya.

—Sí, es seguro —aclaró Rune para tranquilizarla. Le puso una mano en el hombro con afecto y la miró con gesto serio—. Estamos del mismo lado, Mila.

La niña asintió y enrojeció al sentir cómo la miraba. Empezaba a confiar en él. Hacía que se sintiera segura, aunque no fuera más que un niño.

—¿Quieres que tome las riendas? —preguntó mientras se limpiaba las migas de la capa tras acabar de comer.

—No —rechazó el muchacho—. Las bayas de fuego me ayudarán.

Dusha tenía ganas de jugar y le mordisqueó los talones a Danya para picarlo. Era evidente que las bayas también habían ayudado a los animales. Mila miró a Pípa, que seguía pálida.

—¿Te sientas conmigo, Mila?

Se deslizó hacia atrás junto a su hermana pequeña. Poco después de que los perros empezaran a correr de nuevo, Pípa se quedó dormida y su aliento calentó la mejilla de Mila. Los árboles les pasaban por encima y hacían que la luz parpadease. Cuando cerró los ojos, casi imaginó que volvían a estar en casa, con Oskar y Sanna, todos juntos, tumbados frente a la cálida chimenea.

Sintió las mejillas calientes, una sensación tan olvidada y desconocida que al principio le costó distinguirla del frío. Se llevó la mano a la cara y abrió los ojos, pero todo brillaba y ardía y los volvió a cerrar al instante.

Algo iba mal.

Parpadeó con cuidado. Se movían, pero no veía nada definido, no había árboles que se deslizaran sobre sus cabezas ni ramas que silbaran a los lados. El mundo brillaba, como si se movieran por el corazón de una tormenta de nieve caliente. El mundo no era blanco en absoluto, sino que ardía.

¡El bosque estaba en llamas!

Mila se levantó con un grito y vio que se equivocaba. El bosque no estaba en llamas; de hecho, no había ningún bosque. Se apoyó en el lateral del trineo dispuesta a ver el mundo tal como era.

Había árboles, pero estaban dispersos y alejados unos de otros. A su espalda, la tupida línea del bosque quedaba muy lejos, como una marea que se retiraba. Por primera vez en la vida, Mila veía a kilómetros de distancia sin que un árbol le bloqueara la vista.

Frente a ella, una vasta extensión de color blanco se abría paso, salpicada aquí y allá de rocas y árboles escarpados, y un pico, negro como un alerón y alto como el árbol corazón. La mareaba solo mirarlo.

También había fuego, pero era el que ardía en las antorchas que había atadas a los lados del trineo. Entonces, Mila comprendió por qué estaban encendidas: entre los escasos árboles, corrían unas siluetas negras que se acercaban cada vez más al trineo. Se oyó un aullido.

—¡Lobos!

Gritar no había sido su intención, pero el miedo le cerró la garganta y la obligó a desahogarse. Sintió un sabor metálico cuando Rune se giró.

—Ah, bien, estás despierta.

Estaba extrañamente tranquilo. Seguía de pie en la parte delantera del trineo, rígido como una estatua. Delante, los perros corrían y se hundían en la nieve. Sus cuerpos oscuros y sólidos contrastaban con el blanco.

Mila se quedó sin aliento, aunque se acababa de incorporar. El mundo había cambiado mucho en las pocas horas que había dormido. El bosque había desaparecido y el sol invernal se veía en el cielo pálido. Pípa seguía durmiendo.

—¡Lobos! —repitió y señaló.

—Lo sé —dijo Rune—. ¿Para qué crees que son las antorchas?

Mila se levantó con un traspiés. El mundo le dio vueltas, implacable. Las piernas le fallaron y perdió el equilibrio.

—¿Qué te pasa?

—¿Qué me pasa a mí? —Mila escupió a un lado del trineo el horrible sabor que tenía en la boca, agachándose entre las antorchas—. ¿Qué te pasa a ti? ¿Por qué no nos has despertado?

—¡Farash, farash! —Rune batió las riendas—. Soy capaz de encargarme

de unos lobos. Pero, ya que estás despierta, ayúdame.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó con un hilo de voz.

—Algo más de un día —dijo Rune—. Debías de estar agotada. —Miró por encima del hombro—. Se están acercando más de lo que me gustaría.

Aturdida, Mila casi se había olvidado del riesgo inminente, pero al seguir la mirada de Rune comprendió que el peligro no los había olvidado a ellos. Los lobos ya no estaban dispersos entre los árboles lejanos, sino que corrían en un semicírculo cerrado, tal vez a unos treinta metros de distancia.

Dusha y Danya casi volaban, Mila nunca los había visto correr tan rápido y menos todavía cargando con un trineo cuesta arriba, pero aun así no eran rivales para cinco, seis, siete, ¡ocho lobos hambrientos! El viento soplaba a su favor y percibía su olor a sudor, sed de sangre y la emoción de la cacería, incluso a pesar de las antorchas. Mila los miró más de cerca y se quedó sin aliento.

—¡Sus ojos! Son…

—Dorados —afirmó el mago, casi para sí. Palideció más de lo normal —. ¡Javoyt! ¡Son suyos!

—¿A qué te refieres? —preguntó Mila, enardecida, aunque ya lo sabía.

Sintió cómo los cordeles brillaban de nuevo.

—Los ha poseído, como al muchacho. ¡Toma las riendas!

Mila saltó por encima de Pípa, que seguía profundamente dormida gracias a la raíz de luna, y corrió hacia la parte delantera del trineo. Rune le pasó las riendas de cuero y se puso detrás mientras le hablaba al oído.

—¿Ves el camino a la izquierda?

Mila se fijó en las montañas al noreste. Parecían tan empinadas e imposibles de montar como las olas. Negó con la cabeza.

—¡Allí! —Rune señaló y Mila llevó su mirada adonde apuntaba. Entonces lo vio: una delgada marca que se hundía entre dos crestas, como el hueco entre los dientes de Pípa.

—¡Sí!

Rune pasó a la parte trasera del trineo. Mila parpadeó y el camino desapareció como si nunca hubiera existido, pero volvió a materializarse con el siguiente parpadeo como una mera mancha en la distancia. Ajustó las riendas y tiró de ellas ligeramente hacia la izquierda.

—*¡Farash, Dush-Dush! ¡Farash, Danya!*

Dusha emitió dos fuertes ladridos al oírla y los perros echaron las orejas hacia atrás. Corrían tan rápido y rectos como lanzas, con los hocicos hacia delante. Mila echó un vistazo a su alrededor y, al instante, deseó no haberlo hecho.

Los lobos estaban a unos veinte pasos y, a medida que la pendiente se hacía más pronunciada, parecían acelerar. Saltaban de forma caótica unos sobre otros, con los ojos dorados destellando.

Rune se agachó junto a la cabeza de Pípa y Mila se fijó en que su hermana ya se había despertado y se agarraba con fuerza al trineo.

—Vamos, vamos —murmuró el mago mientras sacaba un objeto tras otro de su bolsa: frascos, piedras, cajas, bufandas… Hasta que encontró lo que buscaba—. ¡Ajá!

Levantó la mano y algo negro le brilló en la palma. Mila adivinó que era el mismo polvo que le había arrojado al chico. Se centró en al camino para corregir la dirección de Dusha y Danya. Se acercaban al paso, que estaba cubierto por una gran capa de nieve, creando un túnel por el que cruzar al otro lado de la montaña.

—¿Podrías hacer que fueran un poco más rápido? —gritó Rune.

Mila rechinó los dientes. Escuchó un gruñido y miró a la derecha. Un lobo solitario, gris y negro, galopaba al lado del trineo con los dientes amarillentos expuestos. La niña sentía debilidad por los lobos, aunque rara vez los vieran en el bosque de Eldbjørn, porque se parecían mucho a sus queridos perros, solo que eran más delgados y feroces. Pero estos pertenecían al Oso.

Hizo virar a los perros a la derecha y luego a la izquierda, lo que levantó un lado del trineo. Se oyó un golpe seco y se le revolvió el estómago al recordar los dos crujidos asquerosos y la sangrienta sombra bajo la nieve. El lobo gritó y cayó. Cuando miró atrás por encima del hombro, vio que se había detenido por completo, pero seguía de pie, aún con vida.

—¡Bien hecho! —gritó Rune—. ¡Pero mantén las riendas firmes mientras nos acercamos!

El paso estaba tan cerca por delante como los lobos por detrás.

—¿Lista? —preguntó Rune y Mila asintió, aunque no sabía si el mago la miraba ni para qué estaba lista.

Un segundo después, el frasco negro pasó volando sobre su cabeza y cayó en la nieve de la montaña. Al pasar por debajo, Mila gritó:

—*¡Farash! —Los perros saltaron.*

El suelo desapareció bajo ellos y Mila sintió que volaban cuando el impulso del trineo los arrastró hacia abajo. Se agarró con fuerza a la barandilla y se volvió a tiempo para ver a Rune empujar una antorcha ardiente contra la nieve que les caía por encima.

Hubo un estallido de luz blanca brillante y una explosión tan fuerte que Mila la sintió en los huesos. Pípa gritó y abrió los ojos para buscar a su hermana. Pronto, el suelo los alcanzó.

17. Enterrada

Tenía nieve en la nariz y en la boca, en las orejas y en los ojos. Se ahogaba en ella. Mila escupió y liberó la mano que tenía pegada al costado para limpiarse un hueco junto a la boca y, así, poder respirar. Se quitó la nieve de entre los labios y las encías y exhaló para vaciarse la nariz. Todo a su alrededor estaba oscuro y la luz se colaba a través de la espesa nieve.

El corazón le latía con fuerza y la sangre se le subió a la cabeza. Algo le presionaba el cuello y se dio cuenta de que el gorro se le había caído hacia atrás y el cordón de cuero le apretaba alrededor de la garganta. «Respira», pensó, pero le irritó tanto como si se lo hubiera dicho otra persona.

«Recuerda qué hacer». La voz de su padre le vino a la cabeza en una marea de pánico. «Si te quedas enterrada en una avalancha, lo primero que tienes que hacer es averiguar dónde está la salida».

Mila estaba segura de que eso era lo que acababa de ocurrir.

Ese mago loco había provocado una avalancha. Lo que había en ese frasco negro había reaccionado con el fuego y los había enterrado a todos.

«Pípa».

Se obligó a pensar con claridad. «¿Dónde es arriba?».

Abrió un hueco más grande para la boca y volvió a escupir. Esta vez, prestó atención hacia dónde caía la saliva. Goteaba de lado, hacia su mejilla izquierda, lo que significaba que eso era abajo. Flexionó las piernas, que tenía atrapadas, y estas respondieron. Le dolían las costillas, pero parecía que tenía las extremidades intactas. Las gruesas capas de pieles habrían ayudado.

«Ábrete camino, poco a poco, para que la nieve no se compacte más. Mueve los brazos y las piernas como si quisieras hacer un ángel de nieve».

Balanceó muy despacio las extremidades hacia delante y atrás hasta liberarlas. Respiraba cada vez más rápido, pero se obligó a tranquilizarse. Estar enterrada en la nieve era como estar atrapada en la tierra o ahogarse en el agua: tenía aire, pero era limitado. Podía moverse, pero no demasiado.

«Muévete despacio y respira tranquila».

Una vez tuvo las piernas lo bastante sueltas, las subió hasta el pecho, abriendo y cerrando los dedos de los pies para que la sangre circulara. Al menos todavía llevaba las botas: si salía de allí, necesitaría los pies, y una bota perdida en la nieve significaba un pie perdido.

«Tengo que llegar hasta Oskar». Se le atragantó un jadeo en la garganta por el dolor de la pérdida. Tragó como pudo y empezó a escabullirse en dirección contraria a donde había caído la saliva. Hacia arriba.

Usando las manos como palas, barrió la nieve a los lados para que cayera hacia abajo. La pisó para formar bloques compactos y se impulsó, hasta que logró subir por el hueco que dejaba su cuerpo.

Era exasperante lo despacio que avanzaba, pero contó hasta cien, y luego cien más, y cuando iba por doscientos cuarenta y tres, el frío le arañó la mano y la humedad tibia le empapó la muñeca que tenía libre. Mientras se impulsaba, le cayó un gran peso encima: era Dusha, que le llenó la cara de lametazos.

—Tranquila, Dush-Dush. Buena chica.

Seguía con el arnés puesto, pero lo único que se veía del trineo era un anillo de madera roto. Se quitó a la perra de encima, se agarró a su arnés y Dusha la levantó.

Se balanceó y parpadeó para enfocar la vista. La avalancha había convertido el lado liso de la montaña en un desastre. A su alrededor, solo había más picos. El cielo seguía claro y estaba segura de que no había perdido el conocimiento, lo que significaba que no llevaba mucho tiempo enterrada.

Miró hacia atrás. No había rastro de los lobos, pero la nieve llenaba el paso destrozado y bloqueaba el camino.

—¡Mila!

El corazón se le aceleró al escuchar la voz de Pípa y se volvió. Localizó el diminuto punto oscuro que era su hermana en una parte más baja de la ladera, con Danya sentado a su lado. Se sintió aliviada y se lanzó hacia ellos. Dusha la siguió dando saltitos. Se tiró junto a Pípa y la abrazó con fuerza.

—¿Estás herida? —le preguntó y la agarró por los hombros para mirarla a los ojos por si tenía las pupilas dilatadas, lo que era un signo de conmoción cerebral.

Pípa negó con la cabeza.

—Solo un poco enterrada.

Se señaló la pierna, atrapada en la nieve hasta la rodilla.

Mila la ayudó a salir y Dusha se le unió, lanzando la nieve por los aires, mientras Pípa hablaba.

—¡Me desperté y estaba volando! ¡Y la montaña se caía, así que me agarré al arnés de Danya y él me salvó. No te veía por ninguna parte, así que te llamé y te llamé hasta que has aparecido.

—Deberías saber que no hay que gritar después de una avalancha —la regañó Mila no muy convencida mientras liberaba la pierna de su hermana. Pípa se echó hacia atrás como si fuera a hacer un ángel de nieve—. Podrías haber provocado otra. ¿Dónde está Rune? ¿Lo has visto?

Pípa negó con la cabeza y rompió a llorar.

—No os veía a ninguno. Pero el trineo está allí. —Señaló hacia arriba —. De ahí ha venido Dusha, estaba cavando cuando has aparecido. — Se lanzó a los brazos de Mila—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Mila la besó en la cabeza.

—Yo también. Vamos. Tengo que ver cómo está el trineo.

Miró alrededor y comprobó que estaban en un barranco, rodeadas por picos de montañas. Tuvieron suerte de que Rune no hubiera hecho que todas las montañas se les cayeran encima. Más allá, había otros picos que se extendían hacia el norte.

—Súbete a ese lado con Danya, por si se desprende más nieve.

Ayudó a Pípa a ponerse en pie, le dio unas palmaditas a Danya y esperó a llegar al risco antes de subir hasta el bulto que era el trineo. Se puso el gorro en la cabeza. Estaba un poco húmedo, pero era mejor que dejar que el viento helado le congelara las orejas.

Dusha trotó a su lado arrastrando el arnés roto. La nieve estaba suelta y era peligrosa, y la perra se quedó junto a Mila para que pudiera agarrarse a ella si se hundía demasiado.

Cuando por fin llegaron hasta el trineo, parecía un naufragio: las bolsas estaban tiradas por ahí, la ropa esparcida como algas marinas y había tablas de madera que asomaban aquí y allá. Uno de los rieles sobresalía de la nieve en ángulo recto, como un mástil.

Todo estaba del revés. Mila acarició a Dusha entre las orejas, feliz de que hubiera conseguido salir. Si se hubiera quedado atrapada debajo del trineo, es muy probable que la hubiera aplastado.

«Rune».

Dusha la empujó con el hocico y cavó junto al trineo. Mila tragó saliva y se unió al animal. La perra ya había avanzado bastante y al poco

tiempo, Mila tocó la barandilla a la que estaban atadas las antorchas.

Deslizó la mano por toda la superficie, a izquierda y derecha, para apartar los restos sueltos de nieve hasta descubrir la longitud del trineo. Pasó la mano por el hueco de la barandilla y…

Algo la agarró.

—¿Mila?

—Rune —respondió y se le aceleró el corazón—. ¡Devuélveme la mano!

Se sintió aliviada, molesta y enfadada, todo al mismo tiempo. Cuando la soltó, dio un manotazo al trineo.

—¡Ay! ¡Qué ruido!

Mila la volvió a golpear.

—¿Por qué has provocado una avalancha? ¡Podrías haber matado a Pípa!

—¿Está bien?

—Sí, pero podría haberse hecho daño. Cualquiera podría.

—Pero aquí estás, armando un escándalo que dejaría sordo a un muerto.

—De todas las tonterías que…

Rune sacó la mano por el hueco y volvió a agarrarle la muñeca.

—Mila, tenía que librarme de los lobos.

—Pero no hacía falta que derribases la montaña.

El mago soltó una risita.

—Estas montañas han aguantado cosas mucho peores que un poco de azufre.

—¿Eso era? —preguntó Mila y relajó la muñeca que tenía atrapada—. Olía… fuerte.

—También brilla mucho —dijo el chico—. Nos ha conseguido algo de tiempo. Siento haberte asustado, de verdad. Me alegro de que las dos estéis bien.

Mila sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se apresuró a limpiarlas, aliviada por que el mago no la viera.

—Yo también me alegro de que estés bien.

—¿Mila? —La voz de Pípa la llamó desde atrás—. ¿Por qué le hablas al trineo?

A Mila se le escapó una carcajada.

—Es Rune, está debajo.

—Y le encantaría salir ya —añadió el mago.

Mila guio a Dusha al otro lado del trineo y ató el arnés al riel.

—Cuando te diga, encógete —indicó—. Vamos a darle la vuelta. —Puso las manos debajo de la barandilla y miró a Dusha, que esperaba muy quieta con la lengua fuera a que le diera instrucciones—. ¡Ahora! ¡Farash!

Dusha se alejó, Mila tiró y levantaron el trineo en un santiamén. El chico yacía encogido como un perro dormido.

—¡Stuta! —gritó Mila y Dusha se detuvo mientras ayudaba a Rune a ponerse en pie. Lo soltó en cuanto recuperó el equilibro.

El alivio que sentía tras comprobar que todos estaban bien se desvaneció al ver el estado del trineo. El lecho de piel de foca estaba partido en dos y uno de los rieles formaba un ángulo recto con la estructura. Le ardieron las mejillas.

—¿Y ahora qué?

Rune parpadeó.

—¿Y ahora qué? —siseó de nuevo.

—Seguimos adelante. —El mago frunció el ceño—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¡El trineo está destrozado! —gritó Mila, frustrada—. ¡No sé por qué has tenido que venir! Hubiera ido más rápido por mi cuenta. Si hubiera estado sola, los perros habrían dejado atrás a los lobos y…

—No, no lo habrían hecho —la interrumpió Rune.

—El trineo está destrozado —repitió con amargura.

—No lo necesitamos —dijo el mago y recogió las cosas desperdigadas por el suelo.

Mila miró hacia abajo, donde Pípa lanzaba bolas de nieve para que Dusha y Danya las persiguieran. Los perros corrían, las atrapaban y volvían confusos y con las bocas vacías. Era una escena de paz, muy diferente a la de hacía unos minutos. Mila se estremeció al recordar los dientes amarillentos de los lobos y sus ojos dorados como los del Oso. Se le ocurrió algo de pronto.

—¿Rune?

—¿Sí? —dijo mientras guardaba cosas en las bolsas.

—¿Cómo sabía el Oso que debía dejar a aquel muchacho en el camino? ¿Por qué envió a los lobos? ¿Acaso…? —Se le formó un nudo en la garganta—. ¿Sabe que lo seguimos?

Rune levantó la vista despacio.

—También lo he pensado. No nos queda más que cruzar los dedos porque su objetivo fuera dificultarle el camino a cualquiera que lo siguiera, no a nosotros en particular. —Mila no se sintió más tranquila. Rune levantó la mano y le apretó el brazo—. No te preocupes. Es probable que no lo sepa.

—¿Por qué?

—Porque habría venido y terminado el trabajo él mismo.

Mila tragó saliva.

—¿Nos vamos o qué? —gritó Pípa y dio un pisotón.

Mila se sobresaltó y miró alrededor. Se llevó un dedo a los labios para hacer callar a su hermana.

—Ya te advertí que no gritaras después de una avalancha.

Se volvió hacia Rune, pero el mago estaba terminando de recoger sus pertenencias.

—Rune, ¿y si…?

—Pípa tiene razón, deberíamos irnos.

Mila quería hacer más preguntas, pero el tono tajante del mago le dejó claro que sería inútil. Además, no había tiempo. Tenían que alcanzar a Oskar.

Recogió lo más necesario: comida y todo lo que les cubriera del frío, y ayudó a Rune a arrancar los rieles rotos del trineo.

Pípa corrió a su encuentro con los perros, y el mago desenterró un paquete de comida. Les dio una rebanada de pan negro con semillas planas y redondas que Mila nunca antes había probado. Los roció con copos de bayas de fuego. Sabía un poco a musgo, pero no estaba mal.

Después de comer, envolvieron sus posesiones en la piel de foca rasgada y Rune se la ató a la espalda. Mila y el mago colocaron los rieles en paralelo y los ataron con ropa para que no se separasen.

Él se arrodilló para atar primero las botas de Pípa a los rieles desprendidos. Luego, ató las de Mila y, por último, las suyas. Colocaron a los perros uno frente al otro y Rune le pasó las riendas a Mila, que colocó los brazos bajo las axilas de Pípa y respiró hondo. «No podemos retrasarnos más —pensó—. Tenemos que llegar hasta Oskar».

—¿Listas? —preguntó Rune.

—¡Listas! —gritó Pípa, tan valiente y decidida que Mila se sintió orgullosa.

La abrazó suavemente y luego escudriñó las montañas que tenía delante. Buscó el camino, agarró las riendas, chasqueó el cuero y respiró hondo.

—¡Listas!

18. El paso

El frío los rondaba como un ave carroñera. Cuanto más alto subían, más pesado era el aire, y a Mila le pareció que el frío había tomado la presencia sombría de un cuervo que volaba en círculos sobre ella en busca de las muñecas, los lóbulos y la base del cuello para lanzarse en picado a por ellas. El frío se posaba sobre sus hombros y los volvía pesados y rígidos, le clavaba agujas de dolor en las articulaciones, le enterraba el pico en los puntos donde sentía el pulso y le escupía hielo en las venas.

Se dio cuenta del privilegio que era viajar en trineo, que amortiguaba la mayor parte de los desniveles del terreno. Ahora sentía cada sacudida en los huesos. El viento se le colaba debajo del gorro, le congelaba las fosas nasales y le irritaba los ojos, lo que provocaba que se le formasen lágrimas calientes que se congelaban y generaban pequeños cristales de hielo. Los nudos que Rune le había atado en los tobillos le apretaban un poco. Las piernas le dolían y tenía calambres por culpa de la postura encorvada que necesitaba mantener para evitar que las sacudidas la hicieran caer.

—¿Estás bien? —le preguntó a Pípa en un susurro.

Tenía la cara tan envuelta en pieles que solo le veía los brillantes ojos marrones, húmedos como los suyos. La niña asintió y Mila giró la cabeza para preguntar a Rune:

—¿Esquiaremos toda la noche?

—No hay alternativa —dijo el mago.

Hablaba de una forma seca con ella desde que le había preguntado si el Oso los seguía. ¿Qué escondía? ¿Por qué le daba tanto miedo decírselo?

Mila azuzó a los perros para que trotasen sobre los helados escalones de la ladera de la montaña. El viento había amainado un poco en la zona, arropados por el lado de la montaña, y la muchacha levantó la vista hacia los escarpados riscos y se preguntó cómo sería estar de pie en la cima y ver todo el mundo extenderse bajo tus pies.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó a Rune por encima del hombro.

—Sí.

Mila suspiró y se giró hacia delante, pero el mago cedió un poco y continuó:

—Me encantan las montañas. Me encanta estar en lo alto.

—Yo no lo tengo tan claro.

—Yo tampoco —intervino Pípa.

—Creo que una vez fui un gerifalte. O tal vez lo seré en el futuro, en otra vida.

—¿Crees que serás un pájaro en otra vida? —se burló Mila.

—Mi madre y mi abuela se convirtieron en espíritus de aves —respondió tranquilo—. Sospecho que no seré diferente.

—¿De verdad crees que tu familia se convirtió en pájaros al morir?

—Estamos girando demasiado hacia el oeste. El camino más fácil está a la derecha.

Mila corrigió la trayectoria de los perros y esperó a que Rune respondiese, pero se quedó callado de nuevo. Dejó que el silencio se extendiera y se centró en el ascenso. Finalmente, los perros alcanzaron la cima y tiró de las riendas.

—Stuta.

Ahora veía cómo las montañas peleaban por superarse unas a otras. Igual que en el bosque, donde los árboles más altos competían por alcanzar el cielo, ahí las montañas rozaban las mismas nubes. La que habían escalado no era más que una colina en comparación y lo que tenían delante era un risco apenas más ancho que los esquís. Mila creyó ver huellas en la nieve y se imaginó a Oskar luchando contra el viento mordaz. Se giró todo lo que las piernas atadas le permitieron y miró hacia atrás. Al menos, la nieve había detenido la persecución de los lobos.

—¿Eso es el norte? —preguntó Pípa, vacilante.

Prácticamente no había aire y a Mila le costaba respirar, aunque solo había mantenido el equilibrio mientras los perros corrían. Tembló y Rune le apretó el hombro.

—No nos retrasemos. Si tenemos suerte, lo atravesaremos antes de que anochezca.

En cuanto volvieron a ponerse en marcha, el viento los golpeó desde el este. Se coló a través de un hueco entre los picos, donde olía a piedra húmeda y a cobre frío. El viento soplaba con fuerza suficiente como para tumbarlos. Se agacharon todo lo que pudieron y los perros los arrastraron hacia delante.

Sintió la inseguridad de Dusha y Danya: bajaron las patas casi hasta el suelo, como si quisieran deslizarse sobre la barriga. Pero Dusha fue valiente y pronto su hermano se le unió, a medida que se acercaban a la línea de las nubes.

Hacia el final de la tarde, una sombra oscureció la nieve ante ellos y Pípa gritó:

—¡Mira arriba, Mila, mira!

Mila arqueó el cuello rígido para levantar la vista. Sobre ellos giraba una sombra. Parecía negra en contraste con las nubes grises, pero entonces descendió y Mila se fijó en las dos grandes alas que tenía, más anchas que sus brazos extendidos incluso a esa distancia, y una cabeza emplumada.

Un águila, más grande que todas las que había visto, volaba en círculos. Se le revolvió el estómago. Entonces, los cordeles se calentaron. Mila los sintió a través de la capa, como un aviso. La sombra del águila les pasó por encima, como una gran nube oscura, y se hizo cada vez más grande sobre la nieve. Mila levantó la vista justo a tiempo para verla acercarse. Tenía la cabeza inclinada y los ojos le brillaban de forma antinatural.

—¡Javoyt! —maldijo el mago detrás de ella y se adelantó para quitarle las riendas—. ¡Agachad la cabeza! —gritó—. ¡Farash!

Los perros avanzaron tan rápido que Mila estuvo a punto de caerse sobre Pípa.

—Es él otra vez, ¿verdad? —gritó Pípa, asustada.

La respuesta de Mila quedó amortiguada por el gorro de su hermana y la acercó hacia ella. Con los ojos llorosos, se fijó en que se aproximaban a las nubes; la pendiente los llevaba directos al cielo. Rune conducía a ciegas, no había forma de saber si la cresta seguiría recta o se desviaría hacia la izquierda o la derecha.

La sombra, tenue con la escasa luz, daba vueltas sin parar y cada vez parecía más grande. De repente, con una ráfaga de viento, se volvió enorme y se lanzó en picado contra ellos. Hubo un crujido de alas al batir y Rune gritó de dolor.

—¡Márchate!

Algo golpeó a Mila en la cabeza, fuerte como un puñetazo, y esta se tambaleó. El dolor la hizo ver puntos brillantes y entonces se dio cuenta de que las riendas se habían soltado, que los perros iban cada vez más despacio y que se estaban desviando hacia el borde del risco.

¡El águila los había atacado! Intentó atrapar las riendas, pero se sacudieron y cayeron a sus pies, por lo que no pudo alcanzarlas. Parpadeó con fuerza para intentar recuperar la visión mientras Rune jadeaba y maldecía tras ella.

Entonces, los perros aceleraron y volvieron a correr en línea recta.

—¡Más rápido, Danya! ¡Farash, Dusha!

Pípa había atrapado las riendas y los azuzaba, con gritos agudos que repicaban como campanas entre las montañas. El anillo de papá le brillaba en el pulgar mientras movía las riendas una y otra vez. Mila quería sacar el cuchillo de Oskar, pero no se atrevió a soltar a Pípa. Si se movía demasiado, todos se caerían.

La sombra del águila viró hacia un lado y Mila vio un destello negruzco pasar volando por delante de ella hacia el ave. Rune había tirado uno de sus frascos de azufre. Chilló cuando el brillo negro le estalló en los ojos dorados y cayó en espiral.

—¡Farash! —gritó Pípa y los perros aceleraron. Subieron y subieron.

Mila jadeó cuando entraron en la neblina helada del banco de nubes. Fue como estrellarse contra una corriente de espuma. El frío le caló los huesos, igual que el hielo que se forma en las grietas de la roca y las rompe desde dentro. La acarició por dentro.

Miró desesperada a su alrededor, pero con la niebla apenas veía más allá de su propia nariz. Después de un rato, le tocó el hombro a su hermana con cuidado.

—Stuta —susurró Pípa y los perros se detuvieron entre jadeos.

Los tres se agacharon. A Mila le temblaban los muslos y Rune le puso

las manos debajo de las axilas para sostenerla. Solo se veía blanco y se oía el aullido del viento que hacía girar la nube a su alrededor.

Permanecieron agachados tanto tiempo que Mila habría creído que se había convertido en piedra si no fuera por el dolor que sentía debido al golpe del águila. Pípa estaba aguantando la respiración y la abrazó. Enterró la cara en su bufanda hasta que le notó el pulso, tan acelerado como el de un conejo en apuros.

Finalmente, Rune soltó a Mila y la empujó con delicadeza hacia arriba. A su vez, esta empujó a Pípa y los tres se pusieron en pie, con las pantorrillas todavía atadas y acalambradas.

—Creo que se ha ido —susurró Pípa y los dientes le castañetearon con cada palabra.

—Tenemos que movernos. —Mila trató de liberar los dedos de su hermana de las riendas—. Suelta, Pípa. Ya ha pasado.

La pequeña estaba temblando y Mila se moría por desatarle los pies y acunarla como a un bebé. No debería haberla llevado consigo, no debería haber permitido que la acompañase en un viaje tan peligroso e incierto.

Se odió a sí misma, pero se tragó el sentimiento de culpa. No había tiempo. En algún lugar, más allá del límite de lo que era posible, su hermano esperaba atado con un cordel de oro, atrapado por un espíritu vengativo. Tenían que llegar hasta él. No podía haber sido todo en vano.

Se imaginó la risa de Sanna. «Eso, date prisa, Mila. Antes de que el Oso robe el alma de nuestro hermano. Porque eso es lo más normal del mundo, ¿no?».

Mila se enderezó y la columna vertebral le crujió de forma dolorosa. Estaba decidida. «Voy a salvarlo, Sanna. Espera y verás».

19. Bovnik

El sol ya se había ocultado antes de que entraran en el banco de nubes y estaba cada vez más oscuro. Mila tomó las riendas y puso en marcha a los perros, que levantaron los rabos y se lanzaron hacia adelante. Las riendas se tensaron como el sedal y Mila se alegró de llevar guantes.

Por fin, salieron de la capa de nubes. Buscó al águila por todas partes, pero no había rastro del ave. El cielo estaba despejado: no había pájaros, ni nubes, ni nada. Sin embargo, lo que sí había era un mundo cambiado. Pípa silbó entre dientes.

—Esto…

Se calló porque no había palabras para describirlo. El sol se ocultaba por el oeste y teñía el cielo del color naranja de las moras de los pantanos. Ante ellos se extendía un mar de nubes salpicado por picos de montañas en un cielo interminable que no se parecía en nada al que Mila conocía: un crepúsculo gris al mediodía antes de sumirse de nuevo en la oscuridad. Era una puesta de sol llena de color, pero no de calor. Cayó en la cuenta de que nunca había visto el horizonte.

Ahora estaba allí. El borde del mundo chocaba con el borde del cielo y el sol se hundía entre ambos. ¿Había algo en el hielo? Una isla brillaba como la escarcha en el horizonte al norte, entre este mundo y el siguiente. Mila entrecerró los ojos, pero el hielo brillaba demasiado y le dolieron.

—¿Eso es Bovnik? —Pípa señaló a la lejanía—. Mamá era de allí.

Como las raíces de un árbol enjoyado, las luces de la ciudad, casi abandonada, se extendían entre dos picos gemelos que había más adelante. Los techos brillaban con el atardecer y Mila se acordó de que mamá les había contado que parecía que las montañas perforaran el sol al atardecer y la luz se reflejaba a retazos en los edificios. Encima de todo, giraba la plataforma de comercio, equilibrada como un naipe entre las montañas.

—Aquí es donde se esconde el color —dijo Rune, con la voz débil y nostálgica.

Mila recordó el golpe del águila y se preguntó si también le habría dado al mago.

Bovnik se hizo más brillante al caer el sol. La ciudad se había construido orientada al noroeste, para disfrutar de las largas noches de verano que hacía tiempo que dejaron de llegar. Se imaginó el sol bañando la ciudad como le había contado mamá, tiñéndolo todo de dorado y naranja.

El camino atravesaba la ladera de la montaña y era lo bastante ancho para que dos trineos de ocho perros pasaran uno junto al otro. Había marcas de esquís en el hielo desgastado y brillante que facilitaban la marcha. Al llegar a una curva ancha, el sol se sumergió en el horizonte y desapareció de repente.

—¿Deberíamos parar? —preguntó Mila.

No le gustaba la idea de seguir en la oscuridad, por muy bueno que fuera el camino.

—Qué raro —dijo Rune—. Ya debería haberse encendido. Esperad. — Mila lo escuchó rebuscar algo.

Sacó un frasco de azufre y lo arrojó a un canal situado en la ladera de la montaña, que se incendió en ambas direcciones.

—¿Cómo…?

—Aceite —explicó el mago y Mila ahogó un grito al ver que el fuego se extendía alrededor de la montaña hasta perderlo de vista—. El abanderado solía encenderlo todas las noches —añadió, preocupado.

—¿Aceite? ¿Lo queman solo para iluminar?

—Tienen de todo en cantidad —dijo Rune—. Un desperdicio así les pareció algo bueno, incluso impresionante.

Por su tono de voz, Mila comprendió que no estaba tan impresionado como ella. Era un desperdicio, sin duda, pero también era inteligente y reconfortante tener luz para atravesar el camino.

—¿Has estado aquí antes?

—En espíritu.

Pípa dio un pequeño resoplido.

—¿En espíritu?

—A ver. ¿Alguna vez has soñado que volabas?

—Sí.

—Es algo así, solo que mi espíritu vuela de verdad.

—O es un sueño —murmuró Pípa, en voz tan baja que solo Mila la oyó.

Descendieron la montaña hasta llegar por debajo de las casas que habían visto desde el risco. Solo unas cuantas tenían las luces encendidas, que se veían por las pequeñas ventanas redondas. Tenían forma de colmena, escarbadas directamente en la ladera de la montaña.

—Son cuevas —explicó Rune—. Están construidas en las grietas naturales de la roca. Las paredes curvas evitan que el viento las atrape y las arranque.

Mila imaginó unas manos enormes arañando la ladera, hurgando dentro de las colmenas como un oso en busca de miel. Sintió un escalofrío al recordar al águila lanzándose contra ellos, una voz profunda que pronunciaba su nombre y una mano que se le metía en la cabeza y le apretaba el cerebro.

Por fin llegaron a unas compuertas, talladas en la roca e iluminadas por dos grandes antorchas. Mila detuvo a los perros. Rune se desató los pies y se bajó de los esquís. Se acercó a una rejilla en la roca que Mila ni había visto e introdujo la mano. Se oyó el sonido de una palanca al tirar de ella, luego hubo un crujido y un golpe seco, fuerte como un trueno, y las puertas se abrieron por el centro.

—Ya podrían dejar un poco de aceite para engrasar las bisagras —susurró Mila, y Pípa se rio, pero Rune estaba muy serio cuando se arrodilló para desatarle los tobillos a la hermana pequeña.

—A partir de aquí caminaremos. Estad calladas y permaneced cerca.

Mila liberó a los perros de los arneses y los animales se sacudieron el hielo derretido de la piel. Dusha bostezó y se acercó a ella, mientras que Danya se fue con Pípa.

—Buena chica, Dush-Dush —murmuró Mila y le acarició la cálida cabeza mientras entraban en la ciudad.

Tenía las piernas débiles de tanto esquiar y caminar le resultaba tan raro como nadar. Era extraño lo rápido que el cuerpo se le había adaptado a la postura de los esquís y a la falta de aire.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Rune, casi para sí mismo.

La montaña estaba llena de surcos y escalones. El nivel en el que estaban era el más ancho y sobresalía sobre una cornisa de roca. De cerca, las casas se parecían todavía más a una colmena y las paredes redondeadas eran lisas como el papel. El siguiente nivel, más estrecho, colgaba unos quince metros sobre ellos y Mila se fijó en que era de madera, con puntales entrecruzados. Pero no había nadie a la vista.

—Tal vez se marcharon cuando llegó el invierno —dijo.

Mamá les había advertido de lo traicioneras que eran las minas en invierno.

—O el Oso los espantó —dijo Pípa—. ¿En tus sueños de espíritu no viste que estaba abandonada?

—No —respondió Rune, sin darse cuenta del tono de burla—. Al menos subir será más fácil, sin nadie que haga preguntas.

«También será más fácil para el Oso», pensó Mila mientras se crujía el cuello.

—¿Cómo se sube?

—Hay escalones —respondió Rune.

Echó a andar, pero Mila se quedó atrás. No había ido hasta allí para una visita guiada.

—¿Cómo llegamos a Thule?

—Ya lo verás —le dijo en voz baja—. Vamos.

20. La subida

De camino a los escalones, algunas caras los miraron desde las ventanas. Eran delgadas y de ojos furtivos y se apartaban en cuanto Mila se fijaba en ellas. Supuso que ya tenían bastante con sobrevivir allí: no estaban interesados en ellos, ni siquiera en un hombre tan alto y ancho como un oso.

La ciudad le provocó nostalgia. Echaba de menos el bosque; incluso después de que papá se hubiera ido, siempre habían estado los cuatro juntos. Cuatro personas que prometieron cuidarse las unas a las otras pasara lo que pasara. No se imaginaba vivir en un lugar donde no te importaba qué sucedía a tu alrededor.

«Tenemos que rescatar a Oskar —pensó, decidida—. Para que todo vuelva a ser como antes».

Pasaron delante de la puerta abierta de algunos establos y, cuando miró, vio que en el interior había una docena de ponis que bebían de un abrevadero y comían de montones de heno congelado. Uno de ellos era más grande que los demás: un caballo con la crin y la cola negras.

—¡Creo que son suyos! —exclamó—. Los muchachos iban en poni y él, a caballo.

Rune volvió a mirar.

—Es probable. Toma lo que necesita y lo deja cuando ya no le sirve. Pero se ocuparán de ellos. Todavía hay gente aquí, ¿lo has visto? Serán demasiado pobres para irse. —Miró a su alrededor—.

Deberíamos dejar aquí a los perros. —Dusha ya había olfateado el abrevadero e intentaba acercarse—. Nos cuidarán las cosas mientras subimos.

Mila apretó el arnés de Dusha. No lo había pensado antes, aunque era evidente que no podían ir a Thule.

—Aquí estarán a salvo —la tranquilizó Rune.

Mila asintió y se arrodilló para abrazar a Dusha y respirar su agradable olor a galletas.

—Sé buena, Dush-Dush.

Dusha gimió y la empujó con el hocico. Pípa abrazó a Danya y luego las hermanas acercaron a los perros al abrevadero. Rune se liberó de las bolsas, sacó algunos frascos y varios orbes extraños y se los guardó en un saco que llevaba pegado al cinturón. Repicaba como una bisagra oxidada.

—¿Qué son? —preguntó Mila mientras señalaba los orbes.

Parecían pompas de jabón, pero con el exterior más grueso.

—Ampollas de aliento —dijo Rune, pero Mila se quedó igual de confusa.

Comprobó que tenía el cuchillo de Oskar y los dos trozos de cordel dorado antes de dejar también la bolsa en la esquina del establo.

Dusha y Danya seguían bebiendo y Rune le tiró del brazo.

—Vayámonos ahora —susurró—. Mientras están distraídos. Será más fácil.

Mila asintió en silencio y se dejó llevar por Pípa mientras Rune cerraba la puerta. Se sentía como si le hubieran arrancado el corazón. Cuando Dusha y Danya estaban con ellos, era como viajar con un pedazo de su hogar. Apretó más la mano de Pípa.

Llegaron a los escalones, que formaban algo parecido a una escalera. Había una lámina de roca gris más clara cortada a intervalos de unos treinta centímetros de altura en la ladera de la montaña. Los escalones se hundían ligeramente en el centro por los años de uso y parecían peligrosamente resbaladizos, aunque las antorchas que los iluminaban los mantenían libres de hielo.

—¿Por qué no se incendian los escalones? —preguntó Pípa.

Rune frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Pípa señaló.

—Son de madera. ¿No es peligroso acercar tanto las antorchas?

—No son de madera. Son de hueso.

—Nada tiene huesos tan grandes.

—Las ballenas sí —dijo el mago—. Los más grandes son las costillas.

Mila abrió los ojos como platos. Ahora veía que los puntales de la plataforma estaban curvados y recubiertos de huesos más pequeños. Ballenas. Mamá le había contado que eran enormes, que una captura podía alimentar y mantener encendidas las antorchas de pueblos enteros durante semanas, pero Mila nunca se había imaginado nada que tuviera huesos del tamaño de los árboles.

Se imaginó algo tan grande flotando en el agua, abriendo una boca tan ancha como un barco y con la lengua del tamaño de una vela. ¡Qué grande debía de ser el mar para albergar cientos de ballenas en él! Dejaría a Sanna sin palabras. Se llevó las manos al pecho. Incluso con la gruesa capa y la ropa de invierno, toda su caja torácica no coincidía con el ancho de uno de esos huesos.

—Subamos —dijo Rune.

A Mila le dolían las piernas de esquiar y se sobrecogió frente a la escalera de huesos de ballena. En ese momento, no sabía cómo iban a conseguirlo, ni la subida, ni el rescate, ni nada.

Intentó alejar esos pensamientos y concentrarse solo en mover el brazo, luego la pierna, luego el otro brazo y la otra pierna. Debía pensar solo en cada paso de la lenta subida y en controlar la respiración irregular. «No mires abajo». Fuera como fuera, Rune las había llevado hasta allí. Sin él, Mila seguiría en Stavgar, segura de que Oskar no las había dejado por voluntad propia, pero sin saber cómo ir a buscarlo.

Por fin llegaron a la plataforma de comercio. A Mila le temblaban los brazos. Daba igual lo profundo que inhalara, no conseguía llenar los pulmones. Pípa parecía estar en la misma situación y se abrazaba las costillas. Apenas había aire y estaba salado por el mar, por lo que no llegaban a saciarse. Rune se elevó con gracia sobre la cima y se puso en pie. Respiró hondo. No parecía cansado en absoluto.

—Lo logramos —dijo y Mila miró alrededor.

La plataforma de comercio estaba desierta, no era más que una vasta extensión sobre las fauces vacías de las minas. Se oyó un extraño crujido parecido al de las puertas al abrirse: eran los gemidos del mar en su jaula de hielo. No había antorchas, pero tampoco las necesitaban, porque el cielo estaba lleno de estrellas, más de las que había visto nunca.

Había algo similar a las nubes, pero era polvo de estrellas, tan fino como telarañas, que se extendía sobre el resplandor. El cielo brillaba, no como a veces lo hacía por el fuego celeste, aquellas llamas de colores que lamían el cielo en las noches especialmente frías y despejadas, sino como si el sol se hubiera hecho añicos y se hubiera dispersado en miles de fragmentos.

En casa, cuando miraba al cielo, los árboles le tapaban la vista y tan solo le permitían ver fragmentos entre las ramas, pero allí era como si estuviera metida en un gigantesco tazón volcado, perforado por la luz. Había estrellas de este a oeste y, en lo que debía de ser el norte, resplandecía algo cristalino. El mar Boreal congelado. ¿Había algo sólido como una mancha de tierra en el horizonte lejano?

—¿Eso es…?

Rune entrecerró los ojos, más parecidos a la luna que nunca bajo la quebradiza luz de las estrellas del invierno. Se quedó de piedra un instante, inmóvil excepto por su respiración.

—¿Es Thule?

El mago asintió.

—¿Cómo llegamos hasta allí?

Rune señaló hacia una ancha fisura que había a la derecha, cercada por una cuerda. Mila se acercó y miró hacia abajo.

Y abajo.

Y abajo.

Se agarró a la cuerda y se tambaleó como si estuviera en un barco en alta mar, no sobre una roca sólida. Una cascada bajaba por la montaña y lejos, muy por debajo de ellos, un río fluía bajo el hielo. La espuma blanca chocaba contra las rocas y el agua corría más rápido de lo que Mila jamás podría.

—¿Un río?

Mila siguió el curso del río hasta que lo perdió de vista en la noche. Al norte. Hacia el mar Boreal, asfixiado por el hielo. Y, atrapada entre sus garras, había una isla donde su hermano la esperaba.

—¿No necesitamos un barco? —Retrocedió, vacilante—. ¿Tenemos que romper el hielo? ¿Para qué hemos subido?

—Tenemos que encontrar la corriente correcta. La que el Oso ha creado para llegar a Thule.

—¿La corriente correcta? ¿Cómo lo sabremos?

Rune sonrió.

—Es del color favorito del Oso. Pero solo la alcanzarás si vas lo bastante rápido.

Miró la cascada mientras procesaba las palabras.

—¿Tenemos que saltar? —El mago se quitó el cinturón—. ¿Rune?

Sacó del saco cinco de los orbes, las ampollas de aliento, y los ató al cinturón. Luego, se lo tendió.

—Tú tienes que saltar.

Mila lo miró sin comprender.

—¿Es que no vienes?

No la miraba.

—Rune, ¿por qué no vienes?

—Porque hay algo que tengo que hacer aquí —dijo y por fin la miró a los ojos. Estaba serio y muy apenado—. No sé explicarlo, pero tienes que seguir sola.

—No estará sola —dijo Pípa y le dio la mano a su hermana, pero esta la apartó sin dejar de mirar al mago.

—¿Qué tienes que hacer?

Rune se adelantó y le ató el cinturón a la cintura. Mila le observó las manos mientras se lo abrochaba y lo escuchó:

—Confía en mí, Mila. Escúchame bien, aquí está todo lo que necesitas. Cuando entres en la cascada, usa las ampollas de aliento. Luego, cuando llegues a Thule…

La voz de Rune le llegaba distorsionada debido al zumbido que tenía en los oídos. No quería hacerlo sin él. No sabía cómo hacerlo sin él.

Mientras le describía lo que encontraría en Thule —cosas extrañas y terribles—, le entraron ganas de chillar, de gritarle y sacudirlo hasta que aceptase no dejar que se enfrentasen a aquello solas.

—¿Lo has entendido? —Estaba muy cerca de ella y seguía oliendo a humo de manzanas y a hierbas. Le tomó las manos con cuidado—. Repítemelo.

Pero en ese momento sintió un calor en la cadera y ahogó un grito. Se alejó del mago y se metió la mano en el bolsillo de la capa. Los cordeles estaban calientes, igual que cuando se acercaron al muchacho congelado, como con los lobos y el águila. También eran flexibles y sacó uno. Brillaba.

Rune y Mila se miraron a los ojos con miedo. Entonces, Pípa se acercó a los escalones de piedra con los ojos abiertos de par en par.

—¡Sanna!

21. La caída

Mila se dio la vuelta, segura de que Pípa se había equivocado o de que veía visiones. Pero allí estaba, subiendo el último escalón de piedra, con su vestido azul y su capa de piel enganchada con el broche de Geir: su hermana mayor. Se incorporó y miró directamente a Mila. Su expresión le recordó a una tormenta eléctrica.

—¡Sanna! —volvió a gritar Pípa.

Mila retrocedió un paso mientras la pequeña corría a aferrarse a las faldas de su hermana. Sanna no le devolvió el abrazo, se quedó quieta, inescrutable, mirando a Mila, que se inquietó.

—Por fin os encontramos. —En la voz de su hermana no había emoción alguna. Era homogénea y solemne como una piedra de río.

—¿Encontramos? —Pípa frunció el ceño.

Un segundo después, otra figura llegó a la plataforma y Mila se encontró con el severo rostro de la jarl.

—Hola, Rune —dijo Bretta—. Bonita persecución la que has montado.

—No he montado nada —replicó Rune—. No os pedimos que nos siguierais.

—Como jarl, ¿qué alternativa tenía cuando descubrí que dos de mis pupilas más jóvenes habían desaparecido acompañadas del más peligroso?

—¡No es peligroso! —protestó Pípa.

—No dejaste ni una carta, Mila —la acusó Sanna—. Ni siquiera el anillo, como hizo Oskar. Hasta eso te llevaste.

—Yo me lo llevé —dijo Pípa y levantó el pulgar—. Es tan mío como tuyo.

—No me quedó más remedio que irme —dijo Mila, suplicante—. No te creías que a Oskar lo habían secuestrado.

—¡Porque no ha sido así! —Sanna hinchó el pecho—. Se ha ido, Mila. Se fue porque no soportaba su vida con nosotras. Una vida que complicas bastante…

Bretta levantó el brazo y Sanna se calló, como si la hubiera abofeteado.

—Has preocupado a tu hermana casi hasta matarla. —Había un dejo de amenaza en la voz de la mujer y Mila sintió que se le ponía la piel de gallina, como si se hubiera sumergido en un baño helado.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —preguntó Rune con suspicacia—. ¿Cómo nos habéis alcanzado?

—Hemos viajado día y noche. Bretta entendió lo importante que era para mí encontraros lo antes posible. —La voz de Sanna tenía un tono reverencial que a Mila le provocó un escalofrío.

—¿Cómo lo han soportado los perros, Bretta?

—No eres el único que sabe de hierbas, mago. —La jarl tenía una expresión casi lobuna.

Se acercó con el cuerpo en tensión, pero cuando se dio cuenta de que Mila la observaba, se relajó y dejó caer los hombros.

—Ven, niña. Aléjate del mago.

—Es nuestro amigo —dijo Mila.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó Sanna—. ¿No decías que no querías irte nunca del bosque?

—Tenía que seguir a Oskar.

—¿Está aquí? ¿En Bovnik?

—No. —Mila dudó—. Está más al norte. En Thule. Mira.

Señaló al horizonte, pero las nubes habían cubierto las estrellas y ahora el mar estaba oscuro y tranquilo. El silencio que se formó era digno de un funeral.

Bretta soltó una risotada demasiado alta.

—¿Thule?

Mila la ignoró y se dirigió solo a Sanna para intentar que lo comprendiera.

—Sé que parece una locura…

—Lo que parece es que alguien ha estado contando cuentos. —El tono peligroso volvió a la voz de la jarl, que miró fijamente detrás de Mila. A Rune—. ¿Con qué tonterías has llenado la cabeza a estas niñas, mago?

—No son tonterías —dijo Rune—. El Oso se los ha llevado a Thule, pero no es demasiado tarde para recuperarlos.

—Cállate —espetó Bretta—. ¿Por qué deberíamos creerte? Debí arrojarte al frío hace mucho.

—Es la verdad —insistió el mago—. Mila lo ha visto tal como es.

—Es cierto —confirmó—. Te lo dije, Sanna: no se hundía en la nieve. Cuando pronunció mi nombre, me dolió la cabeza.

—¿Por qué siempre supones que eres especial? —escupió Sanna—. Es patético que te creas todo lo que te ha contado este chico solo porque

te ha dicho que eres la única esperanza de Oskar.

—Basta —siseó Bretta—. Vais a volver a casa. Ahora, vamos. —Agarró a Mila por la muñeca con fuerza.

—¡Stavgar no es mi casa!

—Perdéis el tiempo.

—¿No quieres que vuelvan los jóvenes?

Bretta se rio a carcajadas mientras arrastraba a Mila hacia los escalones de piedra. La muchacha intentó soltarse, pero era como luchar contra la corriente. Entonces, Rune se acercó e intentó separarlas.

—¡Suéltala!

Bretta lo empujó y el mago se agarró a su capa para estabilizarse. Se rasgó un poco y, debajo de ella, algo brilló.

La mujer se apresuró a recolocarla, pero era demasiado tarde. Mila ya había visto lo que llevaba atado a la cintura.

Un cordel dorado.

—También te tiene. —La voz de Rune pareció hacer que el viento amainara.

Mila los miró a ambos y se sacó los dos trozos de cordel brillantes de la capa. La jarl frunció el ceño y le tembló la mandíbula, luego se rio con un sonido antinatural.

—¿Qué?

Rune adoptó una postura más firme y habló con un tono más claro.

—Has hecho un trato con el Oso.

Mila tiró del desgarrón de la capa de Bretta y dejó sus brazos al descubierto. El cordel los rodeaba desde la muñeca hasta el codo, atado con tanta fuerza que tenía la piel hinchada en los huecos. Brillaba con el mismo extraño fulgor que el trozo que tenía en la mano.

—¿Qué decís de un pacto con un oso? —preguntó Sanna, escéptica.

Rune la ignoró sin apartar la vista de Bretta. El cuello de la mujer se tensó cuando apretó la mandíbula y rechinó los dientes.

—Ven aquí, Pípa —dijo Mila, asustada, y la niña se acercó a ella.

La empujó detrás de sí para alejarla de la jarl todo lo posible.

—Así supiste dónde encontrarnos —dijo el mago—. Así nos habéis alcanzado. Igual que el muchacho, los lobos y el águila.

Mila se sintió como en el ojo de una tormenta. Todo se ralentizó y solo oía cómo le zumbaban los oídos por la sangre que le circulaba a toda velocidad a través del cuerpo. Volvió a mirar el cordel.

—¿Qué es eso? —preguntó Sanna.

Bretta miró la mano de Mila y la niña habría jurado que le brillaron los ojos, como los de los lobos. Se apresuró a engancharse los cordeles al cinturón mientras Rune se colocaba entre la jarl y ella. Habló en voz baja y con un tono tranquilizador, igual que haría con un animal herido.

—Sé que no tenías elección. Pero ahora puedes resistirte. Deja que te ayude.

Bretta aulló y, de repente, echó a correr hacia delante, directamente hacia Rune. El mago la esquivó y apartó a Mila de en medio, pero llegó demasiado tarde para salvarlas a todas.

Con el empujón, la mujer lanzó a Pípa al borde de la cascada.

Sanna gritó:

—¡Pípa!

Mila corrió y se lanzó boca abajo. Intentó, sin éxito, agarrar a las dos figuras que cada vez se inclinaban más hacia la grieta. Pípa debía de haberse defendido porque, de pronto, Bretta la soltó y cayó por la resbaladiza y helada roca.

Un segundo después, Pípa se sumergió en las agitadas aguas.

Mila sintió un miedo terrible que la oprimió como una serpiente de afilados dientes, pero no dejó que la dominase, y lo aprovechó para hacerse fuerte. Ignoró los gritos de Rune y de su hermana y se puso en pie, tambaleante.

Miró la cascada. El rugido negro y la neblina helada. La imposible caída hacia el hielo.

Y saltó.

Parte 3

Thule

22. La corriente de oro

Mila siempre había sabido que no era valiente. Nunca había acompañado a Oskar, a Sanna y a papá a romper el hielo del río para pescar. Se tumbaban sobre él, lo aplastaban con rocas en los puntos más débiles y se reían cuando se resquebrajaba como una telaraña, mientras ella les gritaba desde la orilla que tuvieran cuidado. Ya no trepaba por los árboles. Prefería mantenerse lejos del peligro y escuchar las aventuras de los labios de otros. Incluso ahora, mientras sentía cómo su cuerpo volaba y caía, no quiso mirar. Cerró los ojos con fuerza, recordó cómo Bretta había caído en picado y supo que iba a morir.

A lo lejos, le pareció oír a Sanna gritar su nombre, pero la fuerza del viento y la presión del agua ahogaron cualquier otro sonido. Sintió que se le empapaba la ropa mientras caía. La capa se volvió pesada y el viento le abofeteó las mejillas y le arrancó el gorro.

No habría podido abrir los ojos aunque hubiera querido. Se le habían quedado pegados por las lágrimas y el frío y la fuerza de la caída lo nublaba todo, incluso detrás de los párpados. Se sintió como si su estómago se hubiera quedado arriba, en la plataforma, al saltar.

Deseó haber empezado a contar para tener una idea de lo cerca que estaba del fondo, pero, en cuanto lo pensó, el agua helada le atrapó los pies. Fue consciente de que había contenido el aliento durante toda la caída. Aunque sobreviviera al impacto, no aguantaría mucho tiempo sin aire bajo el hielo.

Inhaló con todas sus fuerzas y, al segundo, se sumergió. Fue como una bofetada. El cerebro se le estuvo a punto de congelar y el agua se le filtró por la capa tan rápido que hubiera dado lo mismo si hubiera estado en ropa interior. No vio ni rastro de la corriente que Rune le había prometido, solo sintió una terrible presión en la espalda y los

hombros. Se obligó a abrir los ojos. El agua helada se le clavó en las pupilas, como si le atravesaran las sienes con una aguja afilada mientras trataba de ver algo y buscaba a Pípa en la oscuridad.

El pánico la invadió, espeso y oscuro como el aceite. La capa le aprisionaba los brazos y las piernas y se sacudió para librarse de ella, con la esperanza de poder enfrentarse a la presión de la cascada, pero fue inútil. Le dolían los pulmones y veía puntos brillantes en la oscuridad. Iba a ahogarse. ¿Dónde estaba Pípa? Aunque la pequeña de las hermanas nadaba mejor que Mila, dudaba que su pequeño cuerpo pudiera resistirse a la fuerza del agua, que la habría arrastrado hasta el fondo.

«¡Allí!».

Más adelante, en las oscuras aguas, distinguió una figura pálida. Nadaron una hacia la otra y, de pronto, Pípa le dio la mano mientras con la otra buscaba algo en su cintura.

«¡Pues claro!». Casi se había olvidado de lo primero que Rune le había dado. Desenganchó dos orbes del cinturón y le dio uno a su hermana. Se los llevaron a la boca al mismo tiempo.

Mila lo apretó con los dientes hasta romperlo, como la piel de una baya; lo que salió no fue la pulpa de un fruto ni líquido, sino aire. Aire con sabor a musgo húmedo y rocío. Como el de casa antes del invierno.

Lo absorbió y el efecto fue inmediato. Aunque seguía mareada, las explosiones de luz se convirtieron en estrellas lejanas. Pípa señaló hacia abajo. Ahora Mila tenía los ojos bien abiertos y el cuerpo tan entumecido que el agua casi le parecía caliente. Sabía que ese era el momento en que el frío era más peligroso, cuando una dejaba de sentirlo. Algo brillaba donde señalaba Pípa.

Un hilo de luz, verde, dorado y brillante como el fuego celeste, se entretejía con el agua del fondo, juguetón como una nutria. Pero otras luces se le unieron. Las estrellas de su vista volvieron a crecer como explosiones, y sus pulmones estaban desesperados por respirar. Tendría que tomar aire. No era una elección. Era un impulso más fuerte que nada, incluso más que la vida misma. Hasta su cerebro necesitado de aire comprendió que no lo lograría.

Pípa le acercó otro orbe y Mila lo chupó, esta vez despacio para que el aire se disolviera lentamente por la piel en su boca y le brindara un aliento más largo.

Ya casi habían llegado a la corriente brillante, dorada como una costura que atravesaba el agua negra como una piedra mojada. Se agarraron con fuerza de las manos mientras dejaban que el agua las empujara hasta el fondo.

Por fin, Mila rozó con las yemas de los dedos la corriente dorada y…

La arrastró hacia adelante, como si la hubiera atrapado un gancho o la punta de un tornado, y la arrancó de la mano de Pípa. Un momento después, sintió el tacto de su hermana en el tobillo.

El hilo dorado era una corriente de agua que fluía a toda velocidad y que se la tragó entera. Se le destaparon los oídos mientras se precipitaba por ella, esforzándose en lo posible por mantener los ojos abiertos, aunque apenas lo conseguía. No distinguía nada más allá del resplandor verde y dorado que la rodeaba. La mano de Pípa parecía la única cosa sólida en el mundo.

En algún lugar debía de haber rocas, pero no chocaron con nada, solo salieron disparadas hacia delante. ¿Eso era agua? Parecía viento; un

viento que las envolvía como un capullo. Tal vez en algún punto por encima de ellas estuviera el río y, sobre este, el hielo. Más arriba, el tramo del barranco y, por último, el gigantesco cielo lleno de estrellas.

De pronto, Mila recordó cuando Rune puso una mano sobre la otra y le explicó que los reinos se superponían como las escamas de los peces. Quizá se estuvieran deslizando de un reino a otro. No parecía posible que un cuerpo pudiera viajar tan rápido, así que tal vez no era eso. Quizá había salido de sí misma y su espíritu era el que ahora viajaba por la luz dorada, de camino al otro mundo.

El orbe de aire se disolvió del todo y le dejó solo el sabor a bosque naciente. Mila trató de hacerlo durar, pero el corazón le latía demasiado rápido y el miedo devoraba el aire como lo haría el fuego, vaciándolo de su boca.

Justo cuando las estrellas volvían a perforarle la vista y la oscuridad comenzaba a tragarse los extremos de su campo de visión, la corriente dorada las escupió.

La luz pasó de brillar a deslumbrar. Cerró los ojos de nuevo al sentir que caía. Aterrizó con fuerza sobre la espalda y expulsó el aire que acababa de recuperar hacía solo unos segundos. Sin aliento, jadeó y se retorció. Debajo del guante, el suelo era elástico como el musgo y, cuando por fin abrió los ojos, descubrió que era exactamente eso. Se puso en pie y volvió a llenar sus pulmones despacio. Parpadeó mientras Pípa aterrizaba con un golpe seco a su lado.

—Ha sido peor de lo que imaginaba —protestó Mila y se masajeó el cuello—. Y me había imaginado algo terrible.

—Al menos Rune nos dio esas… —Pípa tosió—. ¿Cómo se llamaban?

—Ampollas de aliento.

A Mila le dolía todo; era un dolor penetrante que le nacía en la espalda y le atravesaba el pecho, bajaba por las piernas y le palpitaba en la parte trasera de la cabeza. Además, sentía otro dolor diferente: Rune las había abandonado.

Si no fuera por el dolor, habría creído que su cuerpo se había quedado atrás, en el fuego submarino. Se sentía como si hubiera cruzado a la otra vida, porque papá siempre decía que sería así: como volver a casa. Y así se sentía: como si estuviera de nuevo en casa, en el bosque.

Solo que no había nieve, ni hielo. Los árboles de hojas verdes se extendían sobre ellas. Recordó la voz de Rune. «Tenemos que encontrar la manera de ir más allá del invierno».

—¿Esto es…? —preguntó Pípa, maravillada.

Mila tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—La primavera.

23. La brújula

Mila había olvidado que el suelo podía ser así, y que el mundo podía ser tan verde. Estaban en un bosque de abedules y, excepto por la ausencia de un árbol corazón, era igual que el que solía visitar con su familia hace muchos años. Acarició el musgo y recordó la sensación de hundir los pies descalzos en él, a su madre dándole la mano…

No había ni rastro del río que las había arrastrado, solo un chorro de agua que salía de un hueco entre un pequeño macizo de rocas, situado donde debería haber estado el árbol corazón. Era imposible que hubieran salido de allí. ¿Dónde estaba Bovnik? Todo lo que veían sobre sus cabezas eran árboles. Más arriba, el cielo azul estaba lleno de luz, pero el sol no se veía. Era primavera, pero de algún modo estaba mal. No era natural.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —preguntó Pípa mientras miraba las colinas. Su voz le sonó hueca porque tenía los oídos taponados.

Pero mientras observaba, los bordes del agua se ondularon, como si fueran un reflejo en un lago que agitaba el viento. Pípa frunció el ceño y le tiró del brazo para que retrocediera. Se apartaron justo a tiempo.

Un instante después, un cuerpo cayó sobre el musgo frente a ellas, con el pelo negro como el de un cuervo y pegado a las mejillas. Mila jadeó y se acercó.

—¿Cómo ha…? —empezó Pípa, pero Mila no apartó la mirada de su hermana mayor. Ni siquiera su pecho se movía. No respiraba.

—¡Sanna!

Le apartó el pelo de la boca. Estaba pálida y tenía los ojos medio cerrados. Se le revolvió el estómago al acercar la oreja a su pecho. Un leve latido palpitaba bajo las costillas de su hermana y Mila recordó los huesos de ballena, que eran lo bastante grandes como para albergar una ciudad.

—¡Las ampollas! —exclamó Pípa y la sacó del ataque de pánico.

Su hermana pequeña buscó el último orbe en el cinturón. Le abrió la boca a Sanna y se lo metió dentro. Mila mantuvo la oreja pegada al abrigo de invierno empapado de su hermana mientras rezaba para que el murmullo se convirtiera en un tamborileo.

—Vamos, San —murmuró Pípa y, como si la hubiera oído, el cuerpo de su hermana se estremeció.

Entonces, Mila la levantó por los hombros y la colocó de lado. Expulsó todo el agua que tenía en los pulmones, casi un río entero.

Le frotó entre los omóplatos y sintió sus latidos bajo la palma de la mano. Cuando Sanna dejó de vomitar, Pípa se lanzó sobre sus hermanas. Rodeó a ambas con sus bracitos y las apretó tan fuerte que Mila creyó que sería la siguiente en tener problemas para respirar.

—Pípa, nos haces daño —masculló Sanna y la niña las soltó—. ¿Qué acaba de pasar? El agua… era dorada. —Tenía la voz ronca—. ¿Dónde estamos? —Se incorporó con cuidado—. Los árboles… ¡tienen hojas!

—Thule —dijo Mila—. Donde el Oso se llevó a Oskar.

Sanna arqueó las cejas. Mila la imitó.

—Mira a tu alrededor. Es primavera.

Las tres lo hicieron. Junto a una mezcla de asombro y miedo, Mila sintió el burbujeo de la ira en el vientre. El Oso se había llevado la primavera del bosque y la había dejado allí. Los había condenado a un invierno eterno y les había robado a su hermano. ¿Por qué? ¿Para qué?

Sanna levantó los brazos. Mila se estremeció, pero en lugar de empujarla o pellizcarla, su hermana mayor la abrazó casi con tanta fuerza como Pípa. Mila se acurrucó entre sus brazos y respiró su olor mezclado con el frío del río mientras escuchaba su respiración, que le pareció el sonido más bonito del mundo.

Intentó escuchar otros sonidos, pero no encontró ninguno. El bosque estaba sumido en un silencio sepulcral. Sintió un cosquilleo de terror en la columna. Se alejó despacio y miró a su alrededor.

—Tenemos que ponernos en marcha.

—¿Cómo sabes a dónde ir? —preguntó Sanna.

—Igual que siempre —respondió Pípa, muy segura—. Al norte.

—¿Y eso está…?

Mila parpadeó. No había sol y, de todos modos, no sabía si el tiempo funcionaba de la misma manera en Thule.

—Podemos hacer una brújula, como nos enseñó papá.

Sanna la miró, sorprendida.

—¿Te acuerdas de eso?

—No era tan pequeña —aclaró Mila y vació la bolsa que Rune le había dado.

Había tres frascos de azufre y pequeños cuencos de bayas de fuego y raíz de luna.

—¿Qué es eso?

—Rune nos lo dio —respondió Mila y el nombre del mago se le atascó en la garganta—. Podemos usar esto para el agua. —Volcó la raíz de luna y sostuvo el cuenco vacío—. Pípa, ¿lo puedes llenar?

La niña se acercó al chorrito de agua del pozo mientras Mila rebuscaba entre los frascos y los cuencos.

—No hay agujas ni nada de metal.

Sanna, que había estado observando, se frotó la cara.

—Una aguja, sí… —Bajó la mirada a su empapado vestido—. Tengo esto.

Tocó con cariño el broche de Geir y se lo quitó. La capa cayó al suelo.

Mila dudó.

—Tendré que romperlo.

Sanna tragó saliva y apretó la mandíbula. Retorció el broche y lo partió. Se lo entregó a Mila con una leve sonrisa, aunque los ojos le brillaban.

—Si llevas razón, podrá hacerme otro.

Mila lo aceptó con delicadeza y presionó la aguja en el borde de piel de la capa caída de Sanna con largos golpes, como si intentara secarla. «Uno, dos, tres…».

Pípa le llevó el cuenco de agua y lo dejó sobre la superficie musgosa.

—¿Qué haces?

—Calla, Pípa —la regañó Sanna—. Harás que pierda la cuenta.

Una vez Mila llegó a cien, depositó con cuidado el broche en el agua.

Flotó en la superficie y, muy despacio, empezó a girar de manera extraña, una y otra vez, hasta que por fin se quedó quieto. Mila lo observó con los ojos entrecerrados y luego miró hacia la dirección que indicaba, detrás de donde Pípa estaba sentada.

—El norte está por allí.

—¿Cómo…? —quiso preguntar Pípa.

—Corrientes —la interrumpió Mila mientras quitaba la aguja y vaciaba el agua.

Sanna recogió el broche roto y le pidió a su hermana con un gesto que lo guardase en la bolsa.

—¿Corrientes?

—Como el fuego celeste —explicó Sanna.

Pípa frunció el ceño.

—¿Las luces del norte?

—Exacto —dijo Sanna y ayudó a Mila a recoger los frascos esparcidos —. ¿Recuerdas cómo bailan? Es más bien una lucha entre la luz del sol y el aire. Las corrientes los hacen chocar. La aguja se siente atraída hacia el norte por las mismas corrientes.

—No sabía que funcionaba así —dijo Mila y puso la mano sobre la de Sanna. Era consciente de lo mucho que el broche significaba para ella —. Papá decía que era magia.

—Lo es, en cierto modo. —Se levantó y se escurrió el pelo—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

24. El bosque familiar

Sentaba bien caminar, pero pasar de un invierno intenso al calor de la primavera era un cambio difícil. Mila se quitó la ropa y se quedó solo con el vestido de invierno. Las tres se quitaron los calcetines de lana. Las botas forradas de piel hacían que los pies le picaran, pero al menos ya no estaban tan calientes.

—Ahora tienes que creernos, Sanna —dijo Mila mientras Pípa se subía a los árboles y saltaba al suelo, riéndose de las hojas que caían con ella—. ¿Lo de Thule y el Oso? ¿Ahora que estamos aquí?

—No me queda más remedio, ¿no es cierto? He cruzado el río dorado igual que tú.

—¿Crees que a Oskar se lo llevaron? —presionó Mila.

—No lo sé. —El gesto de Sanna se volvió sombrío y triste—. ¿Una isla con una primavera eterna? A lo mejor quería venir.

—¿Por qué sigues pensando lo peor?

—¡Porque sí! —exclamó—. Por ma… —Se calló y miró de reojo a Pípa, que estaba escalando un roble—. Por papá. La gente se marcha.

—Mamá no tuvo elección —dijo Mila—. Y papá…

—Sí —la cortó Sanna con frialdad—. La gente no siempre es feliz con sus vidas mundanas. A lo mejor no éramos suficiente para Oskar.

—Él no creía que su vida fuera mundana —rebatió Mila—. Que tú nos odies no…

—No nos odia —intervino Pípa, que acababa de caer a su lado cuando pasaron bajo el roble—. ¿Verdad que no?

—Claro que no. Solo desearía… —Se quedó callada y Mila escuchó cómo sus pies y sus faldas crujían sobre el suelo de musgo; era lo único que perturbaba la quietud del bosque—. Viajar —dijo al fin—. Cuando os perseguía estaba furiosa y, a la vez, muy preocupada. Aun así, ¿no te fijaste? El mundo es enorme y está lleno de maravillas.

—Nuestro hogar también —espetó Mila.

A Sanna le brillaba la cara con emoción.

—Las montañas, el atardecer. Nunca había visto un atardecer que cubriese todo el horizonte. Siempre me lo tapaban los árboles. El mundo es muy grande y vivimos en un rincón muy pequeño de él.

A Mila no se le ocurrió nada que decir. Caminaron en silencio entre los interminables árboles.

—¿Cuánto queda? —se quejó Pípa al cabo de un rato.

—No lo sé, Pípa, nunca había estado en una isla con una primavera

eterna, ¿y tú? —bromeó Sanna.

Se encajó la falda entre las piernas y la ató para formar unos pantalones holgados. No iba muy elegante, con el pelo negro como el de un cuervo, ahora seco y echado hacia atrás, pero Mila nunca se lo diría. Se pasó una mano por sus propios rizos y sus dedos se engancharon con un nudo del tamaño de un huevo.

Sintió una desagradable sensación de desvelo, como si sus párpados se obligaran a mantenerse abiertos, sujetos por cerillas, y la piel le hormigueara con el zumbido de insectos. Rune le había informado un poco sobre lo que debía esperarse encontrar, pero aun así sabía que nada era seguro.

Mantenía la mirada fija en el musgo por el que caminaban y los picores que le provocaba el vestido se convirtieron en una distracción agradable de sus pensamientos.

—¡Allí! —gritó de repente Pípa, que señalaba.

Sanna jadeó. Mila levantó la cabeza. Parpadeó varias veces para estar segura de lo que veía. ¿Era una de las cosas extrañas de las que Rune les había hablado en la plataforma? ¿Qué más de lo que había descrito encontrarían?

Una colina desnuda se elevaba en el centro de un campo cubierto de flores silvestres, moradas, rojas y azules, que ondulaban como el trigo en la brisa. Eran las flores que antes florecían alrededor del árbol corazón en primavera, pero ahí se habían hecho tan gruesas y altas que Mila se convenció de que eran mágicas. La colina parecía una isla, abandonada en un tranquilo mar de colores. Brillaba blanca como el mármol.

—¿Qué es eso? —preguntó Sanna.

—La cueva del Oso —murmuró Mila.

—¿Oskar está ahí?

Mila asintió con tristeza. Cayó en la cuenta de que, hasta ese momento, se había olvidado del miedo. Caminar por el bosque había sido reconfortante, como estar en casa, a pesar de que en el bosque de Eldbjørn los árboles estaban cubiertos de nieve y el río, atrapado bajo una gruesa capa de hielo. Allí, al pasear por el bosque primaveral, era fácil olvidar que la isla no salía en ningún mapa. Entonces, miró atrás y tuvo la sensación de que los árboles las acechaban.

—Vamos —dijo, y se alejó de la línea del bosque para adentrarse en el campo de flores silvestres. Sus hermanas la siguieron.

Desde el bosque, la cueva no parecía estar a más de medio kilómetro de los árboles, pero cada vez que Mila se ponía de puntillas para ver por encima de la hierba y las flores, era como si se alejara un poco más, como una nube que flotaba perezosa en el aire. El aroma de las flores silvestres era abrumador y lo único que le apetecía era tumbarse entre las susurrantes plantas y dormir. Se imaginó a Oskar acercándose a la cueva. ¿Habría tenido miedo o el hechizo del Oso era tan profundo que no habría sentido ni visto nada? No sabía qué era peor: si el terror o el olvido.

Por fin, la cueva se asomó sobre ellas y sintió vértigo por miedo a que fuera a derrumbarse y a aplastarlas. Se estremeció y trató de calmarse; el corazón se le revolvía en el pecho como un pájaro enjaulado.

Las flores crecían hasta una línea de piedras negras planas, más allá de las cuales había un sendero de grava y la entrada a la cueva. Mila se

detuvo en el límite. Tal vez las piedras se convertirían en miles de cangrejos y las cortarían en pedazos o el camino las absorbería como si se hundieran en arenas movedizas.

Pípa no tenía esas preocupaciones. Cruzó la línea como si nada.

—Vamos —dijo impaciente.

Mila y Sanna la siguieron. De cerca, la pared de la cueva la deslumbró y Mila entrecerró los ojos. Parecía suave e impenetrable, sin ninguna debilidad.

—¿Cómo pasamos? —preguntó Sanna.

Mila recorrió la distancia que las separaba de la pared y, tras un momento de vacilación, extendió la mano y la colocó con cuidado sobre la roca. Tenía la extraña sensación de que si presionaba lo suficiente, la empujaría hasta el fondo. Como con la masa de harina.

¿Qué le había dicho Rune cuando lo había conocido? Aquello de tocar con algo más que con los dedos y mirar con algo más que con los ojos…

—Venid —llamó a sus hermanas—. Tenemos que seguir adelante.

Sanna bufó.

—Eso es imposible.

—¿Acaso no lo es todo esto? —rebatió Mila.

Le palpitaba la cabeza y le dolían las piernas. Se le escapaba el tiempo de entre las manos. A Oskar se le acababa el tiempo, pero no iba a morir. Lo que Rune le había contado era casi peor.

Se obligó a hablar con calma.

—Por favor, Sanna. Trata de ver. Trata de sentir. No es roca. Mira.

Mila cerró los ojos y respiró nerviosa, recordando las palabras de Rune: «En el mundo hay cosas que hay que mirar con algo más que con los ojos, escuchar con algo más que con los oídos y tocar con algo más que con los dedos».

Había visto al Oso caminar sobre nieve blanda y no hundirse. Había visto al muchacho atrapado por el hielo, a los lobos, al águila y a la jarl atacarlos. Había visto la cara de su hermano convertirse en la de otro.

Lo había visto todo y ahora sabía que podía ver la pared, por lo que era de verdad. Al tocarla, parecía masa blanca, y en masa se convertiría.

Mila presionó despacio. Se imaginó en la cocina con Sanna, contemplando cómo metía los dedos en el saco de harina y los sacaba con una floritura, y esparcía el fino polvo sobre la madera de la mesa en la que habían tallado sus nombres verdaderos en la parte blanda de debajo. Sostenía una taza de nieve recién derretida y su hermana añadía otro puñado de harina en la mesa empolvada, la tamizaba con los dedos y formaba un montículo. Hacía un hueco con el pulgar y

asentía, luego Mila vertía el agua en el hueco, poco a poco, haciendo una pausa para que Sanna la mezclara con la harina.

—¿Qué haces?

La voz de Pípa fue como un grito que perturbó la tranquilidad de la cocina mental de Mila, pero Sanna la hizo callar y pronto regresó allí. Observó a la harina y el agua hacer su pequeña alquimia. Cuando se formara la masa, el trabajo de Mila sería dejarla junto al fuego para que se hinchara y se imaginó que se agachaba para presionarla con la palma de la mano. La masa estaba caliente y espolvoreada de harina, firme pero no sólida. Empujó un poco más fuerte y sintió cómo cedía y le cubría la mano, y se le colaba entre los dedos.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Sanna, maravillada, y Mila, con cuidado de no perder la sensación de la masa, abrió los ojos.

Su mano se había incrustado en la pared.

Se le aceleró el corazón y se tragó el pánico que sintió por lo extraño de la situación. Veía lo que sentía: la pared era menos sólida, el mármol se había convertido en brillantes cristales de hielo concentrados en una nube y ella los había atravesado.

—¿Cómo…?

—¡Calla, Pípa!

Trató de ignorar a sus hermanas y se concentró en el movimiento de la mano. La hundió más hasta que ya no se le veía la muñeca. Respiró más tranquila y levantó la otra mano para empujar hasta llegar al

codo y tocar con la nariz… ¿qué era?

Se detuvo. Respiraba tan cerca de la pared que se formó un pequeño hueco con el calor de su aliento y la derritió. El agua le corrió por los brazos.

—¿Es nieve?

Esa vez, Pípa hizo callar a Sanna y Mila vio, y sintió, que era eso exactamente. Era un enorme montón de nieve, apilado con la forma de una colina. No tenía sentido: el cielo azul todavía brillaba con la luz sin sol y, tras ellas, el campo de flores agitaba sus cabezas perezosas. Pero tenía los brazos hundidos en la nieve, hasta los hombros, y le ardían por el frío.

—¿Has pasado al otro lado?

Mila negó con la cabeza. La pared era más gruesa que la longitud de su brazo.

—¿Qué hago? —preguntó con un hilo de voz y Sanna se puso a su lado.

—Empujaremos juntas. Corre y no dejes de correr. Sea lo que sea que haya.

Mila sintió una punzada de esperanza en el pecho. Por fin, Sanna estaba de su parte.

—¿Listas? —Pípa y Mila asintieron. Era agradable dejar que su hermana mayor les diera órdenes—. ¡Tres, dos, uno!

Mila dio el paso que la llevaría a la nieve. Las voces de sus hermanas desaparecieron, amortiguadas por el silencio. Fue como volver a la avalancha, pero esta vez tenía tierra firme bajo los pies.

Usando los brazos como remos, separó la nieve compacta y avanzó mientras ignoraba los crujidos que indicaban que el equilibro de la pared se tambaleaba sobre sus cabezas. Era extraño lo mucho que se parecía al sonidos de la madera en un fuego.

Después de cinco tortuosas zancadas, sus manos dejaron de tocar nieve y encontraron aire. Se inclinó hacia delante, usando los codos para salir, y cayó de bruces en la cueva del Oso.

25. La arboleda de las almas

Dentro estaba oscuro como en el interior de una boca. El agujero que habían hecho se encontraba muy por encima de ellas y dejaba entrar un poco de luz. Por suerte, la pendiente del suelo había amortiguado su caída. Mila oyó a Pípa y a Sanna caer a su lado. Buscó a tientas sus manos y las sujetó con fuerza en la oscuridad. Abrió los ojos todo lo que pudo, aunque le llorasen por el repentino frío de la cueva.

Se arrodilló, todavía aferrada a las manos de sus hermanas, y las arrastró para acercarlas más. No se oía nada aparte de sus respiraciones aceleradas y llenas de miedo. Sentía cómo la oscuridad las engullía. Bajo sus rodillas, había algo que olía como la amarga riqueza de la tierra.

Soltó la mano de Sanna, que dio un gritito de miedo y se agachó para tocar el suelo. Era tierra, pero mezclada con algo. Mila se estremeció cuando su mano recorrió una forma nudosa.

Madera, raíces que se retorcían en el suelo. Notó que Pípa y Sanna también se inclinaban hacia abajo y sintió un repentino calor en el costado. Metió la mano en la capa, aunque ya sabía lo que encontraría.

Los dos trozos de cordel dorado estaban tan calientes como los rayos del sol. Se envolvió los dedos con la capa para sujetarlos.

—¿Qué son? —susurró Sanna, aunque sonó como un grito en aquel silencio absoluto.

Ahora el brillo dorado le iluminaba la cara.

—Son suyos —dijo Mila—. Es lo que usa para atrapar a los chicos.

—¿Por qué los tienes? —siseó su hermana y los miró como si fueran serpientes a punto de atacar.

Mila no tuvo fuerzas para recordar la historia del segundo trozo.

—Los encontré.

—Al menos tenemos luz —comentó Pípa.

Solo había una ruta posible. El túnel se alargaba ante ellas y las raíces, iluminadas por la tenue luz, les mostraban el camino hacia el Oso.

El corazón le latía deprisa y le sudaban las palmas de las manos. Mila dio un paso, luego otro y se detuvo entre cada uno a escuchar. Pero la tierra amortiguaba tan bien las pisadas que, si no hubiera mirado atrás a intervalos regulares para asegurarse de que seguían juntas, se habría sentido sola. La leve luz iluminaba la delgada cara de Pípa, y Sanna caminaba a su lado con las faldas rasgadas y atadas, mordiéndose el labio.

Daba la sensación de que el túnel no se acabaría nunca, pero la luz y el calor de los cordeles de oro eran cada vez más potentes, hasta que, por fin, Mila vio un parpadeo más adelante, como un incendio. Se quedó helada y sus hermanas se pegaron a ella.

—Vamos, Milenka —murmuró Sanna—. Oskar nos espera.

Dejaron que las sombras de las negras paredes las envolvieran y se acercaron a la luz. El suelo se derrumbó de pronto. Sanna levantó un brazo para evitar que Pípa cayera hacia adelante. Ante ellas, había un espacio cavernoso, tan profundo hacia abajo como hacia arriba. En el centro había lo más maravilloso que Mila había visto jamás.

—¿Qué…? —jadeó Sanna.

Mila tragó saliva.

—Su árbol corazón.

Era al menos diez veces más grande que el del bosque de Eldbjørn. Se arqueaba hacia arriba, con una maraña de gruesas raíces en la base y un tronco tan colosal que diez personas con los brazos extendidos no conseguirían rodearlo. De sus enormes ramas crecían hojas tan grandes como velas. Eran de oro, como los cordeles que llevaba en la mano, y brillaban como llamas, más fuerte incluso que las antorchas que había en la sala, aunque ningún sol brillaba sobre él. La luz provenía del interior del mismo árbol.

Mila no encontró ni rastro de la gran silueta del Oso, pero lo que sí vio fue casi peor.

Había decenas, tal vez cientos, de sombras más pequeñas: arbolitos retorcidos con formas extrañas que se arremolinaban alrededor del abedul del centro. Todos estaban atados con cordeles de oro que serpenteaban hasta la base del árbol corazón y desaparecían en la maraña de sus raíces.

Tal vez fuera por el brillo del árbol y de las antorchas, que lo iluminaban todo con un resplandor engañoso, pero creyó que los cordeles latían. Incluso los trozos que tenía en la mano parecían temblar. Se estremeció y se los volvió a guardar en la capa.

—¿A qué esperamos? —apremió Sanna, con un valor renovado—. ¿Dónde está Oskar? Hay que encontrarlo.

Mila se sintió mal al recordar lo que Rune le había explicado en la cima de la cascada en Bovnik. Le había resultado tan imposible que apenas lo había creído. Pero ahora tenía que decirle a su hermana dónde estaba Oskar, o lo que era.

—Está aquí —dijo Pípa con un hilo de voz y levantó un dedo tembloroso—. Es así, ¿verdad, Mila? Es lo que dijo Rune.

Sanna miró con los ojos entrecerrados a donde apuntaba Pípa.

—¿Detrás de los árboles?

Mila negó con la cabeza y se le revolvieron las tripas.

—Son los árboles.

Sanna se quedó tan quieta que podría haberse convertido en hielo. Solo le temblaron los labios.

—¿Quieres decir que…?

Mila le dio la mano. Habló con la voz tan clara y calmada como pudo mientras trataba de recordar las palabras de Rune:

—Los planta para alimentar su árbol corazón. Fíjate, algunos son más chicos que árboles.

Sanna estudió las formas más de cerca. Mila no quiso mirar, pero ya había visto cómo algunos solo se enraizaban en los tobillos con un cordel de oro y se balanceaban como si los meciera la brisa. Otros estaban tan envueltos en corteza que no los habría diferenciado de árboles normales.

—¿Oskar está…? ¿Y si…?

—Por eso Rune tenía tanta prisa —dijo Mila—. Para que llegáramos a tiempo de salvarlo.

Miraron hacia abajo, a la arboleda de chicos-árbol y al árbol corazón arraigado en el centro. Mila quiso llorar al ver las formas atrapadas.

—¿No podemos ayudarlos a todos? —preguntó Pípa, apenada, como si ya conociera la respuesta.

Sanna negó con la cabeza.

—Hemos venido a rescatar a Oskar. No podemos arriesgarnos a que nos vean.

Mila supo lo difícil que le resultaba decir eso: Geir también estaba allí.

—Pues vamos —dijo Pípa.

Antes de que ninguna de las dos la detuviese, corrió hacia los escalones que bajaban a la caverna. Sanna la siguió de cerca y, tras una breve pausa, Mila se armó de valor y descendió.

Algunas de las formas que eran más de chico que de árbol levantaron la vista, pero sus movimientos eran lánguidos, como animales que despiertan de la hibernación. ¿Dónde estaba el Oso? ¿Entre la maraña de raíces? ¿En las brillantes hojas de arriba? La idea de que podría estar observándolas era casi peor que saberlo con certeza.

En la base de los escalones, Mila indicó con gestos a sus hermanas que fueran a la derecha y giró a la izquierda, tratando de no tocar nada. «De no tocar a nadie», se corrigió a sí misma.

La luz resplandeciente del árbol de hojas doradas los teñía de ese color: estatuas vivientes destinadas a decorar la cueva del Oso. Trató de no pensar en ellos como personas, como hermanos o hijos con hogares y vidas que podrían continuar si los ayudaban.

Se sobresaltó cuando sintió una respiración en la mejilla. Un muchacho le habló cerca del oído, con los ojos desenfocados.

—Lo siento… —dijo, pero no la miraba, ni hablaba con ella, sino con algo lejano.

Esperó que, fuera lo que fuera que el Oso hacía para —¿qué le había contado Rune?— mantenerlos encerrados en sí mismos, les permitiera

pensar en cosas felices. Aunque, después de conocerlo, lo dudaba. Retrocedió y chocó con un chico-árbol. Se dio la vuelta y gritó.

26. Los chicos plantados

Era Geir, con el pelo rojizo que parecía cobre por la luz, las mejillas pálidas y la mandíbula colgando. Las manos le caían flácidas a los lados y tenía los pies atados con cordel de oro, hundidos varios centímetros en la tierra.

A Mila se le cerró la garganta. Le tomó la mano, pero la tenía rígida y áspera como la corteza.

—¿Geir?

El chico no se movió ni cambió de expresión, pero su mirada se centró en el rostro de Mila, que tragó saliva y se acercó.

—¿Geir?

Sus ojos eran como dos túneles oscuros que se apagaban más cuanto más la miraba. Buscó en la bolsa de Rune y sacó el broche que le había hecho a Sanna. «Algo que amaba». Le puso las dos piezas delante de la cara, algo dudosa al principio, y luego le colocó el trozo de cuerno de alce en la mano. Los dedos del muchacho se movieron y lo rozaron. Mila contuvo la respiración y lo miró a la cara. Algo cambió.

Mila no sabía lo que era, pero era algo vivo, parecido a la sombra que había visto en la cara de Oskar la noche en que fue secuestrado, solo que, mientras que lo de aquella noche había sido oscuro, esto era luminoso.

Geir volvía a ser él.

La vena de la frente le palpitó y abrió más los ojos a medida que recuperaba la vitalidad.

—¡Ayúdame! —jadeó.

Estaba aterrorizado y muy pálido. Se llenó los pulmones con un grito que Mila hizo lo posible por sofocar.

—¡Calla! —susurró, desesperada y le tapó la boca con la mano—. ¡Calla! ¡Te oirá!

Entonces comprendió que había cometido un terrible error. Le había recordado a Geir quién era y dónde estaba. Este trató, sin éxito, de quitarse la mano de la boca y no se movía con soltura, pero era evidente que la cabeza le daba mil vueltas.

—Geir —dijo, tranquila, como cuando le hablaba a Dusha si estaba asustada—. Tranquilo, Geir. Estoy aquí. Pípa y Sanna también.

Cuando mencionó a Sanna, el muchacho abrió más los ojos. Parecía desolado y lloró con desesperación. Mila siguió hablando, lo más dulcemente que pudo, sin dejar de mirar alrededor por si aparecía el Oso. ¿Sabría si uno de sus prisioneros había despertado?

—Tuve que romper el broche, ¿ves? Sanna se enfadará, así que tengo que devolvérselo al artesano. Puedes arreglarlo, ¿no? Pero tienes que calmarte, Geir. Tienes que prometerme que no harás ningún ruido. ¿Lo entiendes?

Se miraron a los ojos. El muchacho respiró hondo por la nariz y Mila le apartó la mano de la boca.

Se agachó para examinar los nudos del cordel, pero no había ninguno. Se enroscaba de forma continua e infinita de los tobillos a las rodillas. Tendría que cortarlo. Se sacó el cuchillo de Oskar del cinturón. Contuvo el aliento, lo metió debajo del cordel y lo deslizó.

No se rompió. Lo intentó una y otra vez, pero no se partía. Parecía estar hecho de algo más duro que el metal.

—Lo siento, no puedo…

Pero Geir no la escuchaba. Se había quedado de piedra y miraba detrás de ella. Mila se dio la vuelta como un resorte, lista para echar a correr o atacar, pero no era el Oso.

Era Sanna y tenía los ojos anegados en lágrimas. Se acercó tambaleándose y Mila apartó la mirada cuando Geir y su hermana se abrazaron. Después, la miró.

—Lo hemos encontrado —susurró.

Mila sintió una descarga de energía.

—¿Dónde?

Sanna señaló.

—Me quedaré con Geir.

Mila corrió por la arboleda y echó un vistazo al árbol corazón, con la respiración acelerada. Le pareció ver movimiento en las ramas más altas, pero era posible que solo fuera el brillo de las hojas. Más adelante, vio a Pípa, agachada junto a una figura que le resultaba familiar.

Oskar.

Pípa tiraba del cordel y le temblaban los hombros. Mila corrió más rápido y por fin miró a su hermano a la cara.

Estaba delgado y muy pálido. Sus ojos, más negros que marrones, parecían vacíos y perdidos. Pero estaba allí. Estaba vivo. Se quedó sin aliento. Quería abrazarlo y no dejarlo ir nunca.

—¡No se sueltan! —gimió Pípa.

Tenía las manos llenas de ampollas y el cordel dorado se apretaba más cuanto más tiraba de él. Se había quitado el anillo de papá: el aro calentado la había quemado y le había salido una roncha en la base del pulgar.

Mila le apartó las manos doloridas con cariño. Volvió a usar el cuchillo de Oskar para cortar el cordel, pero, de nuevo, no funcionó. Siseó, frustrada, y luego recordó cómo le había cambiado la cara a Geir cuando le había puesto el broche en la mano. «Algo que amaba». Apretó el cuchillo sobre la palma inerte de su hermano.

Los ojos recuperaron su calidez habitual. Reaccionó más despacio que Geir, con menos terror, y formó su nombre con los labios.

—¿Mila?

—Oskar.

Por fin pudo abrazar a su hermano de nuevo, a la sombra de aquel monstruoso árbol en el fin del mundo. Otros bracitos le rodearon la cintura y sintió el cuerpo de Pípa pegado al suyo. El corazón se le tranquilizó cuando Oskar les devolvió el abrazo.

Se soltaron. Seguía pálido, pero los ojos le brillaban anegados en lágrimas.

—¿Cómo…?

—No hay tiempo —lo interrumpió y miró alrededor—. Tenemos que liberarte.

—Te hemos traído el anillo, Oskar —dijo Pípa y se lo tendió mientras Mila se agachaba y trataba de averiguar cómo romper el cordel—. Lo he cuidado por ti.

—Deberías quedártelo.

Pípa se acarició con cuidado el pulgar quemado y miró el anillo con

recelo.

—Deberías dárselo a Mila. A fin de cuentas, es la que nos ha traído hasta aquí.

Mila se sobresaltó cuando Oskar le puso el anillo en el dedo corazón. Ya no tenía la mano tiesa ni muerta y le acarició la mejilla.

La delicadeza le hizo sentir todas las contusiones de su cuerpo: las piernas doloridas, las costillas magulladas, los pies hinchados y las manos quemadas por el cordel. Deseó que la levantara en brazos, como hacía papá, y la llevara a casa.

Pero todavía quedaba mucho por hacer. No habían descubierto cómo romper el cordel. Rune debió de creer que el cuchillo de Oskar bastaría. Si se había equivocado en eso, ¿en qué más habría errado?

Mientras le daba vueltas a esa idea, el roce cariñoso de Oskar se tensó y luego algo la apartó de su agarre. Intentó sujetarla, pero algo la levantó por las axilas, en una forma macabra de cumplir su deseo de hacía unos segundos, como cuando era pequeña y su padre se la subía a los hombros. Pero no había manos que la tocasen. Su hermano la miró aterrado cuando un viento frío la elevó del suelo y le dio la vuelta para que mirase al árbol.

27. Atrapada

De entre la oscuridad de las poderosas raíces del abedul emergió una figura. Era enorme y tenía forma de oso, pero, a su vez, no la tenía. Donde debería haber líneas definidas, algo ondulante rasgaba el aire y se tragaba la luz. Las extremidades le temblaban sin parar, como sombras a las que se les había olvidado cómo mantener la forma. Mila percibió un olor amargo a hojas podridas, espeso y agrio como el humo.

La bilis le subió por la garganta. Quería apartar la vista, pero el viento que la levantaba le impedía cerrar los párpados. Se le destaponaron los oídos cuando oyó su voz, igual que si hubiera vuelto a sumergirse en la corriente dorada de la cascada.

—¿Te atreves a entrar en mi casa sin haber sido invitada para robar mis almas y destruir mi nuevo bosque?

Mila flotaba a la altura de sus ojos, a varios palmos del suelo. La figura se materializó y adquirió la forma de un oso de grueso pelaje y ojos dorados que cargaba un hacha sobre el hombro.

Sintió un chasquido en la garganta, como si le hubiera quitado una soga que la ahogaba y le tembló la voz al hablar.

—Tú viniste a nuestra casa sin ser invitado. Te llevaste a nuestro hermano.

No quería hablar, pero era como si no tuviera elección. Era consciente de sus palabras, pero por algún motivo no las controlaba.

Ahora era del todo sólido, enorme y apestoso como la podredumbre del bosque. Pero, aunque sus patas fueran anchas como troncos de árbol y su cuerpo fuera poderoso como el casco de un barco, se deslizó entre los chicos-árbol con una facilidad similar a la del humo. Parecían temblar e inclinarse cuando pasaba; se encogían como mecidos por un viento feroz. La miró a los ojos con una mirada terrible y salvaje.

—Ah, sí. La pequeña Mila.

Gritó cuando su voz se le clavó en las sienes.

—Me viste sin cordeles.

Mila recordó sus pies sin ataduras, flotando sobre la nieve blanda. Ahora tampoco estaban atados. El cordón debía de contener su magia con la que mantenía su forma humana, igual que ataba la voluntad de los chicos a la suya propia.

—Un grave descuido por mi parte —bramó el Oso—. Pero normalmente las niñas no suponen un peligro, por eso no suelo preocuparme por ellas. —Su cara se retorció con una espantosa sonrisa y enseñó los dientes amarillentos—. Pero no me importa hacer una excepción.

Bajo su cuerpo, vio el destello de un vestido azul rasgado. Intentó dejar de mirar, pero ya era demasiado tarde: los ojos dorados siguieron la dirección de su mirada y el terror la invadió cuando separó las fauces y mostró los dientes rodeados por el oscuro pelaje.

—Casi me olvido de que erais más. ¿Tenemos la colección completa?

Sanna, ¿verdad? —Mila oyó a su hermana gemir de dolor y otra ráfaga de viento frío la sacó de su escondite y la dejó flotando junto a Mila. Trató de alcanzarla para consolarla, pero tenía los brazos pegados a los costados.

—¿Pípa también está aquí?

Mila se quedó sin aliento al combatir el impulso de responder. Silencio.

—¡Pípa! —gritó, pero todo estaba tranquilo. Mila pensó. Tenía que conseguir que siguiera hablando.

—¿Por qué te llevas a los chicos? —preguntó—. ¿Por qué nos enviaste el invierno?

Dejó de buscar por la arboleda y se centró en ella.

—¿Quién te ha dicho que envié el invierno?

De nuevo, la boca de Mila la traicionó.

—¡Rune!

Los ojos dorados brillaron al reconocer el nombre.

—El mago. He oído hablar de él, pero no lo he encontrado.

—¿Y bien? —preguntó, fingiendo más valor del que sentía—. ¿Por qué te los llevaste? ¿Por qué enviaste el invierno? Has arruinado vidas, estás matando mi hogar.

El Oso se alzó sobre las patas traseras, alto como un roble, y rugió. El sonido la hizo temblar y el viento que la mantenía en el aire desapareció. Aterrizó sobre la espalda junto a los pies enraizados de Oskar, que gritó su nombre. Sanna cayó a su lado con un gemido de dolor y se tiró sobre ella para protegerla. Pípa seguía sin aparecer.

El Oso se lanzó hacia delante, apartó a Sanna a un lado con el hombro y se abalanzó sobre Mila. Su horrible rostro era lo único que veía; su aliento apestoso, lo único que olía; y sus palabras, lo único que oía.

—¿Tu hogar? —escupió en un aullido con tanta fuerza que los árboles que los rodeaban temblaron y le apartó el pelo de la cara a Mila—. El bosque de Eldbjørn nunca ha sido tuyo. Era mío. Los humanos no trajeron nada, no plantaron nada y se lo llevaron todo. —Su mirada era salvaje y estaba llena de dolor—. Castigo a los que amenazan ese lugar sagrado.

El corazón le latía a toda velocidad mientras se cernía sobre ella. Se acordó del árbol corazón, muerto y talado en medio del bosque.

El Oso rugió, se apartó de ella y se colocó de nuevo a cuatro patas. La hoja del hacha se dio la vuelta en el arnés, parecía un juguete en contraste con su cuerpo.

—Hace cinco años, un hombre taló mi árbol corazón como si no fuera nada. Intentó matarme, matar al bosque. Así que me llevé lo que pude salvar del árbol corazón a Thule. Lo planté aquí, para que siempre estuviera seguro y creciera fuerte. —Miró el abedul y Mila se mareó

de lo grande que era.

—¿Alguien taló el árbol? —preguntó—. ¿Por qué? ¿Quién?

—No me molesté en preguntar. —Le brillaron los ojos—. Pero lo planté en lo más profundo.

Mila jadeó. Hacia la mitad del tronco, había una forma, más grande que la mayoría de las demás, recubierta de corteza pero todavía reconocible: un hombre fusionado con el enorme árbol y atado por un cordel dorado tan grueso que parecía una mosca atrapada en una telaraña gigante. El dolor en los ojos del Oso se intensificó hasta convertirse en furia.

—Trató de matar al árbol corazón, así que lo convertí en el nuevo corazón del árbol. Mantengo el árbol fuerte con las mismas personas que dañarían el bosque. Lo alimento con las almas y la primavera. Me llevaré a todos los jóvenes de Eldbjørn y lo mantendré sumido en un invierno eterno hasta que todos hayáis muerto u os hayáis ido. Entonces, volveré a mi hogar y devolveré la primavera al bosque.

Se le erizó el pelaje. Apenas controlaba su ira y pronto perdería el control por completo. Se apresuró a decir algo, cualquier cosa, para calmarlo.

—Eso es terrible y cruel —dijo con la voz más tranquilizadora que pudo para ocultar cómo le temblaba—. Pero ¿por qué responder con otro acto igual de terrible y cruel? ¿Por qué castigar a los muchachos por el crimen de un solo hombre?

El Oso la observó. Su mirada era tan cautelosa como la de un zorro atrapado.

—Porque los muchachos se convierten en hombres. Porque sin los hombres, con el tiempo, no quedará nadie en el eterno invierno del bosque. Pronto os habré echado a todos. —Enfatizó las palabras con un fuerte pisotón.

A Mila le castañetearon los dientes y cayó sobre las piernas de Oskar. Se sorprendió al sentirlo detrás, todavía atrapado por las raíces.

—Ahora, Mila, ¿no te había dicho que aquí siempre damos la bienvenida a los visitantes que llegan cansados a nuestras puertas?

El Oso se agachó. Las raíces doradas brillaban bajo sus patas. Las enganchó con el hacha y tiró.

Mila jadeó cuando la raíz se estiró y se alargó como si no fuera madera, sino algo flexible. «Se parece a la savia a medio secar», pensó al recordar el caos del árbol corazón congelado y la savia roja como la sangre de una herida. Siguió estirando hasta que la raíz fue tan alta como él y entonces la cortó en dos pedazos con el hacha.

Se agachó sobre el lugar de donde la había arrancado, que había quedado rasgado y palpitante, y dejó caer una enorme pata encima. Cerró los ojos un momento y se hundió un poco. Pisó la raíz con gentileza, casi con dulzura. Cuando retiró la pata, estaba lisa y se retorcía en un giro impecable hasta el tronco del enorme árbol corazón. La había curado.

La delicadeza desapareció como un chasquido cuando volvió a levantar la vista.

—Será suficiente para las dos —dijo con una sonrisa y un gruñido—.

Mila, Sanna, ataos.

Tiró los cordeles al suelo y, horrorizada al verse obedecer, Mila recogió uno de los trozos. Casi se desencajó el hombro por la premura con que se lanzó a por él. El brazo de Sanna hizo lo mismo mientras las palabras le retumbaban en la cabeza, con tanta fuerza que acallaron sus propios pensamientos. «Ataos. Ataos». Mila trató de resistirse y, a su lado, Sanna también se retorció.

—Ahora, niñas —ordenó la voz del Oso con un tono de advertencia—. Si peleáis, os quebraré las mentes. Moriréis sin saber quiénes sois y olvidaréis que alguna vez os quisieron. Desapareceréis sin recuerdos.

Mila luchó contra sus manos. «Ataos». Su voluntad flaqueó y la voz la dominó.

Entonces, apareció Pípa.

28. El corazón del árbol corazón

Todo pasó en un instante. La forma pequeña y rápida de Pípa saltó desde las sombras de un árbol cercano a la espalda del Oso. Mila la vio aterrizar sobre su hombro. Giró la enorme cabeza y, en ese instante, la voz dejó de retumbar en su cabeza. Sanna tiró el cordel al suelo y le arrancó a Mila el suyo de las manos. El Oso rugió e intentó alcanzar el hacha, pero Pípa era muy rápida. Tanta práctica trepando por los árboles, hasta en las noches más frías del invierno, le habían proporcionado un agarre férreo y se había adueñado del hacha. Saltó de la espalda del Oso y corrió hacia sus hermanas.

—Ven aquí, Pípa —siseó el Oso e intentó atraparla, pero la niña lo esquivó.

No tenía poder sobre ella. «¡Claro! —pensó Mila—. ¡No tiene su nombre verdadero!».

El oso cambió de forma y, poco a poco, se convirtió de nuevo en un espíritu. Cuando lo hiciera, tal vez sería imposible atraparlo. A pesar del pánico, se acordó de sus piernas atadas hundidas en la nieve.

Reaccionó.

—¡Átale las patas! —le gritó a Sanna, que recogió los cordeles del suelo.

Corrieron a la vez y Mila sacó los otros dos cordeles que guardaba en la capa para atarlos al brazo que se lanzaba a por Pípa. Lo atrapó y juntó los dos extremos del cordel. Se fusionaron al instante y

apretaron el brazo del oso mientras Sanna le ataba las piernas.

El Oso rugió y cayó de rodillas como un árbol caído. Tenía atados los brazos y las piernas. Su forma se retorció hasta volver a ser la de un hombre: el mismo desconocido que había aparecido en su puerta hacía varias noches. Mila se tambaleó y Oskar la mantuvo en pie.

Aunque estuviera atrapado en su forma humana, el Oso seguía siendo tan letal y peligroso como una avalancha. Se levantó y corrió a por Sanna, que blandía el cuchillo de Oskar.

—¡El hacha! —gritó Mila—. ¡Dame el hacha!

Pípa se la lanzó con un arco y sintió un dolor punzante cuando la cuchilla se le clavó en la palma. Se le entumeció la mente para no sentir nada mientras buscaba a tientas el mango, resbaladizo por la sangre, y lo agarró con la otra mano. El tacto le resultaba familiar. Estaba segura.

—Estás herida —dijo Oskar, pero no lo escuchó, solo le cortó las ataduras, se dio la vuelta y salió corriendo.

Las palabras del Oso la perseguían como lobos hambrientos: «Hace cinco años, un hombre taló mi árbol corazón como si no fuera nada».

Cinco años…

Mila localizó el bulto del tronco y corrió hacia él ignorando cómo le ardía la mano herida. En la base del árbol, se enganchó el hacha al cinturón, se arrancó un trozo de la falda con los dientes y, mirando de reojo, se vendó la herida. No detuvo el dolor, pero al menos dejaría de

sangrar.

Así podría escalar.

Mila se centró en la forma atrapada en el árbol. Estaba más alto de lo que había escalado nunca, incluso antes de que papá se fuera y ella dejara de trepar por los árboles. Estaba a unos diez metros por debajo de donde empezaban las ramas.

«No lo pienses así —recordó la voz de su madre—. Pon una mano detrás de la otra hasta que llegues arriba. Una mano cada vez».

Mila bajó la mirada, escudriñó la corteza y encontró el primer punto de apoyo. El tronco estaba extrañamente caliente. Le recordó al cordel y su pulsación intermitente. Apoyó el pie en el hueco de una raíz y se izó. Levantó la mano herida y se mordió el labio para sobreponerse al dolor. «Una mano detrás de la otra». Empezó a escalar.

El ritmo al que se agarraba, tiraba y se elevaba coincidía con los latidos de su corazón y las pulsaciones de su mano. Sentía el cuerpo pesado y la piel en carne viva, pero no se rindió.

El Oso rugió.

—¡Mila!

Echó a correr hacia el árbol y los cordeles de sus brazos y piernas brillaron.

Era rápido, pero Mila sabía que ella podía serlo más. Llegaría al corazón del árbol corazón. Y lo arrancaría.

La rabia la empujaba mejor que el miedo. Antes de que se diera cuenta, había llegado a la rama que había justo debajo del bulto, encerrado en oro, y cortó un cordel detrás de otro, que se marchitaban y caían.

Por fin, reveló la extensión desnuda de la corteza abultada del árbol. Sin dudarlo, Mila clavó el hacha. Tiró hacia abajo con ambas manos y la herida de la palma le ardió. La corteza era gruesa como el hielo del mar, pero cedió bajo la hoja. Cuando se partió, arrancó los trozos y presionó la mano contra la madera que había debajo.

Era pálida y carnosa, se había ablandado y deteriorado con el paso de los años. Pero estaba ahí, era el pecho de un hombre, vestido con una túnica marrón. Y había una mano, retorcida y nudosa, pero una mano al fin y al cabo. También había un rostro de ojos negros como torbellinos de madera, un rostro que conocía muy bien…

El dolor de la mano, los rugidos del Oso… todo desapareció.

—Papá.

Mila lo observó pensativa: era la cara tallada de su padre. Se sentía como si se ahogara y gruesas corrientes arrastraran su cuerpo hacia el fondo. Acercó el anillo a la nudosa mano y lo deslizó sobre uno de los dedos de madera.

No pasó nada. Mila presionó con más fuerza el anillo contra el árbol y lo mantuvo en su sitio mientras apoyaba la frente en el pecho inmóvil de su padre. ¿Había notado un latido? Débil, como una polilla que se estrella contra una ventana de hielo. Lloraba mientras se sujetaba la

mano herida y susurraba:

—Vuelve, papá. Vuelve.

Lo único que recibió en respuesta fue dolor. Punzante, agudo y que le envolvía el brazo. Estaba segura de que tenía razón, de que funcionaría.

Bajo su mano, el dedo con el anillo se movió.

Bum. Bum. Bum.

Escuchó un golpeteo lejano, cada vez más fuerte, hasta que, por fin, el pecho de su padre se hinchó. El hombre parpadeó, sus ojos volvían a ser azules como el hielo y luego se desplomó.

Mila no supo qué hacer aparte de sujetarse a él. Se precipitó hacia el suelo con su padre inerte, como un cadáver. Chocaron con una rama con un ruido sordo que frenó la caída. El cuerpo de su padre absorbió casi todo el impacto.

Gritó de dolor, pero para Mila fue tan maravilloso como una risa.

—¡Papá! —Lo rodeó con los brazos.

—¿Mila? —Tenía la voz rasgada y seca como la leña. Abrió los ojos de par en par e intentó enfocar la mirada—. ¿Milenka?

—Devuélveme mi corazón, Mila. —El Oso estaba subido a una rama cercana.

El terror le cerró la garganta cuando el dolor le atravesó el cráneo al pronunciar su nombre. El Oso jadeaba y le sangraban las uñas. Le brillaban los ojos dorados. Mila se interpuso entre él y su padre.

—Suelta el hacha —siseó, señalando con el brazo atado—. O te tiraré del árbol.

Mila se escondió el hacha —el hacha de su padre— en la espalda, aunque su mente la empujase a entregarla. El dolor de la palma crecía y le picaba como cien picaduras de abeja. El cordel brillaba alrededor de las extremidades del Oso y formaba un círculo perfecto. Estaba atrapado en su forma humana, pero seguía siendo tan peligroso como un animal enjaulado.

Negó con la cabeza mientras el sabor metálico del miedo le llenaba la boca y la mano le palpitaba. No se atrevía a mirarla.

—Muy bien —gruñó y se agachó para saltar.

Entonces, el árbol corazón crujió. Mila y el Oso miraron hacia el lugar de donde ella había liberado a su padre.

El árbol crujió y se tambaleó. De pronto, con un chasquido atronador, el tronco se partió por encima de sus cabezas y toda la copa se inclinó hacia abajo.

El Oso rugió y fue el sonido más triste y aterrador que Mila había oído jamás. Había dolor, ira y miedo mezclados en un poderoso bramido

que lo llenó todo.

Su mundo se puso patas arriba cuando su padre se la echó al hombro y se agarró al tronco del árbol. Apenas se creía que fuera él de verdad, pero allí estaba, sujetándola, con el cuerpo caliente y un agarre inquebrantable.

—¡Aguanta, Milenka!

El Oso se quedó en silencio. Parecía conmocionado mientras el árbol corazón se retorcía, despacio, casi con pereza, hacia el suelo. Mila lo perdió de vista cuando su padre bajó por el tronco, pero no pudo apartar la mirada de lo que le ocurría al árbol, de lo que salía de él.

La corteza se ennegreció, como si ardiera, y toda la caverna se llenó de luz. Cuando sintió el calor, dedujo que debía de ser fuego, pero no olía a humo, ni se oía el crepitar de las llamas.

En lugar de eso, un olor a verde y a musgo le llenó las fosas nasales. Era un olor que casi había olvidado antes de llegar a Thule, pero que ahora le recordaba a los pájaros en los árboles y a las flores bajo los pies. Era el olor del mundo entero al despertar.

Olía a primavera.

A Mila le dolía mucho la mano. Sentía un dolor punzante y enfermizo que coincidía con los latidos de su corazón. La abrazó contra su pecho y sintió que se desmayaba, mientras con la otra se agarraba con fuerza a la túnica de su padre. Tocó el parche que su madre le había remendado, sentada junto al fuego de la cocina. Mila no tendría más de cuatro años y había jugado con el hilo sobrante. Oyó a su madre, embarazada de Pípa, reír…

—¡Papá! —gritó Sanna.

—¡Corred! —bramó Oskar mientras los crujidos seguían y el olor de la primavera se hacía cada vez más fuerte.

A su alrededor, se oyeron gritos y gemidos. Mila vio cómo la arboleda oscilaba, como mecida por la brisa. Los cordeles dorados se desvanecieron y se volvieron negros, igual que la corteza del árbol corazón. Se moría y el poder del Oso moría con él. Los chicos despertaron, recordaron quiénes eran y lucharon por liberarse de la corteza carbonizada. Las ramas se convirtieron en brazos, torsos y rostros aterrorizados.

Le pareció que llovía, pero, al mirar arriba, vio que la cúpula de nieve de la cueva se derretía mientras la primavera liberada lo bañaba todo con una luz tan brillante que le dolieron los ojos.

Los cerró y sintió que Oskar la tomaba en brazos. A través de los párpados semicerrados, vio a su padre apoyarse en Sanna y el recién liberado Geir, y a Pípa corriendo a su lado. Toda la cueva temblaba a la vez que el árbol perdía sus raíces.

«Pero ¿dónde está el Oso?».

—Se nos va a caer encima —gritó Oskar a los chicos que acababan de despertar—. ¡Salid de aquí! ¡Corred!

Entonces, Mila olió a quemado. Le pareció tan fuera de lugar que tardó en entenderlo, pero, cuando se volvió hacia el árbol caído, este resplandecía a causa del sol primaveral, que había atrapado el tronco muerto en sus fauces y lo estaba devorando. Las llamas saltaban

rápidas y más alto a cada segundo que pasaba.

—¡Deprisa! —gritó Pípa y la siguieron por los escalones y hacia el aire caliente; una niña demasiado pequeña para tener su nombre verdadero y, sin embargo, tan valiente como una jarl que lideraba a las tropas en la batalla.

Oskar dejó a Mila en el suelo despacio, jadeante, y la sujetó lo mejor que pudo, aunque se tambaleó, debilitado.

Mila miró a su alrededor. No había ni rastro del bosque por el que habían llegado. El campo de flores silvestres había desaparecido y se había transformado en tierra yerma. El mar se veía muy cerca; la isla era mucho más pequeña que cuando la habían cruzado para llegar hasta la cueva del Oso. La primavera se había liberado y Thule moría.

Tal vez aquella era su verdadera forma, tal vez era así antes de que llegara el Oso.

Más allá de la orilla de la isla y del mar atrapado en el hielo del invierno, se veía tierra: Bovnik, con su brillante cascada sobre el hielo.

Pero se enfrentaban a un nuevo peligro. Se escuchó un chasquido como un látigo en algún punto del borroso campo de visión de Mila y Sanna jadeó.

—¡El hielo! —gritó—. ¡Se derrite!

29. A través del mar helado

Oskar tiró de Mila para que corriera. Cada respiración era una tortura y cada vez le llegaba menos aire a los pulmones, pero no dejó de mirar a su hermano y a su padre, que iban justo delante de ella, mientras corrían para salvar sus vidas.

Ya no sentía ni frío ni calor, no sentía nada que no fuera el dolor que le arañaba las costillas, los pulmones y, sobre todo, la mano. Bajó la vista un segundo. Una línea escarlata le atravesaba la palma y había más manchas rojas del color de las amapolas en la nieve derretida. La cabeza le daba vueltas.

Oskar le hablaba, pero sus palabras le resultaban tan incomprensibles como el murmullo del viento, aunque aun así la tranquilizaban. Papá retrocedió para correr a su lado con Sanna y Geir. Lo miró a la cara; sus ojos azules estaban llenos de preocupación. Detrás de ellos, la columna de humo devoraba el árbol del Oso. Creyó ver algo grande y oscuro avanzando hacia ellos. Algo corría.

Papá la levantó de nuevo en brazos mientras entraba y salía de la inconsciencia. A veces, la cegaba la oscuridad, y otras, la luz, pero la cabeza no dejaba de darle vueltas. La línea roja de dolor le devoraba el brazo hasta los huesos y le nublaba la mente. «Es como el frío», pensó. Como estar atrapada en una tormenta de nieve o enterrada en una avalancha. Era tan abrumador que era lo único que sentía por todas partes.

—Mila —dijo Oskar, suplicante—. ¡Mila!

La tumbaron en el suelo sobre la espalda con cuidado.

—No puedo llevarla por ahí —dijo su padre—. Tenemos que separarnos.

—¡No hay tiempo! —gritó Geir con pánico.

Mila se obligó a abrir los ojos cuando sintió el brazo de Oskar por debajo, sujetando su peso. Se detuvieron en el borde de la isla y, ante ellos, blanco y azul y tan ancho como el cielo, se extendía el mar congelado. Los chicos liberados corrían como locos hacia el hielo.

Pero el mar no permanecería congelado. Había líneas de burbujas que ya creaban grietas; todavía eran finas, pero rápidamente se hacían más grandes a la luz del sol, empujando hacia afuera. Pensó que casi oía al mar respirar, suspirando mientras estiraba su cuerpo atrapado que, por fin, podría liberar de las garras del invierno.

—¿Por qué no deja de sangrar? —preguntó Mila, a su lado.

Por el rabillo del ojo vio manos que se movían ansiosas y caras pálidas. Miró abajo. Pípa y Sanna le movían el brazo, pero le costaba creer que lo que tocaban era su mano mientras buscaban el mejor sitio por donde vendarla. Apenas creía que aquella cosa fuera una mano. Estaba púrpura, negra y roja. A través de los párpados semicerrados, le parecieron los colores de una tormenta, y el blanco del hueso era el relámpago.

No.

Apartó la mirada. Era mejor permanecer serena y mantener el control. Se apoyó en su padre. Su papá. Vivo.

Era sólido y su aliento, firme y fuerte. Estaba allí. Era real, pero ella sentía que se desvanecía, desaparecía poco a poco mientras la sangre manaba hacia el lado que no era, hacia arriba, lejos de sus piernas.

Frunció el ceño y bajó la mirada. Sus piernas estaban a punto de desaparecer. Apenas las sentía. Estaban adormecidas como si las hubiera sumergido en un montón de nieve. Sin el hielo invernal para mantenerlo todo en su sitio, Thule se derretía de aquel reino, y ellos desaparecerían con la isla.

—Vamos —susurró.

—Mila, ¿has dicho algo? —Oskar se acercó para que le hablara al oído.

—Thule desaparece. Tenemos que irnos.

Oskar también bajó la mirada y gritó. Ignoró por completo el consejo de papá de separarse y sujetó a Mila en brazos mientras le gritaba a Sanna:

—¡Coge a Pípa, tenemos que correr!

Puso un pie en el hielo y, cuando no crujió, aceleró y avanzó con paso firme y corto, casi patinando. Mila miró atrás por encima del hombro y vio a papá levantar a Pípa.

Los gritos de los demás se elevaron como gaviotas mientras el hielo gemía bajo el peso de tanta gente. Thule desaparecía en grandes

oleadas. El hielo blanco era tan fino como una tela desgastada por lavarse, fijada a intervalos a lo largo del borde de la isla que se desvanecía.

Mila escuchó un ronroneo como de un gato gigante y el repiqueteo de unas garras mientras el hielo se astillaba aún más. El mar exhaló una corriente de burbujas bajo el hielo delgado como el cristal. Se derretía deprisa a la vez que Thule se borraba.

Había un hombre con un cordel dorado todavía atado al tobillo que la miraba con los ojos dorados.

El Oso seguía vivo e iba a por ella.

—Ya casi estamos —dijo Oskar, tanto para sí mismo como para los demás—. Mila. Ya veo Bovnik.

Pero no llegarían a tiempo. Incluso si el Oso no los alcanzaba, incluso si el hielo aguantaba un poco más, Oskar estaba cansado. Papá y Pípa también se tambaleaban y algunos de los muchachos ya los habían adelantado. Con tierra firme tan cerca, ninguno se detuvo a ayudar. Estaba retrasando a Oskar.

—Bájame —dijo.

—¿Qué?

—Viene a por mí.

Oskar miró atrás y gritó. Sacó fuerzas para avanzar más y más rápido, pero no bastó.

—Irás más deprisa sin mí.

—No iré a ninguna parte sin ti, Milenka —respondió.

Mila apartó la mirada de la horrible figura del Oso y miró hacia Bovnik con los ojos llenos de lágrimas. Una sombra se movía sobre el hielo como un escarabajo que se escabullía desde la orilla. Se le unieron más y se convirtieron en un enjambre.

Parpadeó deprisa y uno de los chicos que corría a su lado gritó:

—¡Trineos!

Mila parpadeó otra vez. Montones de trineos arrastrados por perros avanzaban sobre el hielo grueso más cercano a la orilla. Uno se movía más rápido que todos los demás y, antes de que estuviera lo bastante cerca para verle la cara al conductor, Mila supo quién era.

—¡Rune!

El hielo se resquebrajaba a sus pies. Mila escuchó los ladridos de advertencia de Dusha y Danya cuando Oskar prácticamente la tiró sobre el lecho del trineo antes de correr en busca de sus hermanas y su padre.

Mila se obligó a seguir despierta. La mano de Rune le apretó el

hombro y Sanna y Pípa se subieron al trineo. Papá y Geir les cayeron encima y todos formaron una maraña de brazos y piernas.

—¡Oskar, toma las riendas! —gritó Rune.

Pero el Oso los seguía. Sabía que no pararía hasta alcanzarlos.

—Rune, viene…

—Lo sé.

Abrió los ojos de par en par al ver el amable y extraño rostro del mago tan cerca, que la miraba fijamente con sus ojos de luna.

—Siento no haber ido contigo. Tenías que ser tú quien los liberase.

—¿Qué quieres de…?

—Tenías que ser tú, para que comprendieras que eres lo bastante fuerte. ¿Lo entiendes? Ahora eres la guardiana del bosque, Mila. —Le apretó la mano—. Cuídalo bien.

—¿Yo? —La cabeza le daba vueltas.

—Cuida de Lunka por mí —le dijo.

—Rune, me estás asustando. ¿A dónde vas?

—A por el Oso.

Lo agarró, desesperada, pero él se soltó con delicadeza.

—Siempre ha sido mi destino. Por eso no podía dejar que me atrapara. Tenía que prepararme. Siempre ha estado escrito que tendría que hacerlo yo.

—¿Hacer qué?

—Esto.

Se marchó. Mila se incorporó a duras penas. El trineo de Rune avanzaba rápido como el viento hacia el Oso.

—¿Qué hace? —preguntó Sanna.

—¡Ha debido de comerse todas las bayas de fuego! —chilló Pípa.

—*¡Farash! —gritó Oskar.*

A Mila se le revolvió el estómago cuando arrancaron. Los perros volaban. Thule ya había desaparecido del todo de aquel reino y el hielo se quebraba y flotaba para llenar el espacio que había dejado.

Rune y el Oso chocaron con una fuerza demoledora que hizo temblar el aire. No creía que el mago fuera rival para el Oso, aunque tuviera forma humana.

—No mires, Milenka —dijo papá.

Se sentó a su lado y la abrazó. Pero no dejó de mirar a Rune. El mago arrojó un brillo de polvos negros a los pies del Oso. Hubo un destello de azufre, se abrió una grieta y ambos desaparecieron bajo el hielo.

—¡No! —gritó y quiso lanzarse a por Rune, pero su padre, Sanna y Pípa la sujetaron.

Pataleó y lloró, desesperada, pero el hielo seguía quebrándose tras ellos. Nadie salió a la superficie.

—¡Farash! —gritó Oskar, y los perros corrieron todavía más deprisa, pues se oyó otro crujido que hizo temblar los huesos.

Dos sombras emergieron del hielo y Mila jadeó. Incluso a esa distancia, distinguió un enorme oso y un pájaro.

—¡Un gerifalte! —exclamó Pípa—. ¡Es Rune!

Mila esperaba que luchasen, pero en vez de eso, los espíritus del oso y de Rune se quedaron uno frente al otro, flotando sobre el mar quebradizo.

—¿Qué hacen? —preguntó Sanna, aplastada por sus hermanas—. ¿Por

qué no ataca?

El gerifalte daba vueltas despacio y el oso flotaba, levantando los poderosos hombros. Por fin, Rune rozó el hombro del Oso con un ala y este se volvió hacia la desaparecida Thule. Aunque no quería, sintió algo de pena por él al verlo seguir a su bosque en llamas hacia la nada. Su espíritu se desvaneció y se marchó.

El horizonte tembló cuando Thule y el Oso se desvanecieron al viajar a otro reino y luego se quedó inmóvil. El espíritu de Rune se elevó en el aire, hacia el cielo azul, hasta que Mila dejó de verlo entre el sol y las lágrimas.

Sanna también se agachó para recostarse al otro lado de Mila y la abrazó con fuerza. Luego, sintió una presión en la parte superior cuando Pípa se dejó caer sobre todos ellos. Hubo un golpe y el trineo traqueteó cuando pasaron del hielo suave a la nieve profunda y bulbosa.

—¡Stuta! —dijo Oskar con la voz compungida.

Los perros se detuvieron y jadearon. Mila escuchó el golpe de sus cuerpos al colapsar sobre la nieve. Otro cambio de peso tambaleó el trineo cuando Oskar se tumbó y pasó la mano por la maraña de brazos para tocarlos a todos.

Las respiraciones de su familia la mecieron y, al fin, se dejó caer hacia la nada, como Thule, como Rune y el Oso.

30. El nombre verdadero

Mila se sentía como en una nube y el sol le calentaba la cara. Una mano tan fría y seca como el papel acarició la suya y alguien la llamó. ¿Rune?

Abrió los ojos. El sol se convirtió en llamas crepitantes y la nube, en un colchón de paja. Una cara conocida, pero envejecida, la miraba desde arriba.

—Bienvenida —dijo papá.

—¿Está despierta? —Hubo un revuelo y alguien se arrodilló sin ningún cuidado sobre su pelo. Pípa la miraba con las cejas fruncidas y ansiosa—. ¡Está despierta!

—No grites tanto —la regañó Oskar, y la apartó del pelo de Mila.

Pípa se quedó agachada sobre Mila y su aliento le hizo cosquillas en la cara. Era como si quisiera grabar su rostro en su memoria para asegurarse de que no volvería a desaparecer.

Parpadeó otra vez. Estaba en una habitación pequeña y llena de luz. Las paredes eran de piedra y tenían los bordes curvos. Comprendió que estaba en una de las casas de Bovnik.

—Mi mano —musitó. Hablar le raspó la garganta.

—Estará dolorida un tiempo y te quedará una buena cicatriz. —Oskar levantó la suya y le enseñó la línea enrojecida y torcida por sus puntadas—. Iremos a juego.

—¿Dónde…?

—En Bovnik —dijo Sanna, que se arrodilló a su otro lado—. Rune nos salvó. Reunió a los habitantes que quedaban en la ciudad y, cuando vio que el hielo se derretía, lideró a los trineos hasta nosotros.

—Lo recuerdo —dijo Mila y rememoró la imagen del hielo al quebrarse—. Mató al Oso.

Sanna asintió y le puso la mano en el brazo. Mila volvió a la realidad al notar el toque de su hermana. La tristeza la envolvió como un remolino.

—Se sacrificó por nosotros. Es un héroe.

—Todos lo sois —dijo su padre.

Su voz era cálida y sonaba emocionado. Lo miró a los ojos azules y le sonrió con cariño.

—¿Qué pasó, papá? —Levantó la mano buena y él la tomó. Mila se fijó en que llevaba el anillo de granate.

Frunció el ceño y contuvo un sollozo. Oskar le puso una mano firme en el hombro.

—Lo siento mucho —susurró—. Nunca quise…

—Cuéntaselo, papá —dijo Sanna.

Su padre no se atrevía a mirarla a los ojos, así que se centró en su barbilla.

—El día que me fui, no tenía pensado hacerlo para siempre. Echaba de menos a vuestra madre. —Se calló y respiró hondo—. La echaba muchísimo de menos. Estaba enfadado con ella por haberse ido y con el bosque por no haberla protegido. Quería… —La miró por fin—. Quería hacerle daño a algo. Así que caminé. Lo hice durante kilómetros hasta que llegué al árbol corazón. —Se desmoronó—. Estaba cegado por la rabia. Levanté el hacha y empecé a talar.

Mila rompió a llorar.

—Pero, papá, el árbol corazón era sagrado.

Su padre agachó la cabeza.

—Fue imperdonable. Cuando vino, ni siquiera me resistí. Me quité el anillo como si no fuera nada y tiré el hacha. Me merecía lo que me pasara.

Una parte de Mila estuvo de acuerdo. Se acordó de cuando Rune le había dicho que el Oso y ella se parecían un poco, supuso que sería esa parte.

—¿Cómo supiste que era papá quien estaba en el árbol? —Oskar frunció el ceño—. ¿Cómo supiste que el Oso se lo había llevado?

—Él mismo nos lo contó —explicó Mila. De pronto, se sintió agotada, aunque acabase de despertar de un profundo sueño—. Dijo que hacía cinco años, un hombre había intentado talar el árbol corazón, así que se llevó lo que quedaba a Thule y, como venganza, plantó al hombre para que fuera el corazón del árbol. —Tembló y recordó el cuerpo de su padre cubierto de madera—. También por el hacha. Me sonaba de algo. —Lo miró—. Era tuya.

—Perdóname, Milenka. Perdonadme todos. —Papá estaba destrozado —. Nunca tuve la intención de haceros daño.

«Pero lo hiciste», pensó Mila. Le dolió en el alma al recordar el árbol corazón destruido y el bosque atrapado durante tanto tiempo en una muerte lenta e invernal. Pero Eldbjørn había sobrevivido y ahora la primavera regresaría.

—Tenemos que plantar un nuevo árbol corazón. Y cuidarlo mejor a partir de ahora —afirmó.

—Por supuesto —dijo papá.

—Lo haremos —añadió Oskar—. Los chicos harán lo que les digas. Sus familias llegaron desde Stavgar hace dos días. Se lo haremos saber.

—Ha habido banquetes todos los días —dijo Pípa, emocionada—. He comido ciruelas escarchadas tres veces ya.

—Es un lugar precioso —comentó Sanna—. Hay muchas cosas bonitas.

Oskar le dio la mano a su hermana mayor y Mila se percató de que se miraban de una forma rara, como si le pidiera que no dijera nada más. Pípa parloteó.

—Nos llaman las hermanas de la primavera porque quemamos el árbol. —Se rio—. Se le ocurrió a Geir. Muy ingenioso, ¿verdad, Sanna?

La aludida se sonrojó y apartó la vista.

Mila la observó.

—Me he perdido mucho, ¿eh?

—Suficiente —dijo su padre, un poco más severo—. ¿Quieres que me replantee lo que te prometí, Pípa?

—¿Qué le prometiste? —preguntó Mila.

—Papá me dijo que, cuando despertases, me daría mi nombre verdadero.

La niña miró expectante a su padre, que se aclaró la garganta.

—Tu nombre —dijo con solemnidad—, es Agneta.

Hubo una pausa y Pípa arrugó la nariz.

—No me gusta.

—Era el nombre de mamá —la reprendió Sanna.

—Pues no debería tener que compartirlo —dijo la pequeña y Oskar contuvo una risa—. ¿Puedo elegir otro?

Parecía que su padre iba a protestar, pero al final suavizó el gesto, divertido.

—Supongo que una hermana de la primavera tiene derecho a elegir su propio nombre.

—Rune —dijo sin dudar—. Agneta será mi segundo nombre —se apresuró a añadir—. Pero, si no te importa, me llamaré Rune.

Papá suspiró. Levantó la mano y le apartó el pelo de la cara a Pípa. Mila lo miró y sintió calidez en el pecho, una tristeza alegre que le abrigó el corazón.

—Muy bien —dijo papá al fin—. Rune Agneta Orekson. Que así sea.

31. Hogar

Mila había comido tantas ciruelas escarchadas que al día siguiente estaba segura de que tenía azúcar en vez de sangre en las venas. Los habitantes de Bovnik ya habían empezado a regresar mientras estaba inconsciente y habían celebrado una fiesta continua.

La casa del pueblo estaba excavada en la ladera de la montaña y era cinco veces más grande que la de Stavgar. En las paredes se habían tallado los nombres de todas las familias de Bovnik y encontraron el nombre de su madre debajo de los de sus padres. Oskar usó el cuchillo para trazar al lado el nombre de su padre. Luego dibujó una línea entre los dos nombres y otra en vertical para añadir el suyo y los de sus hermanas debajo:

Agneta – Yelfer

|

Sanna Oskar Mila Rune

Cuando terminó, parecía un árbol con muchas ramas.

La sala estaba llena de pieles, vino y alegría, pero a Mila no le apetecía estar con tanta gente. Echaba mucho de menos al mago y tenía un dolor de cabeza permanente que hacía que todo le resultara demasiado ruidoso o brillante.

Se escabulló temprano con Oskar y la recién nombrada Rune, con los

bolsillos llenos de fruta escarchada, y subieron a la plataforma de comercio para degustarla mirando la cascada, que se había derretido y caía con fuerza al mar descongelado e interminable. Sanna se quedó en el banquete, riendo y bailando con Geir, mientras papá no les quitaba el ojo de encima.

Había una pequeña procesión de trineos cargados, listos para llevarlos a Stavgar y, después, a casa. Dusha y Danya habían descansado y las rutas de primavera estarían casi descongeladas. Además, en un grupo tan grande, los lobos no serían tan peligrosos. Mila se emocionó al pensar que pronto estaría en casa. Las cosas serían mejor que antes, porque papá regresaba con ellos.

Se acurrucó en el lecho del trineo con su hermana pequeña.

—Mira —susurró Rune Agneta y le enseñó los bolsillos a Mila.

Estaban llenos de ciruelas escarchadas y Mila negó con la cabeza. Oskar salió de la perrera con algo de comida extra para los perros.

—¿Dónde está? —preguntó papá, impaciente—. Se marcharán sin nosotros como no nos demos prisa.

—Ahí viene —señaló Oskar.

La elegante figura de Sanna bajó por la escalera de piedra. Oskar se quedó junto al trineo y acarició el pelo a sus dos hermanas con cariño y cierto consuelo.

Mila lo miró.

—¿Qué pasa?

Pero se limitó a negar con la cabeza y Mila se sintió incómoda cuando Sanna se acercó. Llevaba el broche de Geir, recién reparado, y se mordía el labio.

—¿Y tu bolsa? —preguntó papá—. Tenemos que irnos.

—Eh… —Se le atragantaron las palabras y miró a Oskar, casi suplicante. Mila lo entendió.

—No vas a venir —afirmó.

Sanna, con los ojos llorosos, abrió la boca y volvió a cerrarla. Negó con la cabeza.

—¿No vienes? —preguntó Rune Agneta.

—Me quedo aquí —dijo Sanna—. Me quedo con Geir.

—Pero tienes que volver a casa. Para eso hemos venido.

Mila lloró. Era como si estuviera otra vez en Thule y los colores se desvanecieran mientras contemplaba el rostro de su hermana.

—Sí. Hemos venido hasta aquí y ahora quiero seguir. El mundo es

enorme y quiero verlo. Geir… —Enrojeció, pero siguió hablando—. También quiere. Pasaremos aquí la primavera y en verano viajaremos al sur.

Miró a su padre, que no reaccionó, como si volviera a ser un árbol. Habló cada vez más rápido.

—Os visitaremos a todos. Tal vez corramos contra el invierno para no volver a enfrentarnos a él. —Suspiró, temblorosa.

Ninguno dijo nada, solo la miraron. Oskar le acariciaba el pelo a Mila y la niña entendió que lo sabía. Se enfadó.

—¿Cómo nos haces esto? ¿Cómo puedes dejarnos después de todo lo que hemos pasado para volver a casa?

—No —la interrumpió Oskar con cariño—. Vinisteis a por mí.

—Sí, pero ahora tenemos que volver a casa —dijo Mila, desesperada —. ¡Ahora todo volverá a ser como antes!

Oskar negó con la cabeza y sonrió con tristeza.

—Las cosas nunca volverán a ser como antes, Milenka.

—Siempre has querido dejarnos —le espetó a Sanna.

—No se trata de dejaros —se defendió Sanna y se acercó al trineo, con

los brazos extendidos hacia Mila—. Te quiero. Os quiero mucho. —Miró a Rune Agneta, a Oskar y, por último, a papá—. Volver a veros ha sido lo mejor que me podría haber pasado.

Le dio la mano a papá y él tiró de ella. Todavía no le llegaba al mentón. Permanecieron así un largo rato, antes de que Sanna se separara despacio y le levantara la barbilla.

—Quiero cruzar los mares, papá, y vivir aventuras. Aunque ninguna tan peligrosa como esta. —Se rio débilmente y luego miró a Mila, que la fulminaba con la mirada—. Si no quieres que me vaya, Milenka, no lo haré.

Mila sintió un amargo rencor. Podría decirle que no se fuera y lograr que se quedase para que todo siguiera como antes. Pero la cara de Sanna se iluminaba al pensar en el viaje. Pensó en cómo se sentía ahora, tan lejos del bosque, con el corazón inquieto. Si Sanna se sentía así, atrapada en un lugar, nada de lo que dijera Mila la haría cambiar de opinión.

—Sé feliz —dijo y se le quebró la voz—. Tienes que prometer que serás feliz.

Sanna la abrazó.

—Lo seré.

—¿Vendrás a vernos? —preguntó Rune Agneta, llorando desconsolada.

—Siempre que pueda —dijo Sanna—. Os llevaré siempre conmigo. Lo

que tú sientes por el bosque, Milenka, yo también lo sentí un tiempo. Aunque creo que puedo sentir lo mismo por Bovnik. Cuando deje de sentirme así, me iré a otra parte. Tendré cientos de hogares. Pero dondequiera que estés, donde estén Pípa, digo Rune, Oskar y papá, ese será mi verdadero hogar.

—¡Farash! —El primer trineo arrancó, cruzó las puertas y rodeó la montaña.

—Te quiero —dijo Mila, que abrazó a su hermana y aspiró su olor.

—Siempre —dijo Sanna y le devolvió el abrazo.

Oskar, Rune y papá se les unieron. Los trineos siguieron saliendo y por fin llegó su turno. Mila no quería soltarla. Miró a Sanna y su hermana mayor se agachó y le dio un beso en la frente.

—Id con cuidado.

Papá la abrazó una última vez antes de tomar las riendas. Mila se volvió para ver a su hermana despedirse con la mano hasta que desapareció de su vista.

Abrazó a Rune mientras Oskar se situaba en la parte delantera del trineo con papá y le pasaba el brazo por los hombros. El viento le soplaba en la cara y respiró hondo; el aire ya no era helado. Una sombra los sobrepasó. Entrecerró los ojos y miró hacia arriba. Un gerifalte volaba sobre ellos, pálido como una piedra lunar.

Mila respiró al ritmo al que batía las alas. Pronto estarían en casa y, por primera vez en años, los brotes verdes asomarían las cabezas en el

suelo y los árboles desplegarían las hojas y las volcarían hacia el sol. Plantarían un nuevo árbol corazón y ayudarían al bosque a crecer fuerte, más incluso que cuando estaba el Oso.

Pronto estarían en casa y llevarían con ellos la primavera.

Agradecimientos

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi familia. A mi madre, que lee todos los borradores y responde a todas mis llamadas de pánico. A mi padre, por enseñarme los confines del mundo y alentarme a seguir escribiendo sobre ellos. A mi hermano, a quien le dedico este libro, porque es la persona más valiente que conozco, sobre todo a la hora de forjar su propio camino. A mis abuelos, a los que adoro con todo el corazón. A O., L. y, sobre todo, N.

A todos los Millwood, Hargrave, Karar, Kakkar, Sloman, de Freston, Cauthery, Furnivall y Jones del mundo. Sobre todo a mi querida Sabine y a los maravillosos Tilly, Fred, Emily, Isla, Pippa y al sobrino o sobrina número seis (todavía sin nombre). Teneros en mi vida es una bendición y cada día me demostráis lo maravillosos que son los niños.

A mis amigos, por encontrar el equilibrio perfecto entre guiarme y llevarme por el mal camino, especialmente a Daisy Johnson, Sarvat Hasin, Katie Webber, Anna James, Kate Rundell, Kevin Tsang, M. G. Leonard, Maz Evans, Melinda Salisbury, Cat Doyle, James Nicol, Lucy Strange, Frances Hardinge, Lucy Ayrton, Laura Theis, Sam Guglani, Samantha Shannon, Abi Elphinstone y a los Escritores Rebeldes. Gracias a Fiona Noble por su apoyo y su bondad.

Gracias al equipo de Janklow & Nesbit y a Hellie Ogden, mi representante y amiga. Eres feroz y maravillosa y me alegro de tenerte de mi lado.

Gracias a todo el equipo de Chicken House: Barry, Rachel L., Rachel H., Elinor, Jazz, Kesia, Sarah, Esther, Daphne y Laura M., por vuestra energía incansable, vuestro cariño y vuestro apoyo. Este libro es el resultado de todo nuestro amor, gracias por creer en él incluso cuando iba por la mitad de la corrección y empecé a perder la esperanza. Gracias a Helen Crawford-White, por otro triunfo en el diseño.

Gracias a todos los lectores que han decidido recorrer esta aventura conmigo.

Por último, gracias a mi marido, Tom. Gracias por las palabras de ánimo, las lecturas en voz alta, la inspiración constante y el amor infinito. No hay nada comparable a compartir la vida contigo.

Sobre la autora

Kiran Millwood Hargrave es una poeta y novelista británica. Es graduada en Literatura Inglesa, Artes Dramáticas y Magisterio por la Universidad de Cambridge y realizó el máster de Escritura Creativa de la Universidad de Oxford en 2014. Nació en Londres en 1990 y su debut, La chica de tinta y estrellas (Ático de los Libros, 2017), ha ganado los prestigiosos premios Waterstones Children's Book y el British Book of the Year, y se ha convertido en un best seller internacional que ha vendido más de cien mil ejemplares en Reino Unido y se ha publicado en más de una quincena de países. También es la autora de La isla del fin del mundo (Ático de los Libros, 2018). Más allá del invierno es su tercera novela.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.

Queremos invitarle a suscribirse a la newsletter de Ático de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.